



SIEMPRE CONTIGO

CHRISTIAN MARTINS

Siempre Contigo

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN JUNIO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

“Las leyendas crean a veces la realidad, y resultan más útiles que los hechos.”

SALMAN RUSHDIE

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas mis chicas “Martins”.

Como escritor, me siento muy afortunado por tener lectoras tan maravillosas y leales como vosotras.

Siempre os lo digo, pero me repetiré; sois mi fuerza, mis ganas y mi entusiasmo de cada día.

Un millón de gracias,

Christian.

1

El frío de los primeros copos de nieve conseguía calar hondo bajo sus pieles y sus robustos zapatos, pero Ailsa no dejó de caminar.

Aunque tan sólo tenía ocho años de edad, Ailsa era una niña muy lista y sabía que el anaranjado con el que se había teñido el cielo predecía a las sombras de la noche; y que en la oscuridad, habitaban los fantasmas de las Highlands de los que debía ocultarse.

Contempló los últimos resquicios de luminiscencia que se filtraban entre la maleza del bosque y después volvió la vista a los fuegos fatuos que habían aparecido de la nada frente a ella. Alargó su brazo para intentar tocar las pálidas lucecitas que flotaban frente a su rostro, pero no llegó a alcanzarlas a tiempo. Los fuegos fatuos comenzaron a desplazarse entre el viento, alejándose en dirección a las entrañas del bosque.

Ailsa se quedó inmóvil contemplándolas mientras se debatía consigo misma. Su entorno cada vez estaba más oscuro, y aunque no quería continuar por el siniestro sendero en el que se encontraban los fuegos, tampoco deseaba quedar sumida en la penumbra.

Decidió, entonces, seguir el camino por el que los fuegos fatuos la guiaban con la intención de mantener aquella poca luz que emitían cerca de ella. ¿Sería suficiente para ahuyentar a los espíritus de la noche? ¿Lograrían llevarla de vuelta con sus padres?

Pensó en ellos. En sus padres. Estaba intentando no hacerlo, porque sabía que si lo hacía corría el riesgo de derrumbarse y echarse a llorar. ¿Cuántas veces le había suplicado su papá que no se alejase del campamento? ¿Cuántas otras le había advertido diciéndole que, si lo hacía, terminaría perdida y devorada por los espíritus de la noche?

Un escalofrío recorrió su pequeño cuerpo, obligándola a detener sus pasos. Los fuegos fatuos también se detuvieron, esperando a que la chiquilla retomase el camino tras ellos. Aquel sendero no le daba buena espina y, la verdad, tampoco recordaba haber pasado por él con anterioridad. ¿A dónde se dirigía? ¿A dónde la estaban llevando? No le gustaba. No le gustaba en absoluto. La primera lágrima, predecesora de un silencioso llanto, se deslizó por su mejilla con parsimonia.

— Por favor, no... — suplicó, cuando los fuegos fatuos continuaron adentrándose más en la vegetación.

El espesor del bosque era tal, que Ailsa no podía caminar sin que las ramificaciones estropeasen sus ropas y arañasen su delicada piel blanquecina. Volvió a temblar, espantada, cuando comprobó que bajo sus pies ya no quedaba ningún camino por el que continuar. Las zarzas eran tan profundas que rasgaban el bajo de su falda, provocando que quedase enganchada con cada paso que daba.

— ¡Esperarme, por favor! — gritó a los fuegos, que se alejaban de ella a gran velocidad.

Se remangó la falda hasta dejarla a la altura de sus pantorrillas y echó a correr bosque adentro intentando no perder a los fuegos fatuos de su campo de visión. Sintió la sangre caliente que se deslizaba por sus piernas a causa de los cortes que le provocaban las espinas de las ramas, las zarzas y los profundos espinos. A pesar del dolor, Ailsa continuó corriendo mientras rezaba sigilosamente a los Dioses porque la ayudasen en su regreso.

Dos minutos después, los fuegos fatuos habían desaparecido entre la maleza y el bosque estaba sumido en una terrorífica penumbra.

— Me han engañado... — susurró en voz baja, gimoteando entre sollozos.

La habían arrastrado hasta la profundidad de la penumbra y la habían dejado allí, abandonada a su suerte.

Pensó que aquel era su fin y lloró con más fuerza, dejándose caer hecha un ovillo sobre el frío musgo del suelo.

Si les hubiera hecho caso a sus papás, jamás se habría perdido. Pero ya era tarde para lamentos, así que cerró los ojos para alejarse de la oscuridad y

proyectó en su mente la imagen de su mamá, arrullándola antes de marcharse a dormir.

— Tengo miedo... — sollozó la pequeña, aterrada.

— Sé valiente, Ailsa... — le respondió con la voz cargada de ternura.

— ¡Mamá!

Un aullido ensordecedor la arrancó de sus onirismos.

Apretó con más fuerza sus párpados, negándose a abrir los ojos. Sabía que, aunque lo hiciera, no vería nada en absoluto.

Cù Sìth volvió a aullar con más fuerza y Ailsa se esforzó por recordar las leyendas que su padre le había contando sobre el lobo de la muerte. Si escuchabas su tercer aullido, entonces significaba que el lobo acudiría a ti para darte muerte. Los fuegos fatuos la habían engañado y guiado hasta su final, estaba segura. Se llevó las manos a las orejas y apretó con fuerza contra ellas para silenciar su entorno. Sin pensarlo dos veces, comenzó a cantar en voz alta, a pleno pulmón, una nana que su papá le tarareaba cuando era pequeña.

Aquella noche, Cù Sìth, el lobo de la muerte, no aulló por tercera vez. O, al menos, si lo hizo, Ailsa no lo escuchó.

2

Blair estaba tan emocionado que no podía callar, ni dormir, ni descansar. Aquel había sido el mejor viaje de su vida y estaba deseando regresar a las tierras de su clan para compartir su experiencia con todos sus amigos.

El mercado escocés que se celebraba anualmente en la frontera, aquel al que acudían todos los clanes — e incluso muchos ingleses — había sido más alucinante de lo que jamás imaginarían sus amigos.

— ¡Papá! — gritó, subido en su yegua, trotando tras su padre — . ¡Papá!

— Dime, Blair... — respondió Fergus, cuya paciencia menguaba a pasos agigantados.

Desde que habían emprendido su viaje de regreso al castillo Girnigoe, a tres kilómetros del norte de Wick, su querido hijo no había sido capaz de mantenerse en silencio más de dos minutos seguidos.

— ¿Cuándo podré disparar mi arco, papá?

— Cuando nos bajemos del caballo.

— ¿Y cuándo nos bajaremos del caballo, papá?

Fergus respiró profundamente y decidió que, quizás, si le ignoraba lo suficiente su exaltación disminuiría. Jamás había visto a su pequeño tan emocionado, ni siquiera el día que le forjó su primera espada.

— ¿Papá?

— Dime, Blair...

— ¿Cuándo bajaremos del caballo?

Fergus suspiró.

— Cuando llegue la hora de acampar, hijo — concluyó, aunque sabía que Blair no se conformaría con aquella breve explicación.

— ¿Y cuándo llegará la hora de acampar, papá?

— Cuando el sol comience a esconderse, Blair. Entonces acamparemos.

Blair guardó silencio unos instantes, meditando su respuesta.

— Está bien — respondió, aparentemente complacido.

Fergus se sintió aliviado y sonrió.

Su pequeño guerrero había nacido con una curiosidad infinita y aunque aquella cualidad no le desagradaba en absoluto, en ocasiones lograba sacarle de sus casillas.

— ¿Papá?

— ¿Por qué no guardamos silencio un rato, hijo? — le reprendió.

Pero Blair no pensaba rendirse.

¡Estaba deseando probar su nuevo arco!

— Pero papá, contéstame a una cosa más antes de guardar silencio.

— Bien — admitió Fergus — . ¿A qué cosa quieres que te responda?

— A una pregunta...

— Sí, ya... ¿A cuál?

— ¿Hoy cazarás conejo para cenar?

Aquella pregunta le pilló desprevenido.

Por lo general, a Blair le importaba bastante poco qué comer mientras se llevase algo al estómago. Nunca había sido un niño caprichoso, ni mucho menos.

— Si te apetece conejo asado, entonces, sí.

— ¡Sí que me apetece mucho!

Fergus asintió.

— Bien, así será entonces. Ahora, guardemos silencio...

— ¡Pero papá, ésa no era la pregunta! — exclamó el pequeño, indignado, mientras apretaba el paso de su yegua para colocarse a la par de su padre.

— ¿Y cuál es la pregunta, hijo? — inquirió el hombre con cansancio.

Comenzaba a arrepentirse de haber llevado a Blair al mercado. Lillias ya le había advertido de que aún no estaba preparado para aquel viaje, pero él había insistido en que le acompañase. Al fin y al cabo, la primera vez que Fergus viajó al mercado fue con la misma edad que su hijo tenía en aquel instante y recordaba aquel viaje como el mejor de su vida.

— La pregunta es que yo cazaré el conejo, porque nos bajaremos del caballo.

Fergus soltó una risotada.

— Eso no es una pregunta, es una afirmación.

— Vale, papá — admitió Blair — . ¿Es verdad que el arco que me has comprado es el mejor de todas las Highlands?

— Así es, hijo. Es el arco más preciso que existe sobre Las Tierras Altas.

— ¿Eso significa que seré el mejor tirador de nuestro clan?

— No, no significa que vayas a ser el mejor tirador — aseguró Fergus con poca delicadeza — . Sólo serás el mejor tirador si resultas ser el más diestro con el arco.

— ¡Lo soy, papá!

— Eso ya lo veremos, hijo...

Fergus decidió que, dadas las circunstancias, lo mejor sería acampar en el lugar en el que se encontraban. Desde ahí, podía escuchar el sonido del agua que transportaba un arroyo cercano y, además, el claro estaba lo suficiente despejado como para que la luz de la luna se filtrase hasta su interior.

Aún no había oscurecido del todo, pero si Blair quería estrenarse como arquero y dar con la cena, lo mejor sería ir preparándose. Estaba convencido de que su hijo tardaría lo suyo en cazar con arco y flecha por primera vez.

Se bajaron de los caballos y los ataron al tronco de un viejo roble que

guardaba la circunferencia del claro. Blair, aferrando con entusiasmo su nueva arma, tiró de su padre para apremiarle a caminar en dirección a la maleza.

¡Quería aprender a utilizar el arco antes de llegar hasta sus tierras! Estaba seguro de que dejaría a todos sus amigos boquiabiertos... ¡Incluso sorprendería a su madre!

— Papá, vamos, venga...

Fergus apretó la lazada que aferraba a los caballos y se aseguró de que no pudieran desatarse con facilidad antes de echar a correr detrás de su revoltoso hijo.

— Recuérdame las normas del cazador, Blair — le pidió en un susurro.

El niño sonrió con el rostro iluminado de ilusión.

— Tener ojos en todas partes.

— Sí...

— Ser paciente.

— Así es...

— Ser muy silencioso.

— Exacto...

— Tener cuidado de donde se pisa.

— Muy bien, Blair — aprobó su padre con orgullo.

El pequeño parecía realmente entusiasmado y Fergus no pudo evitar una sonrisa cargada de ternura. Le recordaba al niño que él mismo había sido muchos años atrás.

Se colocaron detrás de unos matorrales. Fergus le ayudó a ponerse el carcaj y le mostró cómo debía sujetar el arco en sus manos. Después ambos esperaron pacientemente, cumpliendo cada ley de caza que Blair había relatado con anterioridad.

Cuando un cervatillo se acercó lo suficiente a ellos, Blair disparó la primera flecha con la mano temblorosa y la mirada cargada de incertidumbre, pero no logró impactar en su objetivo.

Decepcionado, dejó caer el arco en su regazo. Quizás, después de todo, no fuera el niño más diestro con el arco que había en las Highlands.

— ¿Blair?

El pequeño levantó la cabeza hacia su padre, avergonzado. Quería que su papá se sintiera orgulloso de él y había fallado...

— ¿Si, padre? — respondió con seriedad, esperando la reprimenda.

— Para ser la primera flecha, ha estado genial. Quizás sí que seas el mejor arquero de todas las Highlands — le dijo, agitando su enmarañado cabello.

— ¿De verdad, papá?

— De verdad, hijo. Prueba una segunda vez, irá mejor.

El resultado del segundo intento no fue mucho mejor que el del primero, pero tras los ánimos de su padre, Blair no se rindió. La tercera vez que disparó la flecha atravesó las costillas de un pequeño conejillo que se acercaba dando saltos al claro.

— ¡Lo has conseguido, hijo mío! — exclamó Fergus, hinchado de orgullo.

No había creído posible que Blair lograra dar con ninguna pieza en su primer contacto con el arco. Desde luego, su hermano se estaba encargando de entrenarlo adecuadamente.

El pequeño, inmóvil, se quedó observando el conejillo muerto desde la lejanía.

— ¡Blair! — gritó Fergus, animándole a abandonar el escondrijo tras los matorrales — . ¡Lo has conseguido! — repitió — . ¡Una flecha limpia!

El niño caminó, impactado, hacia el animal muerto que su padre agitaba en las manos.

— ¿Papá?

Fergus le entregó la pieza a su hijo.

— Dime, Blair.

— ¿Esto significa que soy el mejor arquero de las Highlands?

Una sonrisa se ensanchó en el rostro de Fergus.

— ¡El mejor y el más diestro! — aseguró, rodeándole entre sus brazos — .
¡Espera a que se lo contemos al tío Angus!

Blair tardó diez minutos en volver a pronunciar una palabra, pero cuando lo hizo, no calló. Al parecer, el entusiasmo que le había dejado el mercado anual había quedado atrás, pues ahora tan sólo relataba las hazañas que tenía programadas realizar en el futuro — como no, todas relacionadas con su destreza como arquero sin igual — .

— Pero eso no significa que tengas que dejar de lado tu entrenamiento con la espada — le recriminó Fergus — . Un guerrero debe de ser adiestrado en todas las variantes de la lucha.

Se dirigían al arroyo que anteriormente habían escuchado. Desde el claro no se veía, pero el sonido del agua llegaba con fuerza a ellos, así que Fergus supuso que no se encontraría demasiado lejos de su campamento. Efectivamente, así fue.

No sólo tropezaron con el arroyo, sino que también dieron con una preciosa cascada de agua cristalina que parecía más una ilusión que una realidad. Fergus se desnudó y se introdujo en el agua, que estaba congelada. Un escalofrío recorrió sus extremidades por el cambio brusco de temperatura justo en el instante en el que introdujo su cabeza bajo el agua. Allí, en el agua, pensó que definitivamente aquel viaje sería inolvidable para Blair, tal y como lo había sido su primer contacto con el mercado de la frontera.

— ¡Ven aquí, Blair! — gritó Fergus, instando a su hijo.

Blair observó a su padre, nadando en la pequeña laguna que quedaba justo debajo de la cascada de agua. Tanto a la izquierda como a su derecha, podía observar unas gigantescas rocas cuyas formas se habían deformado por la erosión del agua cayente. Se quedó contemplando una de ellas muy fijamente porque le recordaba a la expresión de un rostro humano.

— ¡Venga, hijo!

Odiaba bañarse y sabía que, aunque su padre no lo hubiese dicho, el agua de

la cascada estaría congelada.

Se quitó sus ropas con la mayor lentitud posible, sin apartar la mirada de aquellas rocas que quedaban bañadas bajo el agua transparente que parecía caer del cielo. Entonces vio sus profundos ojos oscuros, su piel casi blanquecina y sus labios rosados. El agua le alcanzaba la altura de sus hombros, dejando a ratos su clavícula a la vista. Blair se quedó hipnotizado contemplándola, y aunque estaba convencido de que aquella joven debía de ser la mujer más hermosa de todas las Highlands y las Lowlands, no fue aquello lo que hizo que no lograra apartar la mirada de sus ojos, si no la expresión torturada que reflejaba su blanquecino rostro. Tenía los ojos llorosos y parecían levemente enrojecidos; Blair se preguntó si sería por el agua o porque había estado llorando.

— ¡Blair, no tenemos todo el día! — gritó Fergus, a punto de perder la paciencia con su pequeño.

— Voy... — murmuró distraído.

Le pareció que la joven que estaba escondida entre las rocas sonreía, así que Blair le devolvió la sonrisa en señal de conciliación. Quería acercarse a ella y decirle algo, pero nada más caminar un paso en dirección a la cascada, la joven de las rocas se llevó el dedo índice a los labios y le pidió silencio, justo antes de lanzar una mirada fugaz en dirección a su padre. Quería pasar desapercibida, claro. Por eso estaba escondida.

— ¡Blair!

El pequeño se introdujo en el agua y su padre se apresuró a hacerle una ahogadilla que terminó por empaparle por completo. Cuando sacó la cabeza, volvió la mirada a las rocas, pero la hermosa y pálida joven ya no estaba en ese lugar.

Se preguntó a dónde se había marchado, pero cumplió su palabra y no le contó a su padre nada al respecto.

3

Aquella noche soñó con Lillias y Davina; su mujer y su hija, que era un año mayor que su pequeño guerrero.

Fergus las echaba tanto de menos, que cada vez que se veía obligado a abandonar la fortaleza un malestar incomprensible se apoderaba de él. Era prácticamente la misma sensación que cuando enfermaba sin preaviso, quedando por varios días en cama. Pero sabía que, en esas ocasiones, el dolor no era físico, si no psíquico.

Fergus había nacido en el lecho de una familia en la que el amor había sido inexistente. Su padre le había enseñado que un corazón fuerte, un guerrero tenaz, jamás debía tener debilidades; y él había tomado esas enseñanzas y las había hecho suyas. Pero entonces llegó Lillias y Fergus estuvo convencido de que aquella mujer debía de poseer poderes sobrenaturales capaces de hechizarlo. Era lo más bonito que había visto jamás, con su cabello pelirrojo, sus ojos mezclados entre un azul y un tono verdoso oscuro y sus llamativas curvas. Nada más verla por primera vez, la idolatró, y fue consciente de lo mucho que anhelaba llevarla a su cama y hacerla suya. Pero Lillias no era una mujer cualquiera, y tampoco fue sencilla de conseguir. Primero tuvo que cortejarla, y en algún momento de dicho proceso, Fergus perdió la razón y se enamoró completamente de ella. Fue entonces cuando le entregó su corazón y decidió que, a pesar de todo, quizás el amor que sentía por aquella mujer lograra inculcarle no sólo debilidad, sino también una fortaleza incomparable con cualquier otra.

Más tarde, cuando llevaban ya dos años de matrimonio, Davina llegó al mundo. Fergus había deseado un heredero, un guerrero, pero entonces llegó su pequeña flor. Era la viva imagen de su madre y no le quedó más remedio que amarla a primera vista.

Algún sonido lejano logró arrancarle el sueño.

No necesitaba abrir sus párpados para saber que todavía no había amanecido, así que estiró su brazo en busca de su hijo mientras se esforzaba por recuperar sus arrebatados onirismos. Mientras palpaba el suelo de su alrededor, escuchó el llanto. No era un llanto desgarrador, pero sí lo suficiente intenso y emotivo como para penetrar en sus oídos e instalarse en su cabeza.

— ¡Blair!

Abrió los ojos de inmediato y se encontró con la luna llena que se dejaba entrever por encima de las ramificaciones. Su corazón palpitaba tan ferozmente que sintió los profundos latidos golpeando sus sienas.

— ¡BLAIR! — gritó, levantándose del suelo en el que había dormitado tan plácidamente.

Una lágrima recorrió su mejilla mientras corría, sin pensárselo dos veces, en dirección a la cascada. Jamás hasta entonces había escuchado el llanto de una caoineag, pero no necesitaba haberlo hecho anteriormente para reconocerlo.

Sin dejar de mover un pie detrás de otro, se llevó la mano a la cintura y palpó la empuñadura que sobresalía de la espada.

Dios mío, por favor, que no sea tarde, rezó. Pero ya había escuchado el llanto de la caoineag, y seguramente su hijo también lo habría hecho. Y eso tan sólo podía significar una cosa: muerte.

Cruzó los últimos matorrales y observó consternado la escena que tenía lugar en la cascada. La caoineag era más bonita aún de lo que había imaginado, y lloraba sobre una roca malformada y puntiaguda, adoptando una forma extraña y sobrenatural para adaptarse a ella. Quizás, aquella extraña postura en la que se encontraba y el sonido penetrante de su leve lamento, eran las únicas dos razones que delataban su verdadero espíritu.

— ¡NO LA TOQUES! — gritó, presa del pánico.

Su hijo, subido sobre otra roca, alargaba el brazo intentando alcanzar a la mujer; seguramente para consolarla.

Blair no escuchó su grito y su advertencia, pero la caoineag sí lo hizo, pues alzando la cabeza, detuvo brevemente su llanto para sonreír a Fergus. Iba a llevarse a su hijo a las profundidades de la cascada. Iba a arrebatárselo.

Fergus no tenía demasiadas opciones; sabía perfectamente que si escuchabas el llanto de la caoineag, sería demasiado tarde para detener la desgracia con la que te había marcado. Aún así, retiró la espada de su cinturón, y con toda la fuerza que fue capaz de reunir, lanzó el arma en dirección a la mujer. Rezó porque el amor que le procesaba a su hijo fuera más fuerte que el veneno del demonio; y así fue. Blair apartó la mano en el último segundo, justo cuando la espada atravesaba el pecho de ella. Su color, anteriormente pálido y blanquecino, comenzó a tornarse grisáceo y traslúcido. Su rostro se deformó velozmente mientras un alarido de angustia abandonaba sus entrañas. Blair retrocedió atrás, asustado, hasta caer de la roca. En ese instante, el demonio lanzó una última mirada al niño, justo antes de estallar el mil pedazos.

— ¡Blair, Blair!

Fergus se apresuró hasta su hijo y se lanzó al agua. Blair, aún consternado, tenía los ojos abiertos como platos y no era capaz de decir palabra ni de entender qué había sucedido. Su padre lo estrechó con más fuerza entre los brazos y susurró levemente unas palabras de consuelo para tranquilizarlo.

— Ya está, ya ha pasado... — susurró, meciéndolo levemente.

Fergus deseaba que su hijo se transformase en un fuerte guerrero, pero sabía perfectamente que ese día aún no había llegado y que su pequeño Blair era, precisamente, eso mismo: pequeño.

Un niño cuya protección dependía únicamente de sus padres y de su tutor.

— ¿Estás bien, hijo mío? — le preguntó, aún sin soltarlo.

Blair sacudió la cabeza muy levemente, en un gesto casi invisible.

— Tenemos que irnos de aquí, ¿vale? — continuó Fergus, angustiado.

Lo cargó en sus brazos y corrió hasta el campamento, apresurado y aún asustado.

En las Highlands uno podía escuchar muchas leyendas, las cuales, en su mayoría, eran reales. Pero pocas veces en la vida se llegaba a verificarlo.

Había sido una verdadera mala suerte tropezarse con una caoineag. Fergus conocía muy bien a aquellas criaturas, a pesar de que esa había sido la primera vez que se tropezaba con una. Eran demonios de agua que habitaban debajo de las cascadas, adquiriendo las formas de mujeres hermosas e

irresistibles. Por las noches, lloraban desconsoladas maldiciendo a aquel que escuchase su llanto con una gran catástrofe o una muerte inminente. Y ese maldito demonio había estado a punto de llevarse a Blair, aunque no lo había conseguido.

Aún así, ambos habían escuchado su llanto. ¿Qué significaba eso, entonces? ¿Seguían padeciendo la maldición a pesar de que el demonio había sido derrotado? Una gran catástrofe o una muerte inminente...., recordó Fergus, aún tembloroso.

Colocó a su hijo sobre el caballo y se apresuró a recoger las pieles del suelo. Blair observaba cada movimiento de su padre, consternado, sin pronunciar una sola palabra. Tenía tanto miedo... No era capaz de olvidar la piel grisácea, translúcida y el rostro endemoniado en el que se había tornado la joven doncella de la cascada. ¿Qué había ocurrido?

Fergus montó sobre su caballo y padre e hijo, sumidos en la oscuridad de la noche, reemprendieron la marcha hacia su hogar mientras los primeros copos del invierno caían sobre sus cabezas.

4

Hacía horas que había amanecido.

Fergus le había insistido a su hijo con que descansase un rato, pero Blair no había echado ni una sola cabezadita. Tampoco había dicho una sola palabra, lo que no era en absoluto habitual.

— ¿Blair?

El niño no respondió.

Parecía realmente traumatizado con los sucesos que habían acontecido aquella noche.

Fergus detuvo la marcha con brusquedad y se bajó del caballo. Después bajó a Blair de su yegua y, aupándolo en sus brazos, lo llevó hasta una roca cercana. Fergus sentó a su hijo sobre ella antes de comenzar a hablar.

— ¿Quieres que te explique lo que ha ocurrido?

Comenzaba a temer que aquel maldito demonio hubiera enmudecido eternamente a su pequeño.

Blair asintió.

Fergus respiró hondo y pensó en la mejor manera de comenzar.

— ¿Recuerdas cuando mamá decía siempre que los Brownies no iban a venir a limpiar la casa por nosotros? — preguntó, guiñándole un ojo.

Blair volvió a asentir, aunque con seriedad.

— ¿Sabes lo que es un Brownie?

— Un ser muy pequeño que limpia las casas a cambio de que les demos comida.

Fergus asintió.

— A veces roban joyas — puntualizó Blair, orgulloso por recordar aquello que sus padres le habían contado.

— Así es hijo.

— Y son muy arrugados, como abuelitos diminutos — añadió.

— Exacto. Pero no son humanos, son Brownies. No son como nosotros.

— ¿Igual que los ingleses no son cómo los Highlanders? — inquirió Blair, orgulloso por su comparación.

— Así es — señaló Blair — . La mujer de la cascada no era ni inglesa ni Highlander ni humana.

— ¿Qué era, papá?

— Era una caoineag. Un demonio al que nunca jamás debemos acercarnos.

Blair tragó saliva y evitó contar a su padre que ya la había visto con anterioridad aquella misma tarde, mientras se bañaban.

— ¿Y qué ocurrirá ahora, papá?

Fergus no sabía qué responder.

— No ocurrirá nada, hijo. El demonio ha muerto — mintió.

— ¿No voy a morir? — inquirió, asustado.

Fergus le acarició el rostro con delicadeza.

— No, hijo, no dejaré que te pase nada.

Y aunque eso último era verdad, no pudo evitar sentir un mal presentimiento.

Contempló el sol que brillaba tímidamente entre las nubes blanquecinas del cielo y sopesó la idea de seguir a caballo hasta la aldea más cercana o cazar alguna pieza para el desayuno. Calculó que en diez minutos a un trote ligero alcanzarían alguna posada en la que alimentarse, pero después decidió que quizás un poco de tiro al arco animaría a su hijo después del incidente que habían sufrido.

Necesitaba sacarse de la cabeza las malas sensaciones que sentía y olvidar lo ocurrido. Habían sobrevivido a la noche y ambos estaban sanos y salvos. No servía de nada torturarse.

Los primeros copos de nieve que habían caído aquella noche mientras cabalgaban no habían terminado por cuajar y la temperatura ambiente parecía haberse templado. El invierno se resistía a teñir las Highlands de blanco. Fergus sujetó con firmeza el arco de su hijo y lo ladeó en el aire para que el pequeño pudiera verlo.

— ¿Cazamos? — preguntó.

Blair ensanchó una sonrisa de oreja a oreja y saltó de la roca en la que su padre lo había sentado. Se apresuró a colocarse el carcaj tras la espalda y después se encaminó, junto con su padre, entre la maleza.

Guardaron silencio, inmóviles, escondidos detrás de la espesa vegetación. Esperar pacientemente era una de las virtudes que debía de poseer en todo momento un buen cazador, y aunque Blair parecía comenzar a aburrirse y desesperarse, aguardó en silencio esperando que así su padre se enorgulleciera de él.

— Mira, hijo... — susurro en voz baja Fergus, señalando al animalillo que se movía entre los árboles.

— ¡Un cervatillo! — exclamó Blair.

— ¡Sssh! ¡Lo espantarás!

El pequeño se apresuró a sacar una flecha del carcaj y la posicionó en la cuerda, preparándose para el ataque.

— No le daré, es muy rápido — señaló.

— Le darás — aseguró Fergus — . Ayer le diste al conejo. Es mucho más pequeño.

— El cervatillo es más rápido.

— Sssh... — le instó su padre — . Concéntrate y prepárate para el ataque. Si no le das, apresúrate a sacar otra flecha y dispara hasta alcanzarle. Acorrálale. Asústalo. Que no tenga escapatoria.

Blair, emocionado, asintió, agudizó su visión y tensó la cuerda.

Los siguientes segundos fueron emocionantes, intensos y pasaron muy, muy rápido. Disparó una flecha y el cervatillo echó a correr, infiltrándose entre el espesor de la vegetación. Blair disparó una segunda flecha, una tercera y una cuarta. Casi no podía verle con los árboles, las zarzas y los arbustos, pero presentía por el movimiento de las hojas el lugar en el que se encontraba. Disparó una quinta flecha y después, con la sexta, escuchó el sonido del cuerpo desplomándose en el suelo. El movimiento de las hojas se detuvo y todo se quedó sumido en un profundo silencio.

— ¿Papá?

Fergus sonrió orgulloso, levantándose de su escondrijo.

— ¡Lo has hecho, muchacho! — exclamó, alborotándole el cabello de forma cariñosa.

Blair no podía creerlo.

¡Le había dado! ¡Desde luego que era el mejor tirador de las Highlands!

Tiró el arco al césped y se quitó el carcaj mientras corría apresurado a buscar su presa. Fergus no pudo evitar una risotada de alegría al comprobar la emoción y el entusiasmo con la que su pequeño corría. Lo vio infiltrarse entre la maleza y esperó unos segundos para que Blair pudiera traer su caza él mismo y mostrársela. El tiempo fue pasando y su risa, al final, se extinguió.

— ¿Blair?

Estaba tardando demasiado en regresar.

¿Quizás no encontraba al cervatillo?

— ¿Blair? ¿Qué ocurre, hijo?

La falta de respuesta lo sobresaltó, pero decidió no asustarse antes de tiempo. Echó a caminar tras él y divisó su cabeza morena entre los matorrales. Estaba de espaldas, semi-agachado.

— ¿Blair? ¿Qué está pasando? — insistió.

El niño no se volvió hacia él y Fergus aceleró el paso. Le tocó la espalda y el pequeño, sobresaltado, gritó. Cuando se apartó a un lado, Fergus contempló

aquello que tanto había impactado a su hijo.

— ¡Santo Dios! — exclamó, abalanzándose sobre el cuerpo de la niña.

No debía de tener más de seis o siete años, una edad bastante similar a la de Blair, desde luego.

Tenía el cabello dorado, ondulado, esparcido entre el musgo y su rostro. Podía ver su rostro angelical repleto de cortes y arañazos, algunos profundos y otros superficiales. La flecha de Blair se había incrustado en su vientre, atravesando su pequeño cuerpecito. Desde el mismo lugar en el que la flecha se hundía en su piel, una gigantesca mancha de sangre se iba ensanchando en forma de circunferencia.

— Papá... — lloriqueó Blair.

Fergus recordó a caoineag y la gran catástrofe con la que ésta les había maldecido. Respiró hondo, armándose de valor, y se dejó caer junto a la pequeña para tomarle el pulso. Apretó su muñeca, pero no logró hallar los latidos de su corazón.

— Papá... — repitió Blair.

Llevó la mano a su garganta, y se esforzó por encontrar alguna señal de vida.

— Papá, ¿la... la he matado? — tartamudeó.

Se tumbó sobre su pecho, desesperado, y aguardó unos instantes hasta que el leve movimiento de sus pulmones le indicó que la pequeña aún respiraba. Debía de estar realmente débil, aunque seguía viva.

— Todavía no — respondió, alzando el delicado cuerpo de la niña de los cabellos dorados entre sus brazos.

No podía sacarle la flecha porque no sabía qué órganos podía tener afectados. Si la dejaba clavada, podía terminar muriendo por la gravedad de la lesión, aunque si la retiraba, quizás firmaba la sentencia de su muerte al instante.

No debía arriesgarse.

— ¡Corre a la yegua, Blair! ¡Debemos galopar con el viento! — gritó, apresurado, mientras corría en dirección a los caballos.

Blair no reaccionó, pero al ver que su padre no se detenía para esperarle y que echaba a cabalgar sin él, espabiló. Corrió hasta la yegua y, apresurado, hincó sus talones en el lomo del animal para apremiarle a acelerar el paso.

Cada segundo era vital.

Cada segundo implicaba que el pronóstico de aquel demonio de las aguas pudiera hacerse realidad.

Cada segundo conllevaba que su hijo, a la tan joven y tierna edad de los ocho años, pudiera haber arrebatado la vida de una inocente niña.

5

— ¿Vivirá? — preguntó Fergus, abrumado.

La anciana de la aldea titubeó.

No quería dar falsas esperanzas al guerrero, así que no sabía muy bien qué contestar.

— Aunque sobreviva a las heridas, la niña quedará marcada de por vida — señaló la mediana de las mujeres.

Fergus se frotó las manos con impaciencia, recorriendo con paso apresurado la estancia en la que se encontraban.

— ¿Qué quieres decir con que quedará marcada de por vida, mujer? — escupió de mala gana.

Sabía que debía mantener la compostura y tratar bien a aquellas curanderas. Eran la única esperanza que la pequeña de los cabellos dorados tenía para sobrevivir.

— Que aunque sobreviva, las secuelas serán irreparables. La niña jamás podrá traer una vida a este mundo. Jamás.

— ¡Eso es lo de menos! — gritó Fergus, abrumado por la situación — . ¡He preguntado si vivirá!

Comenzaba a perder los papeles.

— Quizá lo mejor para ella sea morir — escupió la mujer de malagana — . Será una abominación de la naturaleza — añadió, justo antes de abandonar la estancia.

La anciana y él se quedaron a solas y Fergus lo agradeció. Estaba convencido de que si aquella mala mujer volvía a decir algo semejante, la estrangularía allí mismo con sus propias manos y la dejaría morir con lentitud.

— ¿Vivirá? — repitió, cada vez más nervioso.

La anciana continuó guardando silencio, cosa que exasperada a Fergus. Unos instantes después, la puerta de la estancia se abrió y pasó al interior la más joven de las curanderas. Fergus observó cómo se acercaba hasta la cama de la niña para colocar un trapo húmedo sobre su frente sudorosa.

— ¿Vivirá? — volvió a preguntar, con la voz aún más temblorosa.

Quizás lo mejor era no saber la respuesta.

— Puede que sí, puede que no — respondió la más joven, acariciándole el cabello a la pequeña — . Hace rato que los latidos de su corazón han dejado de depender de nosotras y han pasado a estar en manos de los dioses.

— Rezaremos por su vida — aseguró la anciana en un tono de voz que delataba sus años de sabiduría.

Fergus asintió.

Blair y él también rezarían por ella.

6

Estaba convencido de que Lillias y Davina hacía tiempo que debían de haber supuesto lo peor. Llevaban una semana en la posada de las curanderas, rezando cada hora por la vida de la niña mientras esperaban que un milagro de algún dios benevolente la trajera de vuelta al mundo de los vivos y la sacara de aquel limbo.

Sí, seguro que su esposa había perdido la esperanza de que padre e hijo regresaran a casa, sanos y salvos; aunque también sabía que los ancianos del consejo esperarían, al menos, tres meses antes de sustituirle en su cargo.

Blair parecía más consternado cada día que pasaba.

Nada más despertarse, se sentaba junto a la pálida niña y esperaba paciente, sujetando su fría e inerte mano. Una punzada de angustia traspasaba el corazón de Fergus cada vez que contemplaba aquella imagen, diciéndose a sí mismo que una vida tan joven como la de su hijo jamás debería de sufrir un tormento semejante.

Viviese o muriese la pequeña de cabellos rubios, la maldición de la caoineag jamás quedaría olvidada; y sus vidas, tanto la de su hijo como la de la pequeña, quedarían marcadas para siempre.

La más joven de las curanderas se acercó hasta Fergus en silencio, también contemplando la conmovedora estampa de los dos jovencitos.

— Una mujer viene al mundo con el mismo propósito con el que llegó su madre antes que ella — susurró en voz baja para que Blair no pudiera escucharla — . Viene para traer vida y amar. Para crear otra existencia más allá de la suya propia.

Fergus asintió en silencio.

Él siempre había sabido que contraería matrimonio, desde niño, por el simple hecho de que necesitaba una esposa para asegurarse la descendencia. La mayoría de los matrimonios se limitaban a eso. Pero tras conocer a Lillias, Fergus también había aprendido el significado de amar y respetar a su mujer, quedando en un segundo plano, incluso, el hecho de asegurarse una descendencia.

— Si, después de todo, la niña sobrevive... ningún hombre la querrá a su lado, mi laird.

No supo qué contestar, porque por mucho que su corazón le mostrase el poder del amor y de la ternura, sabía muy bien que si Lillias jamás habría podido traer a un heredero al mundo no habría perdido el tiempo cortejándola... y no se habría terminado enamorando de ella.

La curandera tenía razón.

— Aún así, debe vivir — afirmó con seguridad.

La más joven de las curanderas arrugó la nariz en un gesto de contrariedad y se alejó de la estancia, dejando a los niños y a su laird en soledad.

Fergus se acercó hasta la ventana y contempló el paisaje blanquecino que se extendía por doquier, conquistando su campo de visión. La nieve por fin había terminado por instalarse en las Highlands, lo que hacía que los viajeros esperasen cobijados al sol para poder retomar sus trayectos. Fergus estaba convencido de que si no regresaba a tiempo para el final del invierno, Lillias enviaría una tropa de soldados en su busca. Esperaba regresar a tiempo para evitarlo.

Se volvió hacia su hijo y observó cómo éste acariciaba el rostro de la niña con ternura. Quiso saber en qué estaría pensando Blair en ese instante, pero no dijo nada para evitar estropear la conmovedora escena que estaba teniendo lugar frente a él.

— ¿Dón...de..., es...toy?

Fergus se sobresaltó al escuchar la voz, tensándose.

¡La niña había despertado!

Blair, abrumado, retiró la mano del rostro de la pequeña como si, de pronto,

se hubiera abrasado la piel. Se giró sobresaltado hacia su padre, con los ojos abiertos en señal de estupefacción.

— ¡Sal y avisa a las curanderas, hijo! — apremió Fergus, mientras una pequeña sonrisa aparecía en su rostro.

La niña viviría. Ahora sí estaba convencido de ello.

7

Años después

— ¡Un mensajero de los Shuterland acaba de llegar al castillo! — gritó Davina, eufórica.

Ailsa, sobresaltada, abandonó sus sueños en ese mismo instante. Se incorporó sobre la colcha con el corazón latiendo aceleradamente en su pecho y le lanzó una mirada asesina a su amiga.

— Me has asustado — suspiró, frotándose los ojos.

Desvió la vista al exterior y comprobó que aún no había terminado de clarear la mañana. Agotada, se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos, intentando recuperar el ritmo habitual de sus pulsaciones.

Davina sonrió y golpeó a Ailsa en el costado para que ésta le concediera un espacio en su cama.

— Adivina para qué ha venido — instó la joven pelirroja.

Su amiga sopesó la respuesta unos instantes.

— ¿Nos ofrecen paz?

Sabía que su clan estaba enemistado desde hacía años con los Shuterland, así que le pareció lo más lógico que laird Shuterland quisiera ofrecerles una ofrenda de paz ahora que los Sinclair estaban ganando poder, fuerza y tierras.

Davina puso los ojos en blanco.

— ¿Cómo lo has sabido? — preguntó, con una sonrisa de oreja a oreja.

— No lo sé — respondió Ailsa, encogiéndose de hombros — . Lo que no

termino de entender es por qué estás tan feliz.

Su amiga pelirroja se volvió a incorporar con entusiasmo y, con los ojos repletos de ilusión, respondió.

— ¡Laird Shuterland ha pedido desposarme!

Ailsa ahogó un grito de espanto.

— ¿Qué laird Shuterland ha pedido... qué?

— ¡Voy a ser esposa, Ailsa! — exclamó, emocionada.

— Pero... laird Shuterland... — comenzó a decir con la voz estrangulada — , debe de tener, como poco, la misma edad que tu padre.

Davina saltó de la cama, sonriente, y sacudió la cabeza.

— ¡Qué poco sabes de amores, mi querida Ailsa!

— ¿Qué debo saber que no sepa? ¡Ese hombre es más viejo que el suelo que pisamos ahora mismo!

— En primer lugar — señaló Davina — , tú no estás pisando el suelo. En segundo lugar, la edad es lo de menos. Lo importante es que su esposa ha fallecido sin darle un heredero, y me ha escogido a mí, Ailsa. Seré hija de laird Sinclair y esposa de laird Shuterland. Y lo mejor de todo es que no sólo firmaremos la paz, si no que todo el norte de las Highlands será nuestro. ¡Nuestro!

Ailsa no podía creer lo que estaba escuchando.

— ¿De verdad deseas contraer matrimonio con ese vejstorio, Davina?

La joven sonrió y comenzó a caminar con paso acelerado por la habitación. Era, exactamente, lo mismo que hacía Fergus cuando se ponía nervioso.

— ¡Claro que lo deseo!

— No estás en tus cabales...

— ¡Nuestro clan será invencible! ¡Y mi hijo, algún día, será el jefe de uno de los dos clanes!

Ailsa suspiró.

Darí­a igual lo que le dijera, su amiga era testaruda y ya parec­ía haber tomado una decisi­ón. Adem­ás, sab­ía que Davina no pensaba de la misma forma que la mayoría de las mujeres de las Highlands. Por alguna razón incomprensible, se sentía desdichada por haber nacido mujer y envidiaba a su hermano Blair porque era el heredero directo del cargo. Ella quería poder y quería dirigir un clan. Quería mandar a sus hombres y controlar las tierras.

— Bueno, si eso te hace feliz, entonces me alegro por ti.

Los ojos de Davina chispearon de emoción, justo un instante antes de que se lanzara de forma afectuosa a los brazos de su amiga.

— ¡Oh, Ailsa! ¡Algún día tú también te casarás y serás esposa! — exclamó con ilusión.

Pero bien sabía Ailsa que aquellas palabras no eran ciertas.

Desde niña, todos los hombres del clan Sinclair habían sabido que Ailsa no podría ser esposa jamás, pues no traería vida al mundo. Nadie, excepto Fergus, Lillias, Blair y ella, conocían la razón de aquellos rumores. Ni siquiera Davina era sabedora de la verdad, pues muchas veces le decía que no eran más que tonterías de una curandera sin oficio ni gloria y que no debía prestar atención a esas tonterías que se decían sobre ella.

Inconscientemente, se llevó la mano al vientre y la posó encima de su camión, en el mismo lugar en el que yacía su cicatriz.

— Davina... — murmuró, separándose un instante de ella — , ¿tu hermano ha regresado?

Ailsa se dirigió al tocador para cepillarse el cabello, pues era evidente que no volvería a conciliar el sueño aquella mañana.

— Aún no. Ayer le escuché a padre decir que Blair era un irresponsable y que si seguía así terminaría firmando su sentencia de muerte antes de la primavera.

— ¿Dijo dónde se encontraba?

Davina se colocó junto a su amiga y contempló la imagen que el reflejo del espejo le devolvía. Era evidente que Ailsa era la más bella de las dos, pues su aspecto se asemejaba más al de un ángel que al de una persona real. Tenía el cabello rubio, perfecto, con unas pequeñas ondas que caían sobre sus

hombros. La piel pálida y sedosa, como la porcelana, y los ojos celestes. Era una deidad.

Ella, en cambio, tenía el cabello rebelde de un color anaranjado y su piel siempre se encontraba cubierta de pecas; así que le resultaba imposible no envidiar de vez en cuando el buen ver que tenía su amiga.

Aún así, desde que se habían convertido en mujeres, los hombres Sinclair tan sólo habían tenido ojos para Davina, pues no sólo era hija del jefe, sino que además, no estaba maldita. Los rumores sobre Ailsa eran tan descabellados como siniestros, y eso provocaba que pocas personas quisieran intimar más de lo estrictamente necesario con ella.

Davina sabía poco sobre la verdad, pero estaba convencida de que la mitad de las habladurías no eran más que absurdecos de las viejas cotillas del clan. Lo único que sabía con certeza era que su padre, Fergus, había encontrado a Ailsa perdida en el bosque y malherida, y la había traído con él hasta el castillo Sinclair para cuidar de ella. Desde entonces, ella y Ailsa habían sido uña y carne. Inseparables.

— Padre dice que es estúpido y temerario, y que terminará enterrado en tierra santa antes de lo que imaginamos — escupió Davina, con los ojos en blanco.

Odiaba que su hermano se comportase de aquella manera y que, aún así, todos los derechos de descendencia le correspondieran a él. Simplemente porque era varón, claro.

— ¿El tío Angus tampoco sabe dónde está?

Davina se colocó tras su amiga y, continuando con la conversación, comenzó a trenzar la larga melena de Ailsa.

— Ambos saben dónde está; luchando por un apellido ajeno y por unas tierras que no nos conciernen.

— ¿Dónde? — insistió Ailsa, con un nudo en el estómago.

Aunque la relación que tenía con Blair era nula, por alguna razón incomprensible, la joven no podía evitar preocuparse por él. Ailsa había sido como una hija más para Lillias y Fergus, y una hermana para Davina. En cambio, para Blair, ella simplemente no había existido. Siempre que podía evitaba dirigirle la palabra y nunca jamás se había interesado lo más mínimo

por su existencia; y aunque Ailsa se había esforzado en odiarle profundamente, no había logrado su objetivo. Blair tenía la mirada manchada de tormento y sufrimiento y ella era capaz de ver el suplicio que habitaba en su alma, así que no podía odiarle. ¿Cómo aborrecer a alguien que se aborrecía a sí mismo?

— Ayuda a los Frazer a hacerse con el poder de las tierras del clan de los Grant — continuó Davina — , y deben de llevar varios días de batalla.

Varios días de batalla, repitió mentalmente Ailsa.

¿Estaría Blair en peligro? Lo conocía muy bien y sabía que no temía a nada. Era salvaje y primitivo, y vivía por y para la guerra.

— Padre dice que si sigue vivo es porque el tío Angus lo adiestró correctamente con la espada y no hay rival a su altura en todas las Highlands. Si no, hacía tiempo que lo habríamos tenido que enterrar junto al abuelo.

Aquella conversación la estaba poniendo mal.

¿Cómo era posible que Davina hablase sobre la muerte de su hermano con tanta ligereza?

La doncella, Maisie, interrumpió en la estancia y anunció que laird Sinclair y su esposa las había hecho llamar para el desayuno, así que la conversación sobre Blair tocó su final.

8

Ailsa no entendía qué sucedía en el comedor.

Como cada mañana, se sentó en el extremo de la mesa, junto a Davina. En mitad de la mesa presidencial se encontraban Fergus y Lillias y, a la izquierda de éstos, solía sentarse Blair, cuando se encontraba presente, al lado del tío Angus.

El ambiente era tenso y Fergus y Lillias parecían haber discutido, lo que era sumamente extraño. El tío Angus también tenía el semblante cargado de seriedad y la única que parecía no darse cuenta y vivir en su propio mundo era Davina, cuya sonrisa no desaparecía ni un solo instante de su rostro.

Comenzaron a desayunar y Ailsa decidió mordisquear una manzana. No tenía demasiada hambre y una mala sensación se había instalado en ella desde que Davina la había despertado con aquella catastrófica noticia. Esperaba, al menos, que su matrimonio no durase demasiado y que aquel viejo Shuterland falleciera de un infarto lo antes posible.

Hamish, uno de los soldados de confianza de Fergus, irrumpió en la estancia con paso acelerado. Laird Sinclair se levantó de inmediato de su silla y esperó hasta que su hombre se hubo acercado lo suficiente a él.

— ¿Qué sucede?

— Señor, su hijo regresa a casa. Acaban de informarnos de que ha pasado la frontera de los Gunn y de que ya no se encuentra en tierra hostil.

Fergus asintió.

— ¿Algo más Hamish?

El soldado carraspeó.

— Verás, mi laird, nuestro invitado se niega a entregar su arco a la guardia.

— ¿Nuestro invitado? — preguntó Fergus — . ¡Ah, el maldito Shuterland!
— añadió, cayendo en la cuenta. Estaba haciendo un esfuerzo inmenso por no recordarlo.

La sonrisa de Davina desapareció al escuchar aquello.

— ¿Qué quiere que hagamos, mi laird?

— Dile al maldito Shuterland que si no entrega su arco tendrá que dormir a la intemperie o en los establos, porque con esa arma no le permitiré acceder a los aposentos de mi castillo. ¿Queda claro?

Hamish asintió al instante.

— ¡Padre! — exclamó Davina, indignada — . ¡Es nuestro invitado!

Fergus, manteniéndose sereno, evitó volverse hacia su hija.

— ¿Eso es todo, Hamish?

El soldado asintió.

— Entonces puedes retirarte.

— ¡Padre, no! — insistió la joven, incrédula — . ¡No puedes tratar así a nuestros nuevos amigos!

Ailsa tampoco comprendía por qué se había dirigido al mensajero de los Shuterland con tanta brusquedad, aunque sí comprendía que Fergus quisiera hacer respetar las normas de su hogar con aquellos que llegaban a la fortaleza. Desde que alcanzaba a recordar, los arcos siempre habían estado prohibidos en la tierra de los Sinclair y la gente decía que, hacía muchos años atrás, en un arrebatado de locura, Fergus había ordenado destruir todos aquellos que sus hombres poseyeran. En tierra Sinclair no quedaban arcos, excepto uno. Ailsa sabía que Fergus guardaba un arco en los pasadizos subterráneos del castillo, pues lo había visto con sus propios ojos.

— Davina, mantente en silencio y desayuna — ordenó cortantemente.

Lillias asintió y continuó desayunando, al igual que tío Angus.

Ailsa, entonces, decidió que lo mejor que podía hacer era imitarles y no abrir la boca.

— ¡Padre, no puedes tratarle así! ¡Ha venido en nombre de laird Shuterland, en son de paz!

Como era evidente, aquello Fergus ya lo sabía.

— Trataré a esa sabandija malnacida como se merece — puntualizó — , y cuanto menos tiempo pase en mi fortaleza y en mis tierras, por lo que a mí respecta, mejor.

Davina, incrédula, observó a su padre con consternación.

Aquella misma mañana había escuchado a su tío Angus recibir al mensajero, y éste le había comunicado los deseos que su laird tenía de firmar la paz con los Sinclair y contraer matrimonio con Davina. ¿Cómo era posible, entonces, que su padre lo maltratase de aquella manera?

— Quizás deberíamos replantearnos la situación y pensar con calma y claridad, Fergus — señaló Angus, dirigiéndose a su hermano.

Lillias asintió, conforme con su cuñado.

— No hay nada que pensar. No entregaré mi hija a un salvaje despiadado; todos sabemos por qué su esposa no pudo tener descendencia antes de encontrar la muerte.

— Sólo son rumores, Fergus... No podemos fiarnos de todo lo que se dice.

Ailsa y Davina guardaron silencio y prestaron atención. Ellas, desde luego, no estaban al tanto de dichos rumores.

— Angus tiene razón — señaló Lillias — , la unión podría traernos paz y años de bonanza.

El jefe Sinclair, exasperado, se levantó de la mesa y golpeó con su puño la madera de roble, haciendo que todos los platos y vasos titilasen por el impacto.

— ¿Quieres que tu hija reciba una paliza cada noche antes de irse a dormir, Lillias?

— ¡Por supuesto que no!

— ¿Quieres que termine como la anterior esposa del malnacido de Errol Shuterland?

— ¡Por el amor de Dios, Fergus, ya sabes que no! — gritó, irritada.

— Calmémonos — intervino Angus — , y tengamos presente que no sabemos si esos rumores son ciertos o no.

— No me importa si son ciertos o no — aseguró Fergus, irritado, rodeando la mesa — , lo que quiero es que esos malditos Shuterland salgan de mis tierras cuanto antes y desaparezcan de mi vista.

Y sin decir nada más, el jefe de los Sinclair echó a caminar a través del comedor y abandonó la estancia, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

— ¿Mamá? — murmuró Davina, conteniendo las lágrimas que amenazan con escapar.

Lillias se giró hacia su hija con el rostro cargado de ternura.

— Tu padre tiene razón, querida. Esta unión podría resultar más catastrófica que beneficiosa... — concluyó con pesar — . Tendrás mil pretendientes mejores que laird Shuterland, te lo aseguro.

Davina no podía creer lo que estaba escuchando.

Imitando el anterior comportamiento de su padre y sabedora de que nadie le recriminaría su actitud, se levantó de la mesa y caminó apresurada, con los brazos en jarras, hasta abandonar la estancia.

Ross y ella se cruzaron en el umbral, aunque el pobre chico no fue capaz de comprender por qué su prima le había negado el saludo.

— ¡Vaya! — exclamó el muchacho, estupefacto — . Ya veo que los Sinclair estamos hoy de muy buen humor...

Angus y Lillias se lanzaron una mirada cómplice y Ailsa, en cambio, se mantuvo en silencio. No podía sacarse de la cabeza las atrocidades que Fergus había insinuado sobre el jefe de los Shuterland y no comprendía, tampoco, cómo Davina podía seguir queriendo someterse a esa unión después de lo que había escuchado.

— Siéntate y desayuna en condiciones, Ross. Hoy nos espera un duro entrenamiento — le indicó su padre.

Ross era dos años menor que Ailsa. Además, era el único amigo de verdad que Blair conservaba tras los años.

— ¿Qué ha pasado aquí? — preguntó Ross en un susurro, dirigiéndose a Ailsa.

Ella se encogió de hombros y guardó silencio.

Tenía la sensación de que ese asunto no le concernía lo más mínimo y no quería entrometerse en él.

Los Sinclair, en general, eran peculiares.

Cualquiera que los viese desde fuera era consciente de ello. Davina y su madre, Lillias, eran pelirrojas, de tez blanca y pecosa, menudas, de caderas anchas y bajitas. Fergus y Blair también eran dos gotas de agua; el hijo había heredado de los genes de su padre un cabello moreno que era negro como la noche, unos profundos ojos castaños y una piel curtida que resistía cualquier inclemencia del temporal. Eran fuertes, grandes y musculosos, capaces de hacer temblar a cualquier enemigo. Angus también se parecía a su hermano Fergus, aunque el primero tenía un físico menos desarrollado y era unos centímetros más bajo. Ross, en cambio, había heredado los rasgos característicos de su difunta madre y de algún modo se asemejaba más a Ailsa. Ambos eran rubios, de ojos claros y piel blanquecina y sedosa. Aunque Ross no parecía, ni era, tan delicado como Ailsa. Y aunque Ailsa no compartía lazos sanguíneos con ninguno de los Sinclair, muchos de los miembros que se unían tardíamente al clan la tachaban como hermana de Ross.

— ¿Y Fergus? — inquirió.

— Tu tío necesitaba descansar — señaló Angus —, lo verás más tarde, cuando finalice tu entrenamiento.

Ross se encogió de hombros y, sin meditar mucho sobre los asuntos familiares, se lanzó a devorar el plato de conejo asado que yacía sobre la mesa, sujetando la carne con ansia en sus manos.

— ¿Qué? — preguntó, percatándose de la forma en la que Ailsa lo observaba — . ¡Tengo hambre!

La joven soltó una risotada.

— Nada, sigue comiendo... ¡Salvaje sin modales!

9

La habitación de Ailsa estaba orientada al norte del castillo. Desde su ventana, podía observar la inmensidad del mar y las profundas y oscuras aguas que chocaban contra el acantilado sobre el que estaba situado el castillo Girnigoe, la fortaleza de los Sinclair. Su aposento estaba en la cuarta planta de aquella impresionante estructura, lo que aumentaba la belleza de todo aquello que podía contemplar.

Era otoño, así que los árboles habían tomado un aspecto escueto y más oscuro de lo habitual. Contemplando el exterior, no pudo evitar sentirse pequeña en el mundo, y a su vez, tampoco pudo evitar preguntarse si Blair estaría bien.

Se dijo a sí misma que Fergus tenía más razón que un santo cuando decía que su hijo sería el primero en ocupar una tumba en el cementerio. Blair no temía a nada, ni a nadie; ni siquiera a la mismísima muerte, y eso significaba que, tarde o temprano, su falta de temor lo arrastraría al fango de un pozo.

— No se parecen en nada... — susurró en voz alta, mientras dibujaba en el cristal de su ventana la línea en la que cielo y agua se unificaban.

Padre e hijo eran tan diferentes que casi no parecían familia. Si su aspecto físico no hubiese sido tan similar, Ailsa no se habría creído jamás que Blair formaba parte del linaje de los Sinclair.

Dos golpes secos contra la puerta de su habitación la hicieron pegar un pequeño respingo. Se colocó correctamente el tartán, alisándolo con ambas manos antes de responder.

— Adelante.

Seguramente sería Davina, indignada y enfadada por la escena que había tenido lugar en el comedor.

— Buenos días, querida — musitó Lillias, con una tierna sonrisa en el semblante.

Ailsa le devolvió el gesto.

— Creí que serías Davina — confesó.

Sabía perfectamente que Lillias no era, ni sería nunca, su madre biológica. Pero eso no significaba que la fuera a querer menos. Lillias era la bondad personificada: dulce, cariñosa y amable. Fergus era fuerte, seguro y muy paciente. Ailsa siempre pensaba que la unión de ambos era perfecta.

— ¡Ah! ¡No! — exclamó, sacudiendo la cabeza — , mi hija está reunida con el consejo — añadió, tomando asiento en la butaca que se hallaba junto a la ventana.

Ailsa se mantuvo en silencio, de pie, a su lado.

Esperaba que Lillias le contase por qué Davina se había reunido con los ancianos, pero al ver que la mujer no se disponía a continuar, decidió indagar.

— ¿Qué necesita Davina del consejo?

Lillias suspiró con agotamiento.

— Ya la conoces, es terca como una mula. Demasiado testaruda y caprichosa.

Ailsa soltó una risita.

— Quiere la aprobación del consejo para hacer entrar en razón a su padre — añadió, arrugando la frente — , y lo peor es que sé muy bien cómo terminará esto. Por eso estoy aquí, querida.

— ¿Quiere la aprobación de los ancianos para contraer matrimonio con laird Shuterland?

— Así es. Empiezo a pensar que lo único que se propone realmente es matar a su padre de un infarto.

La joven de cabellos dorados guardó silencio.

— Lillias, ¿qué rumores corren sobre la difunta esposa de laird Shuterland?
— inquirió Ailsa, un tanto ruborizada por su intromisión en el asunto.

— Golpeaba a su mujer — respondió, con la vista perdida en el horizonte — . Eran tales las palizas que todos los bebés que llevó en el vientre murieron antes de ver la luz del sol.

— ¿Cómo puede Davina querer casarse con una persona tan despreciable, Lillias? No lo entiendo...

— Davina no se ha tomado demasiado en serio esos rumores — puntualizó con una expresión de agotamiento en el rostro — , aunque yo tampoco sé cómo de ciertos serán. La verdad es que conocí a Errol antes de que Fergus y él terminaran enemistándose y declarándose la guerra oficialmente, y jamás pensé que fuera un hombre tan malévolo como ahora aseguran las malas lenguas.

— ¿Entonces...?

— En la batalla es despiadado, sanguinario y no le tiembla el pulso al blandir la espada — le cortó Lillias, adivinando la pregunta que la joven iba a pronunciar y adelantándose a ella — , los guerreros de esa clase no suelen ganarse buenas famas, y las mujeres terminan temiéndoles y creyendo cualquier majadería que se diga sobre ellos.

— Blair... — susurró Ailsa en voz baja.

— Sí, algo así. Aunque Blair se ha ganado el título de temerario a pulso y siendo demasiado joven. Además, a pesar de que sea mi hijo, debo admitir que tiene serios problemas de ira y de control. Cuando yo conocí a Errol... puede que me equivoque, Ailsa, pero no se parecía en nada a mi hijo. Errol era buena persona y un hombre justo y honrado.

A Ailsa no le gustaron aquellas palabras sobre Blair, a pesar de lo ciertas que eran.

— ¿Entonces por qué Fergus...?

— Supongo que será el instinto de proteger a su niñita — volvió a interrumpirla Lillias — . Y a su vez, teme que los rumores no sean eso, simples rumores. La gente cambia, querida... Y hace demasiados años que Fergus y Errol luchan por las mismas tierras.

— ¿Y qué puedo hacer yo, Lillias? No sé cómo ayudarte...

Lillias se levantó de la butaca.

Se quedó de pie delante de Ailsa, admirando las facciones de su rostro con detenimiento. La joven era realmente preciosa.

— ¿Te he dicho alguna vez que eres la mujer más bella de las Highlands?

Ella sacudió la cabeza, ruborizándose.

Evidentemente, no lo decía en serio, pero a Ailsa le hacía la misma ilusión.

— Todos los hombres del clan te desean — aseguró, guiñándole un ojo.

— Tan sólo desean deshonrarme. Ninguno espera caminar conmigo hasta el altar — murmuró con tristeza.

Lillias le acarició la mejilla con suavidad, justo antes de colocar sus labios sobre ella con delicadeza.

— Llegará el día, Ailsa, créeme.

Súbitamente, la tristeza comenzó a apoderarse de la joven.

Aquel tema de conversación siempre lograba entristecerla, pues bien sabía que su destino era vivir en soledad.

— ¿Cómo puedo ayudarte, Lillias?

— Habla con tu amiga y hazla entrar en razón. Davina debe esperar a un pretendiente digno, a pesar de que esta proposición le parezca irresistible.

— No me hará caso...

— Lo hará — aseguró Lillias, mirando a la muchacha fijamente a los ojos — , a ti siempre te ha escuchado.

Ailsa asintió.

— Lo intentaré.

— Gracias, querida.

Antes de abandonar la estancia, lady Sinclair estrechó entre sus brazos a la joven de los cabellos dorados. Por muchos años que pasasen, seguía teniendo la sensación de que Ailsa se sentía igual de sola y desprotegida que aquella noche de invierno en la que Fergus y Blair la trajeron hasta la fortaleza.

Cuando Lillias se marchó, Ailsa tomó la butaca en el que ésta se había sentado con anterioridad. Contempló el agitado mar, las olas azul grisáceas que chocaban con fuerza contra las rocas del acantilado y, después, desvió su mirada hacia la cala de arena blanquecina que se dejaba entrever a su izquierda.

Observó al joven de cabello rubio que paseaba por la orilla y no necesitó agudizar su visión para comprobar que se trataba de Ross. Nadie, sin contarla a ella, tenía el cabello tan claro como Ross. Se percató de lo concentrado que parecía en el mar y pensó que, quizás, hubiera perdido algún objeto importante la última vez que nadó en la orilla. Ross no era un chico solitario, ni mucho menos, pero adorada el agua salada que bañaba la bahía Sinclair. Solía pasar largas horas en la cala, o salir a nadar incluso en las heladas mañanas del invierno.

Escuchó el sonido de las bisagras del puente levadizo y su corazón dio un vuelco en el mismo instante. “Blair”, pensó. ¿Por fin había regresado a casa?

Suspiró hondo y decidió no perder el tiempo divagando; lo mejor era salir a comprobarlo por sí misma. Antes de abandonar la habitación, echó un último vistazo a la cala. Ross se había metido en el mar y el agua alcanzaba la altura de su cintura. Incluso desde su habitación, Ailsa podía comprobar que se encontraba vestido. Parecía seguir rebuscando en la superficie de las mareas, casi con desesperación.

Sin pensarlo dos veces, echó a correr escaleras abajo y bajó los cuatro pisos que la separaban de la entrada principal del castillo.

Varios soldados esperaban en la puerta para recibir al recién llegado, y todos ellos eran tan grandes y fuertes, que formaban una barrera que impedía la visión de Ailsa.

Con esfuerzo, logró escabullirse entre ellos y colocarse discretamente contra la pared. Su corazón se agitó aún más cuando contempló a Blair, cabalgando a la altura de la mitad del puente con su corcel blanco totalmente ensangrentado. Se preguntó si el joven guerrero de los Sinclair estaría malherido por la batalla y rezó a los dioses porque no fuera así.

— Bienvenido, señor — saludó uno de los soldados que esperaban en la puerta.

Otro de ellos se apresuro a coger las riendas del caballo para que Blair

podiera desmontar a tierra firme con despreocupación.

— Bañarlo, limpiarlo y alimentarlo — ordenó con voz seca, señalando a su caballo — . Ha sido un largo viaje.

Los soldados asintieron y se apartaron de su paso para permitirle entrar. Ailsa casi no podía ni respirar. Era evidente que Blair se había percatado de su existencia, pero como era habitual, la ignoraría.

Pero... ¿Y si no lo hacía? ¿Y si se detenía frente a ella y le preguntaba qué tal estaba todo en casa? O, simplemente, ¿y si la saludaba?

Se sintió estúpida por aquellas absurdas suposiciones cuando Blair, con el rostro repleto de cortes y las ropas cubiertas de sangre seca, pasó a su lado sin siquiera mirarla.

Distraída en sus pensamientos, echó a caminar detrás de Blair con una inevitable decepción consumiendo su ánimo.

— ¡Mi caballo! ¡Quiero que me traigan mi caballo! — gritó un hombre en ese instante.

Tanto Blair como Ailsa se detuvieron, clavando sus talones en el suelo del castillo.

El hombre que había exigido su caballo pasó primero junto a Blair y después esquivó a Ailsa. Era alto, grande y fuerte, como cualquiera de los soldados de los Sinclair. Ailsa no tardó demasiado en deducir que se trataba del mensajero que laird Shuterland había enviado. Tras él, otro hombre un tanto más menudo que el primero caminaba apresurado hacia la salida, persiguiéndole.

— ¡Quiero ahora mismo mi maldito caballo!

Uno de los soldados Sinclair se apresuró corriendo a los establos justo en el mismo instante en el que Blair se giraba sobre sí mismo, con el ceño fruncido.

— Los envía laird Shuterland — señaló Ailsa.

Suponía que Blair no sabía quiénes eran aquellos tipos.

Tras escuchar la aclaración de la joven, el mensajero de Errol Shuterland también se giró para contemplarlos.

— Habéis cometido un grave error — dijo, con el rostro repleto de odio,

señalando directamente a Blair — . Laird Shuterland nos enviaba en son de paz, y tu estúpido padre nos ha declarado la guerra.

Blair, en vez de entrar en sus provocaciones, caminó un paso al frente de forma desafiante. Una sonrisa maquiavélica se ensanchó en su semblante, mientras poco a poco, continuaba avanzando hacia el hombre de Errol Shuterland. Ailsa pensó que aquel enfrentamiento terminaría con las espadas, y no pudo evitar estremecerse al imaginarse a Blair luchando frente a ella. Aunque, pensándolo claramente, el soldado de los Shuterland tenía poco que hacer contra Blair. Era más pequeño y menos fuerte que el heredero de los Sinclair.

— ¿La guerra? — repitió Blair, sin dejar de sonreír — . La esperamos impacientes.

Su sonrisa se transformó, de pronto, en una mueca que Ailsa no supo cómo interpretar ni describir. Simplemente era terrorífica; aunque si el soldado Shuterland sintió lo mismo, no lo manifestó.

El guardián de los Sinclair regresó a la entrada con los caballos solicitados, y el hombre del clan contrario se apresuró a coger las riendas.

— ¿Acaso los Sinclair habéis perdido el juicio? — preguntó con el ceño fruncido, escrutando a Blair de hito en hito con detenimiento — . ¡Moriréis! — amenazó, subiéndose al caballo — . ¡Todos terminaréis de la misma manera, Sinclair!

El joven Blair no apartó la mirada de él.

Con aquellos cortes y las ropas ensangrentadas tenía un aspecto realmente escalofriante, cosa que el mensajero de los Shuterland no había pasado por alto. Sin esperar respuesta, rodeó a los soldados y echó a galopar cruzando con rapidez el puente levadizo, sin volver su mirada hacia detrás.

— ¿Qué demonios hacía aquí? — preguntó con voz ronca.

Ailsa, tras él, guardó silencio esperando a que los guardias de la entrada le respondieran; pero nadie lo hizo.

— ¿Ailsa?

La chica del cabello dorado pestañeó, estupefacta.

A pesar de los años que llevaban conviviendo bajo un mismo techo, Blair jamás había pronunciado su nombre. En alguna ocasión contada se había dirigido a ella, pero jamás había escuchado aquellas cinco letras en sus labios.

Su corazón comenzó a latir con demasiada fuerza y no pudo evitar que su respiración se entrecortase.

— Laird Shuterland quiere paz — musitó, esforzándose por no delatar su estado de shock — , quiere contraer matrimonio con Davina.

Blair Sinclair se giró hacia Ailsa con el ceño fruncido.

En ese instante, la joven pudo contemplar más de cerca las facciones de su rostro. ¡Dios! ¡Era tan hermoso!

Blair tenía los ojos castaños más expresivos de toda las Highlands, de eso estaba segura. Con tan sólo una mirada fugaz, Ailsa podía ver con claridad el sufrimiento interno que rebosaba en el alma del guerrero. Un sufrimiento que, por alguna razón que no comprendía, a ella la estremecía.

— ¿Y mi padre?

— Evidentemente, se ha negado a dicha unión — respondió, ensimismada.

Blair era capaz de robarle el aliento y hacerla temblar de arriba abajo sólo con su proximidad. Su olor varonil inundó el espacio que la rodeaba, y Ailsa lo aspiró, impregnándose de él para no olvidarlo con facilidad.

— No, quiero saber dónde está — especificó.

¿Fergus? ¿Dónde estaba?

Se encogió de hombros, incapaz de responder a la pregunta.

Suponía — o mejor dicho, adivinaba — que en aquellos instantes padre e hija estarían teniendo una fuerte discusión, pero no podía estar segura de ello.

— Cómo... — comenzó, dubitativa — . ¿Cómo ha ido tu viaje, Blair?

Cogió una gran bocanada de aire y fue liberando el contenido de sus pulmones con lentitud. ¿Por qué Blair lograba alterarla tanto? ¿Cómo era posible?

El muchacho no se movió del sitio en el que se encontraba.

La escena que estaba teniendo lugar resultaba tan inverosímil, que Ailsa

sopesó la posibilidad de que tan sólo se tratase de un sueño. Quizás, después de todo, aquello no era más que una absurda fantasía. Unos minutos más tarde despertaría bajo la colcha de su cama y Blair y ella jamás habrían mantenido esa conversación.

Él la contemplaba; parecía tan extrañado como lo estaba ella.

Ailsa siguió el movimiento de su mirada y no pudo evitar ruborizarse; se paseó con calma por su rostro, su cabello, y después descendió, recorriendo su cuerpo centímetro a centímetro hasta terminar con la cabeza gacha, divisando el enladrillado del suelo.

— ¿Blair...?

En vez de responder, el guerrero se dio la vuelta y echó a caminar por el pasillo que guiaba a las escaleras de caracol. Ailsa liberó el aire de sus pulmones y fue consciente de que llevaba varios segundos, casi un minuto, conteniendo la respiración.

Esperó a que la imagen de Blair desapareciera de su campo de visión y, después, se tapó el rostro con las manos y liberó un leve y silencioso llanto.

No, no había sido un sueño.

No, Blair no había cambiado.

Y sí, había vuelto a dejarla con la palabra en la boca; de la misma forma que había sucedido en un millar de ocasiones más.

Espero hasta que se hubo calmado por completo y después se dirigió a sus aposentos.

Ya hablaría con Davina más tarde porque, en aquellos instantes, lo único que deseaba realmente era desaparecer de la realidad.

10

Se paseó de un lado a otro de la habitación, intentando controlarse.

En menos de una hora tendría que bajar al comedor a cenar y sabía que el ambiente estaría tenso. Davina no se encontraría de humor, Fergus estaría enfadado con Blair — como también era habitual —, y Angus intentaría situarse en un punto medio y calmar la situación.

Las discordias familiares no solían ser demasiado extrañas cuando de los Sinclair se trataba, y en esos casos tanto Ross como Ailsa se mantenían en tierra de nadie, esperando no tener que interceder y salir del paso ilesos.

Se deshizo, sin mirarse en el reflejo del espejo, la trenza que anteriormente se había atado cuando su melena aún estaba húmeda. Se colocó el largo cabello dorado por encima de sus hombros y se pellizcó con ganas las mejillas para enrojecérselas. Su piel blanquecina era tan delicada que aquella rojez no terminaría de difuminarse hasta el día siguiente. Después aprobó su imagen, repasándola con rapidez y colocándose correctamente el nudo del tartán en su cintura.

Estaba a punto de abandonar su estancia para dirigirse a la habitación de Davina, cuando algo del exterior captó su atención.

Era Ross, en la cala. Estaba paseándose aceleradamente por la orilla del mar y continuaba rebuscando algo en las profundidades de las oscuras mareas. Se dijo a sí misma que lo que Ross hiciera no era de su incumbencia, pero después no pudo evitar sentir cierta culpabilidad. Al fin y al cabo, Ross siempre se había portado extremadamente bien con ella.

¿Y si había perdido el anillo de su madre? Ése que llevaba colgando de una cadena dorada y que jamás se quitada del cuello. Tal vez...

Sus pensamientos se disiparon cuando, a pocos metros de distancia de la orilla, Ross comenzó a desnudarse con rapidez. Se fijó en lo mucho que su cuerpo había ido modificándose en aquellos últimos años y por primera vez

cayó en la cuenta de lo atractivo que era. Aunque, desde luego, la atracción que podía ver en Ross jamás sería comparable a la que veía en Blair. En absoluto.

Sacudió la cabeza, recriminándose aquellos horribles pensamientos. Si de verdad se quería un mínimo a sí misma, debía comenzar a cambiar esa absurda y estúpida forma de pensar que tenía respecto al heredero de Fergus. Blair no era su amigo. Blair, en realidad, no se merecía ni siquiera que tuviera en cuenta su presencia.

Volvió a centrarse en Ross. Un rayo iluminó el cielo mientras el chico rubio introducía sus pies desnudos en el agua. Ailsa levantó la mirada hacia las nubes grisáceas que se hallaban sobre el castillo de Girnigoe y predijo la tormenta que en muy pocos segundos se descargaría sobre ellos sin piedad. El mar parecía realmente agitado y un mal presentimiento se apoderó de la muchacha cuando Ross, sin mirar atrás, se hundió por completo por debajo de una ola y buceó hasta dejarla atrás y sacar la cabeza. Otro rayo relampagueó y el mal presentimiento de Ailsa se intensificó aún más.

— ¿Qué estás haciendo, Ross? — preguntó en voz alta, sin apartar la mirada del cristal.

Entre brazada y brazada, el muchacho se detenía brevemente a contracorriente para contemplar el fondo. Ailsa se terminó de convencer de que debía de haber perdido en las entrañas de aquellas turbias aguas algo realmente importante, así que no lo pensó dos veces cuando abandonó la habitación y echó a correr escaleras abajo.

Un trueno hizo temblar las paredes del castillo, así que Ailsa aceleró el paso. Llegó al pasillo que cruzaba la estancia principal hasta la puerta trasera que se situaba en la cocina y decidió que aquella sería la mejor manera de abandonar la fortaleza Sinclair sin llamar la atención de los guardias.

Corría tan concentrada en alcanzar a Ross y obligarle a salir del agua antes de que se adentrara demasiado, que ni siquiera percibió la sombra que abandonaba el comedor y que, irremediablemente, chocaba contra ella.

Bueno, en realidad, había sido ella la que había chocado.

Se acarició superficialmente la cabeza, justo en el lugar en el que su cráneo había colapsado contra el suelo.

— Lo..., lo siento.

Cerró los ojos, arrugando la frente para valorar el golpe que debía haberse dado. Le dolía horrores, pero tenía la suficiente prisa como para obviar su estado por el momento; ya tendría tiempo para preocuparse por eso más tarde.

Alzó la mirada hacia arriba y, sin esperarlo, sus ojos chocaron con los de Blair Sinclair.

— Demasiada casualidad... — suspiró, sin darse cuenta de que sus pensamientos estaban siendo pronunciados en voz alta.

— ¿Cómo dices?

Ella sacudió la cabeza, ruborizándose.

Tenía prisa y, además, el anterior encuentro había provocado que Ailsa abriera los ojos y contemplase la realidad tal y como era. Tenía que dejar de ser tan estúpida con Blair, porque aquella insistencia no le traería más que disgustos. Era evidente que el guerrero Sinclair no la soportaba, así que se hacía un flaco favor a sí misma arrastrándose por él y auto-torturándose.

Sin responder a su pregunta, se levantó del suelo de manera tambaleante. Necesitó varios segundos para estabilizar su equilibrio y, después, rodeó a Blair y echó a correr en dirección a la cocina.

— ¿Ailsa?

Otra vez aquellas letras que la definían saliendo de sus labios.
Demasiada casualidad...

Resistiéndose, no se detuvo.

Cuando abrió la puerta trasera de la cocina el frío viento del norte la azotó con fuerza. Salió al exterior y sintió las primeras gotas de lluvia cayendo sobre su cabello mientras se dirigía al pequeño descenso por el que Davina y ella habían escapado de la fortaleza para realizar sus antiguas fechorías de la infancia.

Como el castillo de Girnigoe estaba situado en el acantilado, sobre una plataforma rocosa, el camino a descender resultaba difícil y escabroso. Cuando llegó al final, echó a caminar a través del angosto sendero que culminaba en la cala mientras la lluvia se intensificaba sobre ella. Estaba empapada de arriba abajo y realmente congelada. Poco después la vegetación

comenzó a disiparse y Ailsa clavó su mirada en el mar revuelto, intentando localizar a Ross en él sin resultado. Su corazón se aceleró cuando su descabellada imaginación pensó en el peor de los resultados posibles, pero Ailsa aún no había pisado la arena cuando escuchó unos jadeos sincronizados provenir desde la orilla.

Desvió la mirada hacia aquel sonido e, instintivamente, se escondió detrás de una roca cuando comprendió qué sucedía. Ambos estaban desnudos, besándose apasionadamente.

Se encontraba escondida a tan sólo varios metros de distancia, así que desde ahí podía escuchar y observar detalladamente todo.

— Te he echado de menos... — gimió Ross, acariciando los pechos de la mujer que tenía sentada sobre su regazo.

Se encontraban desnudos, ella sobre él, en la orilla. El viento golpeaba sus cuerpos mojados y la lluvia caía sobre ellos, pero no parecían tener frío. En absoluto. La mujer que Ross besaba y manoseaba con pasión era preciosa; tenía la piel muy blanca, brillante y sin defectos. Su rostro ovalado era perfecto y estaba decorado con unos carnosos labios y unos ojos de color violeta que Ailsa no pasó desapercibidos. La mujer comenzó a mecerse con suavidad sobre Ross, rodeando la cadera del chico con ambas piernas.

— ¡Oh, Dios! ¡Sí que te he echado de menos! — jadeó, llevando su boca hasta uno de los pezones de la mujer.

Ailsa sabía que debía de marcharse cuanto antes de allí, pero no podía. No conseguía dejar de mirar. Ella continuó meciéndose, aumentando levemente el ritmo mientras su rostro adquiría una mueca de placer. Ross gemía, coreándola, con una mano sobre la estrecha cintura de la joven de ojos violeta y otra mano aprisionando un pecho. Pocos minutos después, los movimientos de la muchacha se transformaron más salvajes. Ella acercó su boca a Ross y después de susurrarle algo en el oído, comenzó a lamer su cuerpo hasta que los gritos del chico se fundieron con el sonido de los truenos que caían desde el firmamento.

La chica dejó de mecerse sobre él y sonrió. Ailsa comprobó que Ross también sonreía y, para su sorpresa, era la sonrisa más sincera que había observado en él hasta la fecha.

Veinte minutos después regresó a su dormitorio se excusó de la cena, haciendo que Maisie comunicase a Fergus y Lillias que se encontraba indispuesta aquella noche.

La verdad es que no era del todo incierto. La lluvia había dejado como efecto secundario una leve tos que no conseguía paliar y, para rematar, la caída tras tropezar con Blair también le había dejado secuelas.

Contemplando su propia imagen en el reflejo, Ailsa se llevó la mano a la frente y acarició el corte hinchado que tenía. Al menos, hacía rato que no sangraba, pensó. Seguramente a la mañana siguiente luciría mejor que aquella noche.

— ¿Ailsa? — la llamó Davina desde el otro lado de la puerta.

— Pasa — respondió, preguntándose por qué razón su amiga no habría bajado al comedor a cenar.

Davina obedeció y entró al interior con paso apresurado, dirigiéndose a la cama de su amiga.

— Yo tampoco tenía hambre hoy — señaló, adivinando sus pensamientos — .
¡Madre de Dios! — gritó, percatándose del corte que tenía Ailsa en la frente
— . ¿Qué te ha ocurrido, Ailsa?

Su amiga sacudió la cabeza.

— Nada preocupante — señaló, caminando hacia Davina — , Me caí
— mintió, sin comprender muy bien la razón por la que lo hacía.

Ambas se acurrucaron sobre la colcha, como antiguamente habían hecho en su niñez.

— ¿Te has enterado?

Ailsa intentó comprender a dónde se dirigía con esa pregunta.

— ¿De qué tu padre ha echado al mensajero de laird Shuterland?

Davina asintió.

— Sí, me he enterado.

Se quedaron en silencio varios segundos, contemplando distraídas el techo de la estancia.

— Nos ha condenado a una batalla — aseguró Davina con odio — . Errol Shuterland no descansará hasta aplastarnos a todos como cucarachas.

— Fergus no lo permitirá — aseguró, convencida de ello.

Sabía que Davina estaba herida y ofendida, pero ambas conocían demasiado bien la ira Sinclair.

Davina soltó una pequeña risita.

— No estoy tan segura, Ailsa... — susurró en voz baja, girándose hacia su amiga — ¿Podría dormir aquí? — inquirió, entornando sus ojos levemente — . Creo que no soportaría estar sola ahora mismo.

— Sabes que sí, tonta. Puedes dormir aquí siempre que quieras.

Davina sonrió, agradecida.

Ambas amigas reptaron por la colcha hasta la parte superior de la cama y se acostaron cubriéndose con las mantas.

Ninguna de las dos volvió a pronunciar palabra aquella noche. Davina era incapaz de obviar la oportunidad que su padre, insensato y chismoso, había dejado escapar y Ailsa, en cambio, seguía recreando en su mente aquellos movimientos de la mujer de mirada violeta y el rostro de placer que Ross había expresado.

¿Sería ella capaz de moverse así cuando se encontrara entre los brazos de un hombre? ¿Podría, su cuerpo, causar tanto placer a otra persona?

Después pensó en Blair.

Pero antes de quedarse dormida, determinó que aquel pensamiento hacia él sería el último que le concedería.

Le costase o no, Blair ya no formaría nunca más parte de sus quebraderos de cabeza.

11

La noche no había apaciguado a los Sinclair, ni mucho menos.

A la mañana siguiente, los guerreros se despertaron antes del amanecer para entrenarse en el campo trasero. Varias horas después todos se juntaron en el comedor para desayunar algunos, almorzar otros.

Fergus, Angus, Blair y Ross parecían realmente cansados aquel día y Ailsa supuso que el entrenamiento al que se estarían sometiendo tras las amenazas de guerra de laird Shuterland no sería sencillo.

Ross se sentó a su izquierda, en el extremo de la mesa. Y a su derecha se encontraban Davina, Lillias, Fergus, Blair y Angus, que cerraba el otro extremo. El resto de los soldados Sinclair también se hallaban almorzando para recuperar fuerzas, frente a ellos.

— ¿Qué ocurre?

Ailsa se sobresaltó.

— Nada.

Ross frunció el ceño, incapaz de creerla.

Se conocían desde hacía demasiados años y era consciente de que aquel día la joven de cabellos dorados no le quitaba los ojos de encima.

— Ailsa...

— No ocurre nada, de verdad — aseguró — . Es que hoy te veo extraño, nada más.

Ross sacudió la cabeza, divertido.

— ¿Será porque no devoro el desayuno como un salvaje?

— Puede ser... — respondió Ailsa, siguiéndole el juego — . No creí que fueras capaz de comportarte tan civilizadamente.

— ¿Dónde has dormido hoy, Blair? — preguntó Lillias.

Todos los presentes guardaron silencio, esperando la respuesta del joven Sinclair.

Desde que había regresado, las palabras que habían abandonado sus labios habían sido más bien pocas.

— Fuera, al otro lado del puente — señaló, como si la respuesta fuera demasiado obvia.

Lillias tardó unos segundos en responder.

— Ayer hubo tormenta.

— Sí.

— ¿Dormiste bajo la lluvia?

— Sí.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ailsa y, de nuevo, tuvo la sensación de que Blair vivía demasiado atormentado consigo mismo.

El silencio volvió a instalarse en la mesa presidencial del comedor y únicamente era interrumpido por el choque metálico de los cubiertos hasta que Angus interfirió.

— ¡Muchacha! — gritó desde el otro lado de la mesa — . ¡Yo quiero saber qué demonios te ha pasado en la frente!

No era una pregunta, claro. Era una orden.

Ailsa tragó saliva antes de responder, consciente de que todas las miradas presentes se encontraban clavadas en ella.

— Me caí.

— ¿Cómo? — saltó Lillias, con el ceño fruncido.

— Yo...

— Ayer tropezó conmigo — cortó Blair, interrumpiéndola — . Debe de tener más cuidado y mirar por dónde camina.

Su respuesta la golpeó con tanta fuerza, que Ailsa sintió que se tambaleaba sobre la silla.

— ¡Vaya! — exclamó Fergus — . ¿Te duele, cariño?

¿Por qué había tenido que decir nada Blair? ¿Tan sólo lo había hecho para avergonzarla?

— No demasiado, es sólo superficial.

— Le pediremos a Kirstie que mire el corte para asegurarnos — propuso Lillias, lanzándole una tierna sonrisa a la joven — . Le diré que suba a tu habitación después de desayunar.

Ella asintió, agradecida por la atención que todos le prestaban hasta que Blair, estrepitosamente, tiró su silla hacia atrás para levantarse.

— ¿A dónde vas, hijo?

— Regreso al campo de entrenamiento — concretó, rodeando la mesa — . Os esperaré allí.

Fergus, Angus y Ross asintieron simultáneamente.

Cuando terminaron de desayunar cada uno de ellos se desvaneció con rapidez, dispuesto a continuar con las tareas que les correspondía.

Ailsa, en cambio, subió las escaleras hacia su habitación para esperar a que Kirstie, la curandera de los Sinclair, acudiera a inspeccionar el corte que tenía en la cabeza. No era grave, de eso estaba segura; pero tampoco estaba de más que alguien entendido le echase un vistazo superficial.

Entró en su cuarto y se dirigió al espejo para inspeccionar la herida antes de que la curandera llegase.

— ¿A dónde ibas ayer?

Ailsa pegó un salto, asustada.

Se llevó la mano a su desbocado corazón, intentando calmarse, mientras contemplaba la imagen de Blair sentado en el sillón a través del reflejo del

espejo.

— ¡Por el amor de Dios! — exclamó, esforzándose por respirar con normalidad — . ¿Has entrado sin permiso?

— Evidentemente — asintió — . Ahora respóndeme, Ailsa. ¿A dónde ibas ayer, cuando tropezaste conmigo?

La muchacha intentó pensar con claridad.

Blair estaba en su habitación. Blair estaba dirigiéndose a ella.

Pero... ¡Cómo no! Blair se comportaba como un cavernícola maleducado y frívolo.

Ailsa echó a caminar hacia la puerta, con los brazos cruzados en jarras.

— ¿Te marchas? — inquirió el guerrero, incrédulo.

— No. Te marchas tú — especificó Ailsa, abriendo la puerta de par en par — . Fuera de mi dormitorio.

Blair torció el rostro en una mueca de frustración.

— Te he hecho una pregunta.

— Y yo no quiero contestarla — contraatacó — . Fuera.

El guerrero Sinclair se levantó del sillón con parsimonia, caminando en dirección a la muchacha.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué, qué? — repitió Ailsa, perdiendo la poca paciencia con la que aquel día se había despertado.

Blair se detuvo frente a ella.

— ¿Por qué?

Suspiró hondo antes de cerrar la puerta para evitar que nadie del exterior pudiera escuchar la respuesta que tenía para el heredero Sinclair.

¡Estaba harta!

Había pasado años, uno detrás de otro, ignorándola mientras ella se deshacía por recibir un simple saludo de su parte hasta que, de repente, le prestaba

atención para mangonearla, tratarla mal y darle órdenes.

— Mira, Blair... Estoy segura de que Fergus y Lillias te conocen mucho mejor que yo — comenzó, armándose de valentía — . Y estoy segura de que por esa razón consienten que te comportes como un absoluto idiota, pero conmigo se acabó.

Inesperadamente, una leve sonrisa apareció en el rostro del guerrero.

— ¡Vaya! — exclamó Ailsa, sin poder creer lo que veía — . Me alegra saber que ahora te parezco graciosa, Blair...

Sin esperar respuesta, volvió a abrir la puerta de la habitación de par en par. Blair reaccionó cerrándola de golpe con un gesto rápido.

— No tienes ni idea de nada, ni siquiera sabes quién soy — aseguró, sin borrar la sonrisa — . Y ahora, responde.

Ailsa no podía creer lo que estaba viviendo.

¿De verdad aquel chico era hijo, sangre de la misma sangre, de Fergus Sinclair? Cada día le costaba más creerlo.

— Blair, por favor, sal de mi...

— Responde a mi pregunta, Ailsa — le cortó.

El olor de Blair volvió a golpear sus fosas nasales, aturdiéndola de inmediato. ¡Dios, qué bien olía! ¡Y qué guapo era...!

— ¡Ya vale! — se recriminó a sí misma en voz alta.

Blair debió de imaginar que se dirigía a él, porque la sujetó con firmeza por los hombros y la obligó a alzar la cabeza.

— Ailsa, te he hecho una pregunta...

— ¿Y qué harás? — escupió, sintiendo el calor de sus fuertes y grandes manos sobre su piel — . ¿Sacarme la respuesta a golpes?

Al instante, Blair la liberó, como si de pronto se hubiera quemado con aquel contacto entre ellos. Su rostro cambió de expresión al dolor con tanta rapidez, que Ailsa no pudo hacer otra cosa que arrepentirse por sus modales.

— Yo... Lo siento... — comenzó, tartamudeando.

Blair la miraba tan fijamente que la muchacha, ruborizada, no encontraba las palabras para disculparse.

— Jamás te haría daño — aseguró, dolido — . Nunca.

Aquella confesión pilló desprevenida a Ailsa y, para cuando fue capaz y pudo procesarla, Blair ya había salido de la habitación.

Se sentó en el sillón confundida mientras Kirstie cubría su herida con un mejunje casero que ella misma había hecho unos minutos antes.

— ¿Escuece?

Ailsa se encogió de hombros.

— Un poco, sí.

Kirsten sonrió.

— Las mujeres no tenemos porqué ser tan valientes, Ailsa.

Estuvo a punto de llevarle la contraria, pero al final optó por guardarse su opinión.

Sí, las mujeres también tenían que ser valientes o sino la vida terminaba consumiéndolas; de eso estaba segura. Desde que era niña, había aprendido que la valentía era una cualidad que uno debía desarrollar poco a poco, afrentándose a todos los retos que se interponían en su camino.

A pesar de que las estaciones corrían una detrás de otra, sin detenerse, Ailsa recordaba aquel principio de un invierno en el que se había perdido. Y no sólo recordaba el bosque, el miedo, el frío o la noche. También recordaba a sus padres y la vida que en el pasado había dejado atrás. Una vida que jamás recuperaría y que, en el fondo, anhelaba olvidar. Recordar las caricias de su madre o la voz de su padre la hacían salvaguardar las esperanzas de que, algún día, sus caminos volvieran a encontrarse.

Aunque lo peor de todo no eran los recuerdos de su familia, sino el terror que aún podía experimentar las noches en las que sufría pesadillas. El lobo de la muerte aullando, acechándola, y aquella flecha incrustada en su vientre; arrebatándole todo lo que una mujer debía tener en la vida. Robándole la

posibilidad de que, algún día, pudiera tener su propia familia.

Y después de tanto miedo, de tanto dolor y angustia, recordaba el despertar que había tenido en la cabaña de las curanderas. El primer rostro que había visto nada más regresar a la vida había sido el de Blair, y entonces sintió que aquel muchacho de rostro atormentado se había convertido en su salvador. Después apareció Fergus, y con él la promesa de que jamás volvería a estar sola. Nunca.

— ¿Estás bien, Ailsa?

La joven se sobresaltó, distraída.

— Lo siento. Estaba pensando en... — comenzó, rebuscando en su cabeza alguna explicación — , la batalla. No me agrada saber que los Shuterland podrían atacarnos.

Kirsten frunció el ceño.

— Si te soy sincera, a mí tampoco — corroboró, colocándole un vendaje en la frente — , los Shuterland son fuertes y tienen muchos guerreros en sus filas. No sería una batalla sencilla.

— ¿Crees que seríamos derrotados?

La curandera no supo qué responder.

— Creo que sería una lucha complicada. No debemos infravalorar a los Shuterland — aseguró, anudando el vendaje con destreza — . ¡Ya está!

Ailsa sonrió a la mujer, agradecida.

Kirsten siempre había sido muy amable con ella.

— Muchas gracias, Kirsten — musitó, aún inmersa en sus propios pensamientos.

12

La tormenta se había descargado sobre las Highlands para después pasar de largo.

Ailsa contempló el reflejo que le devolvía el espejo antes de retirarse el vendaje de la cabeza sin delicadeza. Era demasiado aparatoso para un corte tan pequeño y, además, con él se sentía horriblemente fea.

Después regresó al sillón y contempló el exterior.

Se alegró de ver los rayos de sol que se filtraban entre las nubes y sonrió al pensar que quizás, aquel día, el temporal les concediera una tregua lo suficientemente larga como para poder pasear por los alrededores del castillo. Seguro que Davina también estaba deseando abandonar las cuatro paredes que la encarcelaban en la fortaleza de Girnigoe.

Se cepilló el cabello, se vistió un vestido azul oscuro que hacía juego con los colores del tartán característico de los Sinclair y decidió bajar a desayunar antes de tentar la suerte. No sabía cuánto tiempo duraría el sol brillante en el cielo.

— ¡Madre mía! — exclamó, sobresaltada, al abrir la puerta y chocar súbitamente con Blair.

Habían pasado meses, incluso años, sin verle. Durante mucho de su vida Ailsa había esperado una hora detrás de otra arrastrándose por los pasadizos del castillo por si, de pronto, Blair aparecía o abandonaba alguna estancia. Había rezado a todos los dioses, habidos y por haber, porque aquel atormentado muchacho clavase su mirada en ella.

Y ahora..., allí estaban. Tropezando una vez detrás de otra.

Ya no me afecta su presencia, pensó, procurando no exaltarse.

— ¿No levantas la mirada del suelo, Ailsa?

Otra vez.

Otra vez su maldito nombre en aquellos labios.

La muchacha, aún en shock, levantó la mirada hacia el enorme guerrero. Tan sólo les separaba unos escasos centímetros de distancia.

— No esperaba encontrarte en la puerta de mi dormitorio — confesó, con la vista clavada fijamente en él.

Blair sonrió y Ailsa pensó que aquella estúpida sonrisa era capaz de conquistar no sólo su corazón, si no el de cualquier mujer.

— No pareces disgustada.

— ¿CÓ...Cómo? — tartamudeó, intentando comprender a qué se refería.

¿A él? ¿De verdad...? ¿Cómo demonios podía existir alguien tan engreído y maleducado?

Sintió cómo poco a poco comenzaba a ruborizarse y, al instante, volvió a fijar la mirada en el suelo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba pisando a Blair, así que dio un paso atrás hasta volver a entrar en sus aposentos.

— ¿Qué te trae por...?

— ¿Abandonaste el castillo porque alguien te asustó?

¡Oh!

¿Aún seguía con aquello?

Ailsa pestañeó, confusa, procurando ganar tiempo para pensar una respuesta. Era evidente que Blair no dejaría el tema así porque sí, pero no iba a delatar a Ross.

— No, en absoluto.

— ¿Entonces, qué ocurría? — insistió, taponando por completo el hueco de la puerta para que Ailsa no pudiera abandonar su habitación.

Estaba acorralada.

— Blair... lo que a mí me ocurra o me deje de ocurrir no es asunto tuyo — aseguró con toda la delicadeza posible —. ¿Acaso antes te habías

preocupado por mi bienestar?

El chico dudó.

— Siempre me he preocupado por tu bienestar, Ailsa.

Otra respuesta inesperada.

— No me ocurría nada, de verdad — murmuró, incapaz de comprender al guerrero que tenía en frente.

¿Por qué, de pronto, parecía tan obsesionado por involucrarse en su vida?

Blair sonrió con socarronería.

— Ailsa, averiguaré, te guste o no, lo que sucedió. Sólo he venido para aconsejarte que me lo cuentes tú.

— ¿Siempre te comportas de esa forma? — soltó, exasperada.

— ¿De qué forma?

— Con tanta arrogancia, Blair — contestó, acercándose a él hasta quedar frente a frente — . Déjame salir. Tengo prisa...

— ¿Por qué? — inquirió el muchacho, sin moverse un solo centímetro del lugar en el que estaba.

Ailsa no podía creérselo.

Realmente, a pesar de todos los años que había pasado cerca de él, no le conocía. Siempre había imaginado que detrás de su tormento, sus ganas de guerra y sus batallas había un chico dulce y cariñoso que deseaba sobrevivir y regresar a casa sano y salvo. Pero no, se había equivocado por completo con él. Blair era egocéntrico, mandón, malcriado y estúpido. Sí, muy estúpido, sobre todo.

— Porque no sé cuánto tiempo durará el sol — respondió, señalando la ventana — . Me gustaría pasear a caballo antes de que se marche.

El enorme guerrero, complacido con aquella respuesta, se hizo a un lado para dejarla marchar.

Se quedó mirando fijamente cómo Ailsa lo esquivaba y echaba a caminar,

enfurruñada, escaleras abajo.

— ¡Maldición! — exclamó en voz alta cuando ella abandonó su campo de visión.

Se había esforzado durante años por mantener las distancias, por no acercarse a ella. Y después de tanto trabajo, estaba tirando todo por la borda...

Sabía que no se merecía el cariño ni el afecto de Ailsa, no después de todo lo que le había arrebatado en la vida con aquella maldita flecha.

¿Cómo dirigirle la palabra sin sentir la culpa que ardía en su corazón? No sólo le había destrozado el futuro, si no que, además, había estado a punto de matarla en aquel bosque.

Blair echó a caminar hacia las escaleras que se encontraban al fondo de la fortaleza, aquellas que descendían hasta las entrañas del subsuelo. No lo hacía conscientemente, pero aquellos pensamientos sobre Ailsa le estaban guiando de vuelta al pasado y... al arco. Al arco maldito que su padre había escondido junto a las mazmorras. Se adentró en la oscuridad del pasadizo con los recuerdos golpeándole la mente.

— Ha despertado, chico. Eso significa que vivirá — aseguró la más joven de las curanderas mientras Ailsa aún se encontraba encamada.

Blair asintió, feliz por aquella noticia, pero derrotado por lo que había escuchado decir en la sala. La mediana de las mujeres de la casa había bramado y vociferado que Ailsa debía morir, que había quedado sellada por la maldición. Aquellas palabras se habían incrustado en su mente y no conseguía olvidarlas.

— Te contaré un secreto, joven Sinclair — continuó la mujer, sin dejar de acariciar la mejilla sonrojada del muchachito — . Hay personas que son diferentes al resto de nosotros, personas especiales que perciben y atraen... la magia.

Blair alzó la cabeza, dubitativo.

— ¿La magia?

— Así es, la magia de las Highlands. La caoineag que viste no fue por casualidad, niño. Estaba escrito en el destino que tu camino y el de esa niña, por alguna razón que escapa a nuestra comprensión, se cruzasen de un modo u

otro...

— Está maldita... — musitó Blair, conteniendo las lágrimas — . Está maldita porque yo le disparé esa flecha.

Al final, el pequeño fue incapaz de soportarlo más y estalló en un llanto desgarrador. La joven curandera lo estrechó entre sus brazos, de la misma manera que una madre hubiera estrechado a su hijo, y lo meció levemente para consolarlo.

— Sshh... No hagas caso de lo que lo escuches, Blair. Cuida de esa niña y protégela, será la única manera de reparar el daño que causaste sin querer.

Disipó aquellos recuerdos y fijó su atención en el arco que se hallaba tras la vitrina. A pesar del tiempo que había pasado, Blair aún podía sentir el entusiasmo y la ilusión que había experimentado en el instante en el que su padre se lo regaló. Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho; y él era plenamente consciente.

Muchas noches su madre, Lillias, había entrado llorando a su habitación y le había suplicado que volviera a ser aquel niño que un día se marchó al mercado y que jamás regresó. El niño preguntón, entusiasta y feliz no volvió jamás.

— No esperaba encontrarte por aquí — susurró Ross a su espalda.

Su primo había caminado sigilosamente hasta alcanzarle, pillándolo desprevenido.

Blair se giró sobre sus talones y sonrió a Ross.

— Yo tampoco a ti — señaló, antes de añadir una breve explicación — . Quería estar solo y pensar un rato.

Ross se quedó a su par, contemplando con fijación el mismo punto que Blair: el arco.

— Fergus y mi padre te están buscando — explicó en un susurro — , me han enviado a buscarte.

Blair suspiró hondo, intentando deshacerse de todos los sentimientos que habían vuelto a aparecer en su interior después de tantos años. Realmente, no tenía sentido la forma en la que se estaba comportando. Pero no podía

evitarlo. Había visto el rostro de Ailsa instantes antes de que la joven chocase contra él y había percibido el pánico que reflejaba. Quizás ella tuviera razón y aquel asunto no le concerniese, pero no podía dejarlo estar.

— Venga, Blair... Regresemos al campo. Nos están esperando para entrenar.

— Tienes razón — concordó, despidiéndose de aquellos fantasmas del pasado y echando a caminar hacia las escaleras.

Ross pasó por el estrecho umbral antes que Blair, y cuando éste segundo se disponía a adentrarse en las escaleras, algo lo detuvo.

Podía escuchar perfectamente el llanto de la caoineag retumbando contra las rejas de las mazmorras. Pero no era real; no podía serlo. Tan sólo se trataba de su perturbada imaginación.

— ¿Ocurre algo? — inquirió Ross, deteniéndose a medio camino para esperar a su primo.

— No, nada — musitó, aún con la mirada fija en la profunda oscuridad.

13

Davina se había acercado hasta el riachuelo del valle después de desayunar, así que Ailsa determinó que aquella mañana tendría que realizar el tan anhelado paseo en solitario. No sabía cuánto tiempo duraría aquel deslumbrante sol, pero no perdería la oportunidad de disfrutarlo.

Ensiló su yegua favorita y echó a galopar por el sendero que rodeaba los extremos del acantilado. Así, de esa manera, se sentía libre. El viento golpeaba su rostro, el olor a salitre inundaba sus fosas nasales y el sol calentaba la piel desnuda de sus brazos. Disminuyó el ritmo de galope y se permitió disfrutar de las vistas y de la buena temperatura que hacía mientras se preguntaba a sí misma si realmente se encontraba escapando de la fortaleza Sinclair o, simplemente, de Blair. Por mucho que se esforzase por hacerlo, Ailsa no lograba sacarse de la cabeza cada frase que el chico había pronunciado en aquellos últimos encuentros.

Fijó la vista en la ladera del este y contempló el campo de entrenamiento en el que los guerreros del clan Sinclair luchaban diariamente. A pesar de la distancia, podía escuchar los gritos salvajes de lucha que el viento arrastraba hasta ella. Pensó que tanto Ross como Blair se encontrarían allí presentes; ensayando sus movimientos para la próxima batalla que les tocase librar.

¿Cuándo sería? ¿Realmente atacarían la fortaleza los Shuterland? No, Ailsa estaba convencida de que Errol Shuterland no sería tan estúpido como para intentar traspasar la frontera que delimitaba sus tierras con las de los Sinclair.

Clavó levemente los talones en el lomo de su yegua y retomó un ligero trote para continuar su camino en dirección al bosque de los abedules. A Ailsa le gustaba aquel lugar, a pesar de que como norma general, siempre había odiado los bosques. Era imposible no adentrarse en uno sin recordar los aullidos de

Cú Sith, el perro mensajero de la muerte, o el engaño al que se vio sometida con los fuegos fatuos. Aquellas horribles criaturas del bosque le habían arrebatado a su familia biológica, y eso era algo que no olvidaría fácilmente. Los seres mágicos que habitaban las Highlands no se dejaban ver habitualmente; y desde aquel terrible encuentro de su infancia Ailsa no había vuelto a saber nada de ellos. Sabía que no eran cuentos de hadas y que tampoco había sufrido alucinaciones al respecto. Estaba muy segura, a pesar de los años que habían transcurrido desde entonces, de lo que había visto y vivido la noche en la que se separó de su familia.

Pensó en ellos. En su madre y en su padre.

Se preguntó cómo hubiera sido su vida si el destino la habría tratado con más bondad y no pudo evitar imaginarse junto a ellos, disfrutando de una buena comida al aire libre al lado de algún riachuelo, tal y como habían hecho miles de veces en su infancia. Un sentimiento de culpabilidad se instaló en su pecho y decidió sacudir de su cabeza aquellos recuerdos del pasado.

Al fin y al cabo, los Sinclair se habían convertido en su familia, ¿no? La habían salvado, acogido y cuidado durante años. Todos ellos merecían su eterna gratitud.

Recordó aquellas noches en las que, sumida en una profunda tristeza, Ailsa le había suplicado a Fergus que la ayudara a encontrar a sus padres. El jefe de los Sinclair siempre le había respondido que sí, que haría lo que estuviera en su mano; pero ese momento, al parecer, aún no había llegado. Recordaba a Blair en aquellos instantes y, de pronto, el salvaje guerrero volvió a antojársele un niño dulce, asustado y preocupado.

Davina le había contando, en un millar de ocasiones, que su hermano no siempre había sido así de terco y maleducado y que su personalidad cambió radicalmente durante el viaje al mercado en el que padre e hijo se toparon con su malherido cuerpecito entre las zarzas. Davina le había explicado que Blair se había visto muy afectado en aquel instante en el que la encontraron dándola prácticamente por muerta. Aunque Davina no sabía la verdad; no sabía que una flecha maldita le había atravesado el vientre, ni sabía que jamás podría concebir un hijo, ni sabía que quizás, junto a la maldición que había caído sobre ella se había cernido otra sobre Blair.

Se bajó de la yegua y ató las riendas con destreza en la ramificación de un abedul. Aquel día no pensaba regresar a la fortaleza de Girnigoe al menos

hasta el anochecer, así que se acomodó contra un tronco y cerró los ojos mientras se permitía impregnarse de la paz del lugar.

Allí se sentía muy bien.

De pronto, sin quererlo, pensó en Ross. El recuerdo de lo que había visto en la playa apareció en sus pensamientos y Ailsa meditó al respecto durante unos instantes. ¿Quién era ella? ¿Por qué no la había presentado a la familia? Y la pregunta que más se repetía: ¿estaría Ross enamorado de aquella mujer?

Ailsa aguardaba la esperanza de encontrar el amor en algún momento de su vida. Quizás no pudiera darle a su futuro marido un heredero, pero anhelaba la idea de que algún hombre quisiera amarla a pesar de su condena. ¿Existiría esa persona? Una cosa era evidente: por muchas esperanzas que albergase al respecto, Blair jamás se transformaría en esa persona tierna y dulce que ella imaginaba.

Se sentía estúpida siempre que meditaba sobre aquellos temas. Al fin y al cabo, sabía que tarde o temprano ese hombre maravilloso — si es que existía y terminaba contrayendo matrimonio con él —, se cansaría y buscaría a otra mujer que estuviera... completa. Quizás, simplemente, la abandonaría sin decirle nada, al igual que la madre de Ross había abandonado a su marido y a su hijo sin mirar atrás.

Ailsa la había conocido y aún la recordaba levemente. En sus recuerdos, era muy bonita. Tenía el cabello dorado como el mismo sol, unos ojos claros muy intensos y un cuerpo esbelto que lucía con ajustados vestidos cuyas costuras dejaban poco a la imaginación del espectador. Ross se parecía muchísimo a ella. No sólo físicamente, si no en otros muchos rasgos también. La joven recordaba que la madre de Ross también adoraba el mar. Cada tarde, desde la ventana de su habitación, la observaba caminar por la orilla de la playa, sentarse en las rocas a contemplar el mar o, simplemente, nadar. Ailsa no evocaba un solo día en el que no hubiera visto a aquella mujer cerca del agua, y suponía que aquella peculiar obsesión había sido heredada por Ross.

Ailsa abrió los ojos y regresó a la realidad cuando un fuerte viento sacudió sus ropas e hizo relinchar a su yegua. Alzó la mirada hacia el cielo, preguntándose si la tormenta había regresado, pero se sorprendió al comprobar que el sol aún brillaba en lo más alto y que las nubes no se veían por ninguna parte. Otra fuerte ráfaga de viento provocó que un escalofrío recorriera las extremidades de Ailsa.

— Ha llegado la hora de regresar, chica... — musitó mientras se levantaba, temblorosa.

Las hojas comenzaron a elevarse levemente mientras el bosque de abedules se sumía en su propio microclima. Ajeno a la calma y al temporal del exterior, allí adentro parecía estar formándose un repentino torbellino que amenazaba con tragarse en su interior todo lo que estuviera a su alcance. La yegua de la joven volvió a relinchar, agitándose con fiereza mientras intentaba soltar las riendas de la rama del árbol. Ailsa corrió hacia ella para liberarla, pero antes de poder subirse sobre la silla de montar, el animal pegó un respingo y salió espantado en dirección al sendero del acantilado.

El pánico comenzó a instalarse en su interior cuando se dio cuenta de que salir de aquel lugar no sería tarea sencilla. El remolino se había convertido en algo vivo, salvaje y real. Ailsa intentó rodearlo aferrándose, mientras tanto, a los troncos de los abedules que marcaban una circunferencia a su alrededor.

Pero la fuerza de aquel fenómeno era demasiado intensa, así que al final terminó cediendo a la inercia. Gritó hasta que sus pulmones se quedaron sin aire y, de repente, la ráfaga de viento que la azotaba la golpeó con tanta fuerza que terminó derribándola. Sintió el golpe seco de una roca contra su cabeza y, poco después, perdió el conocimiento.

Todo se volvió negro.

— Ailsa... Ailsa...

No sabía cuánto tiempo llevaba desmayada.

Pestañeó varias veces y abrió los párpados con lentitud, adaptándose a la luminiscencia del exterior. Se dio cuenta de que el sol aún brillaba con la misma intensidad y que casi no se había movido de lugar, así que tampoco podía llevar tanto tiempo allí tendida.

— Ailsa...

La voz, o más bien el susurro, venía de su espalda.

No se trataba de ninguna voz que hubiera escuchado con anterioridad, así que se giró hacia su provenir, sobresaltada.

— ¡Dios mío! — gritó, alejándose del tronco que la hablaba.

¡Aquello no podía ser real!

El tronco del abedul sobre el que había estado recostada estaba dirigiéndose a ella. ¡Era increíble! Era un susurro, un leve murmullo... ¡Pero allí no había nadie más que el maldito árbol!

— El peligro se acerca..., los enemigos se acercan...

Se puso de pie de un salto y, sin decir nada, echó a correr con el corazón totalmente desbocado en su pecho. Tropezó varias veces con sus propios pies y, en una de esas ocasiones, cayó al suelo con brusquedad, rasgando sus ropas con la vegetación del lugar. A pesar del dolor que le había causado el golpe en ambas rodillas, Ailsa no dejó de correr. Tenía que alejarse de aquel maldito bosque cuanto antes.

Se sentía exhausta, pero no dejó de mover un pie detrás de otro hasta que se encontró lo suficientemente adentrada en el sendero que rodeaba el acantilado.

— ¡Dios mío...! — susurró para sí misma con la voz entrecortada por el esfuerzo de la carrera.

Apoyó las manos sobre sus muslos y esperó unos segundos para recobrar el aliento.

¿Qué había ocurrido allí adentro? ¿En el bosque de abedules? Aún podía sentir el frío viento que la había rodeado y el dolor de cabeza que le había dejado de regalo el impacto contra la roca. Pero, ¿y después? ¿Realmente había escuchado hablar a un abedul o se lo estaba imaginando? ¿Qué demonios estaba pasando con ella?

Respiró hondo, relajándose.

Alzó la mirada hacia el frente y contempló la fortaleza de Girnigoe que se alzaba impetuosa sobre una roca, junto al acantilado, a unos pocos kilómetros de distancia. En pocos segundos, mientras aún recobraba la compostura, una fuerte ventisca se fue levantando a su alrededor. Escuchaba el sonido ansioso del oleaje golpeando y erosionando contra las rocas del acantilado, ése que durante años se había dedicado a esculpir a sus anchas. Un mal presentimiento se instaló en su pecho y decidió que no perdería ni un minuto más de su tiempo allí parada.

— Los enemigos se acercan...

Se giró sobresaltada al escuchar aquella voz, la misma que había escuchado en

el bosque de los abedules. Parecía que el viento la hubiese arrastrado hasta el lugar en el que ella se encontraba.

— Estoy perdiendo la cabeza — se dijo en voz alta, con los ojos llorosos.

Se arremangó la falda del vestido y, sin dudar un solo instante, echó a correr en dirección al castillo.

14

— ¿Davina?

La muchacha pelirroja se giró hacia su padre, desganada. Desde el episodio sufrido con el mensaje de los Shuterland había evitado dirigirle la palabra más de lo estrictamente necesario.

— ¿Sí, padre?

— ¿Dónde está Ailsa?

Davina se encogió de hombros.

No tenía ni idea de dónde se había metido su amiga, pero ella también comenzaba a estar preocupada por su bienestar. Ailsa no solía llegar tarde a las comidas, ni preocupaba innecesariamente a la familia con sus ausencias.

— Se ha levantando muchísimo viento, Fergus... — señaló Lillias, frotándose las manos con nerviosismo — . ¿No deberíamos salir a buscarla?

El hombre lanzó una mirada fugaz a su hermano. Angus también parecía preocupado con aquel anormal comportamiento.

— ¿Hamish? — inquirió el jefe Sinclair, dirigiéndose a uno de sus escoltas — . ¿Podrías hacer que la doncella acuda al comedor?

El aludido asintió y, tras realizar una pequeña reverencia, se retiró del comedor con paso acelerado. Todos los Sinclair parecían igual de preocupados, incluido Blair. Había notado el extraño comportamiento de Ailsa y se sentía estúpido por no haberla mantenido vigilada más profundamente.

¿Dónde se habría metido aquella testaruda muchacha?

Unos minutos después, Maisie cruzaba el umbral del gran comedor. La cocinera había servido el conejo guisado en los platos de la familia, pero ninguno de ellos parecía realmente hambriento aquel día. Todos dejaron el tenedor de un lado y fijaron la atención en la doncella de Ailsa.

— ¿Y bien? — inquirió Fergus cuando la joven se acercó hasta la mesa — . ¿Dónde está?

— Mi laird, no lo sé — respondió con el ceño fruncido — . Preparé su yegua esta mañana y me dijo que saldría a pasear por el sendero del acantilado, pero que regresaría para sentarse en la mesa con tiempo de sobra.

Maisie también parecía confundida.

Blair no necesitó escuchar más.

Allí sentado no iban a hacer demasiado por Ailsa, y si estaba herida o había sufrido un accidente, cada segundo podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

— ¿A dónde vas, hijo? — inquirió Lillias, sorprendida.

— A buscar a Ailsa — respondió con sequedad.

Ross titubeó, sopesando si debía acompañarle o no en aquella hazaña. Pero para cuando se hubo decidido, Blair ya había abandonado la estancia y corría en dirección a los establos, apresurado.

Lillias tenía razón; en el exterior se había levantado un temporal amenazador. El cielo se había encapotado por completo, amenazando con liberal un torrencial de lluvias mientras que un fuerte viento azotaba la fortaleza, haciendo titilar los cristales de las ventanas.

Se montó en el caballo y arreó con las riendas obligándole a acelerar el paso, preguntándose mientras tanto dónde demonios se encontraría aquella testaruda muchacha. Mil pensamientos nefastos surcaron su mente en ese instante. Blair no podía evitar ponerse en el peor de los casos, aunque en su interior rezaba constantemente porque Ailsa se encontrase sana y salva y tan sólo hubiera perdido la noción del tiempo. En todos aquellos años, había intentado mantenerse alejado de ella para no dañarla más, pero a pesar de la distancia siempre se había preocupado por ella. Se había asegurado de que jamás corriera ningún peligro.

El viento golpeaba su rostro con fuerza y frenaba el ritmo del caballo. Por mucho que hincara su lomo con los talones, el pobre animal no podía correr más deprisa por aquel sendero inestable con las ráfagas de viento en contra. Desvió la mirada hacia el mar bravío y se sorprendió de lo agitado y peligroso que se encontraba. El oleaje parecía salvaje y enfurecido, y se estrellaba contra las rocas del acantilado con tanta fuerza que el joven Blair era salpicado constantemente con agua salada. Apretó el paso todo lo que pudo y unos segundos después, la tormenta comenzó a descargarse con fuerza sobre su cabeza.

¿Dónde demonios se había metido Ailsa?

Comenzaba a impacientarse cuando, a lo lejos, divisó una silueta caminando por el sendero al otro lado de la cortina del agua. Es ella, pensó. Tenía que serlo.

Su corazón se aceleró instantáneamente y continuó golpeando y arreando al caballo, intentando acelerar la carrera a pesar de que el animal no daba más de sí. Cuando se acercó lo suficiente a la silueta, la reconoció. Era Ailsa, empapada de pies a cabeza y completamente exhausta; pero era ella.

Blair no le ordenó al caballo detenerse hasta que éste no se hubo encontrado junto a la muchacha. El animal derrapó varios metros sobre el sendero resbaladizo y, al final, detuvo su marcha.

— ¿Blair...?

Él se bajó a su lado sin decir nada, impactado por el estado deplorable que mostraba la joven.

No sólo estaba calada, sino que también tenía un golpe muy feo en la cabeza haciendo juego con la herida del día anterior.

— ¿Dónde diablos te habías metido, Ailsa?

Ella pestañeó, incrédula.

¿Él? ¿Por qué había ido él a rescatarla? No tenía sentido.

— ¡Responde! — exigió, colocándose a su lado.

Alzó la cabeza para mirar a los ojos al guerrero Sinclair.

¡Dios Santo! ¡Era enorme!

Y esa cualidad de Blair jamás dejaba de asombrarla. A su lado, ella debía de

parecer un Brownie o algo similar.

— ¿Por qué has venido?

Blair torció el gesto, incapaz de concebir dicha pregunta.

¿No era obvio que había acudido en su rescate?

El torrente de agua que se descargaba sobre sus cabezas se había acentuado aún más, pero ellos continuaban inmóviles, de pie, mirándose fijamente el uno al otro. Ailsa sentía que de un momento a otro conseguiría traspasar los escudos del guerrero y, por fin, observar su alma. Quería entenderle. Quería hacerlo porque le amaba; siempre lo había hecho, aunque algunos testarudos días se había empeñado en negárselo a sí misma.

— He venido a llevarte de vuelta a casa, Ailsa — señaló Blair, fijando sus ojos en la fortaleza de Girnigoe.

Casa... Ésa era una palabra que a Ailsa siempre le había costado asociar a Girnigoe. Desde el día en el que Fergus y Blair la llevaron a aquel lugar Ailsa jamás había sentido que aquellas paredes de piedra fueran su verdadero hogar.

— Blair, yo...

El guerrero Sinclair se fijó en que los dientes le castañeaban con fuerza a causa del frío.

¡Diablos! ¿Por qué demonios tenía que ser tan hermosa? Incluso en ese instante, con el cabello mojado sobre sus hombros, sus ropas empapadas, su rostro enrojecido por la caminata y sus labios amoratados por el frío. Era realmente preciosa, casi irreal.

— ¿Te han atacado?

Ailsa recordó entonces las palabras que había escuchado en el bosque de abedules y, después, viajando con el viento: se acercan los enemigos.

— Mi yegua..., se asustó. La perdí.

Blair recorrió el sendero y sus alrededores con la mirada, rastreándolo con rapidez. Allí no parecía haber nadie.

Sin añadir nada más, se subió de nuevo en el caballo y le tendió la mano Ailsa, justo en el instante en el que un rayo iluminaba el firmamento.

Obediente, aceptó su invitación y se subió a la yegua, pero evitó dejar caer su espalda para no apoyarse contra Blair. Echaron a galopar en dirección a la fortaleza mientras la tormenta eléctrica se acentuaba sobre ellos. Ailsa observaba el mar bravío y el oleaje revuelto y salvaje. El mar, en aquel entonces, se le antojaba demasiado peligroso e irreal.

— ¡Llegaremos en breve! — anunció, gritando por encima del hombro de la muchacha.

De pronto, Ailsa tuvo la extraña sensación de que por fin estaba a salvo. Allí, junto a Blair, era sencillo sentirse segura y..., completa. Sí, se sentía extrañamente completa; como si hubiera recuperado de un plumazo algo valioso que la vida, en el pasado, le había robado a hurtadillas.

Miró el muslo desnudo del guerrero y el kilt que quedaba enroscado por encima de él. ¿Cómo sería hacer el amor con Blair?, pensó, ruborizándose. Había visto a Ross con la joven de la cala, y Ailsa sospechaba que Blair no sería, en absoluto, así de delicado en la cama. Davina le había dicho que las primeras veces sería muy doloroso y complicado de soportar, pero aquello no era lo que había visto, precisamente, en aquella cala.

Rozó la piel desnuda de Blair con la yema de los dedos en un gesto plenamente calculado. Sintió el torso del guerrero tensándose tras ella y percibió cada uno de sus músculos, tirantes. Se reclinó hacia atrás, apoyándose sobre su pecho semidesnudo, únicamente cubierto en parte por el tartán de los Sinclair.

El caballo aminoró la marcha.

Al principio, Ailsa se dijo a sí misma que Blair quería evitar alcanzar con tanta rapidez la fortaleza para alargar aquel instante con ella, pero después concluyó que el potro estaría agotado por la intensa carrera que se había visto obligado a soportar.

— Ten cuidado, muchacha — susurró Blair, rodeando su cintura con un brazo y apretándola contra él — , no vayas a caerte.

Ailsa sonrió.

No se había patinado, ni siquiera se había movido un solo centímetro. Así que, sí, él también la quería cerca.

Alzó la mirada hacia el cielo, apoyándose por completo contra Blair en otro

gesto puramente premeditado. La tormenta parecía realmente intensa y Ailsa se asustó; como norma general, aquellos aguaceros no solían suponer un buen augurio para las cosechas, ni para los ganaderos, ni siquiera para las guerras.

Se acerca el enemigo, recordó.

Un escalofrío recorrió su cuerpo en ese instante y se preguntó si, quizás, debía explicarle esas palabras a Blair. Quizás lo mejor fuera guardar silencio.

De pronto, el potro se detuvo. Estaban situados muy cerca del lado extremo del puente levadizo de la fortaleza de Girnigoe, pero aún les quedaba un buen tramo que recorrer a pie. Blair se bajó con destreza del animal y después, sujetó a Ailsa por la cintura para ayudarla a hacer lo mismo.

— ¿Iremos caminando? — preguntó, mientras un estridente trueno hacia retumbar el paisaje de las Highlands.

— El caballo no soportará más tiempo nuestro peso, así que terminaremos el camino a pie — concluyó Blair.

Una vez más, Ailsa no pudo evitar preguntarse si quizás el muchacho, ése que tantos suspiros le había robado, estaría intentando alargar el encuentro con ella. No tenía sentido, ¿verdad? Después de todo, ambos convivían bajo el mismo techo.

Pero ahí seguían, del mismo modo que antes de cabalgar juntos. Blair aún tenía posada la mano sobre su cintura y la observaba de manera... pasional, excitante, salvaje. Ailsa parpadeó y se concentró en sus labios gruesos y agrietados, en las cicatrices que pintaban su rostro. Sintió deseos de colocarse de puntillas y besarlo, pero aquel atrevido gesto hubiera sido más propio de una chica sin modales que de ella.

— Ailsa...

Blair tampoco podía apartar los ojos de su cuerpo, de su rostro, de su mirada celeste. Tenía la sensación de que la maldita tormenta, o quizás simplemente el instante que estaban viviendo, lo habían hechizado por completo.

— Ailsa yo...

Ni siquiera sabía qué quería decir.

Inconscientemente, tiró de ella para acercarla más. Liberó su cintura y elevó ambas manos hasta su rostro mojado, aprisionándolo de manera delicada. Ella

soltó un suspiro y aquel pequeño gesto fue suficiente para que las pocas fuerzas que controlaban a Blair lo abandonasen. Se reclinó sobre la joven y aprisionó sus suaves y sedosos labios sobre los de él.

¡Dios, qué bien sabía! ¡Y qué bien se sentía!

Entreabrió su boca, haciéndose paso a trompicones hasta el interior de su humedad. Jugeteó con su lengua varios segundos y después recorrió su paladar, sucumbiendo ante su dulce sabor a fresa. Las manos, inconscientemente, fueron descendiendo hasta su cintura. En la bajada, rozó uno de sus pechos y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza, obligándole a controlarse con gran esfuerzo.

Ailsa sentía que estaba flotando en una nube. Había soñado en tantas ocasiones con aquel instante que ni siquiera podía procesar que fuera real. Al principio sintió temor de no ser lo suficiente, de no besar bien, de no satisfacer a Blair... Pero para aquellas alturas todo le daba igual. Le quería a él. Quería desnudarse y que la hiciera suya, y ¡oh, Dios sabía que terminar en el infierno por aquel pecado no iba suponerle ninguna condena!

Sintió las manos de Blair en su trasero, deslizándose por encima de las telas del tartán Sinclair. Elevó las manos cuando el beso se suavizó y tiró de su pelo, abriendo la boca e intensificándolo de nuevo. Quería más, mucho más, y pensaba tomarlo todo ahora que él se encontraba dispuesto a entregarse a ella.

— Yo... No... — tartamudeó el guerrero, confuso.

Pero Ailsa no pensaba dejar que se arrepintiera de aquello; al menos no en aquel instante. Continuó besándolo mientras el agua de la lluvia se fundía con la saliva de ambos. Blair acariciaba su cuerpo, pero no parecía capaz de avanzar un paso más allá, así que decidió tomar la iniciativa. Se separó unos pasos de él sin dejar de mirarle. ¡Dios, aquella mirada profunda, negra, oscura, era capaz de enloquecerla por completo! Se desató el tartán, después los botones del vestido. Se quedó en paños íntimos sin dejar de observar a su Sinclair, el que en el pasado fue su salvador y el que, ahora, después de tantos años, regresaba de nuevo en su rescate.

— Ailsa, yo no...

— Ssssh... — le cortó, temerosa de que aquel momento alcanzase su final — , no digas nada, Blair. Por favor...

Él asintió y se quedó inmóvil mientras la joven caminaba unos pasos al frente, acortando la distancia y dejándolo sin respiración. Con destreza, desató su tartán y su kilt, dejando caer con ellos el cinturón de su espada.

Ailsa no se atrevió a bajar la mirada de su rostro. Sabía que en aquel cuerpo encontraría deseo, pasión y lujuria, y temía comportarse de una manera... desesperada.

Pero en realidad, así era como se sentía; totalmente desesperada. Temía que Blair volviera a transformarse en el estúpido guerrero hosco y maleducado que solía ser en ocasiones. Temía, incluso, algún comentario despectivo por su parte. Y deseaba tanto que ese momento jamás terminase...

Volvió a colocarse frente a él, de puntillas, para poder besarle. Como Blair no parecía atreverse a más, fue Ailsa quien agarró sus manos y las posó sobre su cintura. Blair parecía desconcertado y temeroso, pero no se apartó.

— Por favor, llevo mucho tiempo deseando esto... — confesó Ailsa, con los ojos encharcados por el instante.

Se sentía plenamente desbordada por sus emociones.

Blair asintió y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre ella. Hambriento. Él también había deseado aquello durante mucho tiempo.

Comenzó a besarla mientras instintivamente le arrancaba a jirones la camisola interior que Ailsa aún llevaba puesta. Su cuerpo desnudo quedó expuesto frente a él y poco a poco se permitió descender su mirada para contemplarlo. Era tan perfecta como había soñado e imaginado en millones de ocasiones.

Su beso se fue extendiendo. Comenzó por recorrer su cuello mientras Ailsa gemía, apasionada y excitada, después fue descendiendo hasta sus firmes pechos. No se pudo resistir y los aprisionó entre su boca, aprovechando para masajear con su mano uno mientras mordisqueaba el hinchado pezón del otro.

Ailsa pensó que se desmayaría de placer. Aquello era... ¡Dios santo! ¡Aquello era el mismísimo cielo!

Echó la cabeza atrás y se rindió a él. Sus extremidades temblaban convulsivamente y estaba convencida de que si Blair la soltaba, se desplomaría al instante en el suelo.

El joven Sinclair se entretuvo con aquella parte de su cuerpo unos minutos, resistiendo cada impulso y controlando sus actos para ser suave y agradable

con Ailsa. Quería darle placer, hacerla disfrutar... No dañarla. No, jamás volvería a dañarla.

Un calor infernal se extendía por sus entrañas de manera dolorosa, instándole a clavarse en ella. Se controló y continuó el camino de su cuerpo, palpando con sus labios la suave y blanquecina piel de Ailsa. Se detuvo en su vientre y contempló la horrible cicatriz que había dejado la flecha en él. La recorrió suavemente con un dedo, acariciándola, consciente del daño que la había hecho aquella flecha. Consciente de que él había sido el responsable del desastre. Consciente de que la Caoineag le había maldecido marcando a aquella chica y maldiciéndola junto a él.

— Blair...

Ella ni siquiera sabía la verdad; que él había sido el responsable de su desgracia.

Fergus así había ordenado que fuera y Blair había obedecido, seguro de que con el tiempo acabaría contándole lo que sucedió aquella madrugada. Pero con el paso de los años la verdad terminó enterrándose más hondo en la oscuridad.

Se detuvo para observarla. Tenía los ojos encharcados y repletos de deseo. Podía sentir el frío de su piel, pero a ella no parecía importarle.

— Eres hermosa, Ailsa — sentenció, irguiéndose sobre ella.

Acarició su cuello con delicadeza y repasó con la yema de su dedo su mejilla sonrojada. No, no la ultrajaría de aquel modo, perdiendo el control de su deseo bajo una tormenta, bajo la intemperie.

Ella sonrió, caminó un paso al frente y volvió a besarle con apremio. Blair contuvo su aliento y se resistió a seguir sus pasos.

— No puedo hacerlo, Ailsa — le cortó, sujetándola por la muñeca para detener sus caricias.

La joven levantó su mirada hacia él con las mejillas sonrojadas. Aunque no la pronunció en voz alta, Blair podía intuir la pregunta que se hacía mentalmente en la expresión de su rostro: ¿por qué?

— No te merezco — aseguró — , no soy suficiente para ti.

Ailsa sacudió la cabeza con rotundidad, con el cabello empapado pegado a su piel.

— Claro que sí... — titubeó, confusa — . Tú lo sabes tan bien como yo, Blair — se aventuró, a pesar de desconocer plenamente si sus sentimientos eran recíprocos o no — . Sabes que nos pertenecemos el uno al otro. Algo... algo nos une.

Se sintió estúpida al pronunciarlo en voz alta.

— Estás equivocada, Ailsa... No nos une... — comenzó, sin encontrar las palabras — . No nos une nada bueno.

Aún seguían desnudos, el uno frente al otro, debajo de la lluvia y del cielo iluminado por los rayos. La estampa parecía tan mágica desde el exterior que casi se antojaba irreal.

Por primera vez en su vida, Ailsa estuvo convencida de que Blair sentía lo mismo, a pesar de obligarse a repudiar de sus emociones. A su lado ella se sentía... completa. Había una extraña conexión que los unía, algo extraordinario que si uno se paraba a observar, se volvía tan tangible y real como sus propios cuerpos.

Blair atrapó uno de sus mojados mechones dorados y lo enroscó en su dedo. Sonrió con tristeza, pensando que si Ailsa conociera la verdad sobre el pasado que los marcaba jamás hubiera pensado de semejante manera. Imaginar que no le guardaría odio sería realmente absurdo.

— ¿Qué harás ahora, Blair?

Él guardó silencio, intentando comprender a qué se refería con aquella pregunta.

— ¿Volverás a huir a otra guerra? ¿Volverás a fingir que no existo? ¿Intentarás alejarte de mí?

Ailsa no pasó por alto la expresión del guerrero Sinclair. Sí, era evidente que había dado en el clavo. Entonces, ¿por eso se había marchado a luchar en nombre de guerras y clanes que no le correspondían? Sólo por escapar de ella. Por huir de su presencia. ¿Tan insoportable se le hacía tenerla cerca?

No pudo contener el llanto, aunque fingió indiferencia hacia sus propios

sentimientos y mantuvo la cabeza alta y la mirada clavaba en Blair.

— Aunque tú no lo sepas, Ailsa, yo siempre he estado a tu lado... — musitó en voz baja.

— Jamás te has dignado a mirarme a la cara — le contradijo ella, dolida — , nunca.

Sentía que un punzante puñal le había atravesado el pecho. El dolor era tan insoportable que prácticamente no lograba ni respirar.

— Siempre he estado contigo, Ailsa... Créeme.

Ella no supo qué contestar.

Ni siquiera entendía por qué Blair decía eso. No tenía sentido, pues ambos sabían que aquella afirmación era mentira.

Blair podía ver el dolor en su rostro, en su mirada. Durante todos aquellos años se había esforzado por mantener las distancias para evitar, aunque fuera por mera casualidad, poder dañarla una segunda vez. Y ahora... allí estaban. Una vez más, había vuelto a hacerle daño. Ailsa estaba llorando y no necesitaba que lo dijera en voz alta para saber que se encontraba destrozada. Todo su esfuerzo había sido en vano.

— No volveré a acercarme a ti — dijo el guerrero Sinclair con la voz ronca — . Jamás volveré a besarte, ni a tocarte... Ni siquiera tendrás que volver a verme.

Sin añadir nada más, recogió su kilt y su tartán del suelo y comenzó a vestirse.

Ailsa tardó unos segundos en reaccionar a la bofetada invisible que aquel miserable le había propinado.

15

Todos se habían alegrado de su regreso, aunque con él hubiera traído una desgracia. Nada más llegar a la fortaleza de Girnigoe, Blair había anunciado su marcha inminente.

Recogería sus pertenencias y abandonaría el castillo en aquel mismo instante, sin dejar lugar a ninguna discusión. Lillias había roto en un llanto desgarrador y Angus, su tío y mentor, había intentado detener su marcha sin éxito.

Ailsa estaba despedazada. Ella era la culpable, aunque ni siquiera comprendía por qué. Caminó con el paso inseguro hasta la habitación de Blair y golpeó con los nudillos su puerta. Podía escuchar el sonido de sus zancadas haciendo ceder la madera del suelo, pero el muchacho no respondió a la llamada.

Armándose de valor, abrió la puerta y se quedó plantada en el umbral contemplando cómo el joven Sinclair recogía sus escasas pertenencias y las introducía en un saco.

—No es necesario que abandones tu hogar — señaló Ailsa, afligida, intentando que el tono de su voz no delatara su malestar.

Blair no respondió, simplemente ignoró su presencia como si de un fantasma se tratase.

— Me marcharé esta misma noche, Blair...

El joven se detuvo y por primera vez desde que Ailsa había llegado, la miró.

— No vuelvas a decir eso.

Sonaba como una amenaza.

Ailsa sacudió la cabeza en señal de negación.

— Lo digo en serio, Blair. Me marchó — continuó, armándose de valor — , yo no soy una Sinclair y nunca lo he sido. Ni lo seré.

— Éste es tu hogar — le recriminó el guerrero, exaltado.

Tenía pensado marchar, pero jamás permitiría que aquella muchacha corriera ningún riesgo innecesario. Ni siquiera pensaba separarse de su camino más de lo necesario, lo suficiente como para no interceder en las decisiones de su vida.

— Jamás lo ha sido — le contradijo.

Una vez más, se quedaron mirándose fijamente.

Ailsa tenía la sensación de que de ese modo se decían todo aquello que durante mucho tiempo habían callado.

Decidió que ya no le importaba quedar bien ni lo que Blair pensase de ella, así que continuó.

— Y tampoco lo será nunca si tú te vas.

Sabía que se estaba arrastrando por él, pero no le importaba.

Blair sopesó sus palabras unos instantes; después, sin decir nada, se colgó el saco sobre el hombro y caminó hacia la joven.

— Apártate de mi camino y deja de decir tonterías, mujer — escupió con dureza, sabedor de que aquella sería la única manera de marchar — . No me marchó por ti, Ailsa. Mi mundo no gira en torno a ti.

Tal y como Blair había querido, Ailsa recibió aquellas palabras como dos fuertes bofetadas en su rostro. Se quedó paralizada mientras el joven Sinclair la esquivaba y echaba a caminar escaleras abajo, con el saco colgando de su espalda. En aquel instante, Ailsa tuvo la sensación de que aquella sería la última vez que vería a Blair.

16

La tormenta no parecía haber menguado con el paso de las horas.

Ailsa se sentó en el sillón de su habitación, junto a la ventana, sintiéndose repentinamente presa. La fortaleza de Girnigoe se había convertido en una prisión donde sobrevivir a el día a día, y la simple idea de pensar que no volvería a ver a Blair entre aquellas paredes de piedra se le tornaba algo insoportable.

¿Dónde estaría ahora mismo?, pensó, contemplando el exterior.

Conocía aquel paisaje al detalle, pero no por esa razón se cansaba de observarlo. Desde el alto de su dormitorio, podía contemplar una parte rocosa de la caída del acantilado, el horizonte del mar, la cala que había a pocos metros de la fortaleza y un buen trecho del sendero por el que había cabalgado hasta el bosque de los abedules. Sin duda, aquella ventana se había convertido en su rincón favorito del castillo de los Sinclair, aunque en esos instantes le transmitiera una inmensa nostalgia.

Blair era duro. Sabía que era uno de los guerreros más fuertes de todas las Highlands y que su incesante deseo de participar en las batallas lo había apodado como “El invencible”; aún así, no pudo evitar pensar que aquella noche dormiría mojado, a la intemperie, con un saco auestas. ¿Caería enfermo? ¿Viajaría toda la noche o descansaría?

Su mente había comenzado a divagar sin rumbo cuando, de pronto, se percató de la presencia de Ross en la cala. Una vez más, allí estaba el joven, bajo el aguacero y las nubes grisáceas que se extendían encapotando el cielo. Prácticamente había anochecido, pero el muchacho de cabello rubio no parecía pretender abandonar el lugar. Se había sentado en una roca y la imagen que proyectaba era realmente espeluznante; casi parecía una estatua de piedra,

sintetizada totalmente con el paisaje que lo rodeaba.

Ailsa agudizó su visión y se pegó aún más al cristal, intentando averiguar el motivo por el que el chico estaba allí.

— ¿Qué te ocurre, Ross? — se preguntó a sí misma en voz alta — . ¿Qué demonios haces ahí?

Sopesó la idea de bajar a buscarle, pero después pensó que, quizás, lo mejor sería hablar con Angus. El hermano de Fergus tenía una cualidad que parecía pertenecer a los Sinclair por naturaleza: comprensión.

Sabía entender todas las situaciones y respetaba las decisiones de aquellas personas que lo rodeaban, y Ailsa pensó que aquella sería la mejor opción.

Abandonó su habitación y se dirigió al torreón en el que estaba situada la biblioteca del castillo. Aunque al resto de los Sinclair jamás parecía haberles interesado aquella área de la fortaleza Girnigoe, si buscabas a Angus fuera del campo de entrenamiento aquel siempre resultaba ser el lugar idóneo.

Mientras ascendía las escaleras de caracol, un descomunal trueno retumbó sacudiendo la piedra pesada que rodeaba a Ailsa. Se estremeció, una vez más, al recordar que Blair se encontraba en el exterior.

— ¿Angus? — inquirió, cruzando el umbral sin llamar previamente.

Al fin y al cabo, aquel lugar no era privado.

Como era de esperar, el hombre se encontraba presente, sentado en uno de los hermosos sillones que había dispuesto al fondo de la estancia.

— Querida Ailsa... — musitó el hermano del jefe, apartando la mirada del pergamino que tenía sujeto entre sus manos.

Con un gesto silencioso, le indicó a Ailsa que tomara asiento junto a él. La joven obedeció.

— ¿Qué te trae por aquí, niña?

Ella carraspeó, ganando el tiempo suficiente hasta dar con las palabras más adecuadas. Levantó la mirada, dispuesta a comenzar a expresar sus preocupaciones, y se percató por primera vez en muchos años de lo mayor que se encontraba Angus. Sintió lástima. No quería, de ninguna manera,

disgustarlo.

— Tío Angus — comenzó, dubitativa — , he venido a verte porque Ross me preocupa.

Angus asintió con lentitud, moviendo la cabeza en un gesto casi imperceptible. Ailsa esperó a que éste preguntara algo respecto a sus inquietudes, pero tras comprobar que aquello no iba a suceder, continuó.

— Le veo cada día en la cala, sentado frente al mar. No entiendo muy bien por qué, pero casi parece una...

— ¿Obsesión? — se aventuró el hombre.

Ailsa asintió.

Iba a evitar contar que había visto a Ross con aquella mujer, porque lo último que quería era causarle problemas al muchacho.

Angus suspiró profundamente, liberando todo el aire de sus pulmones con cansancio. Después se levantó del sillón, y Ailsa volvió a tener esa impresión de que su tío postizo parecía haber envejecido muchísimo en unos días. Sus movimientos eran lentos, poco ágiles y comedidos. Angus caminó hasta el fondo de la estancia y rebuscó en el interior de varios libros hasta dar con otro pergamino. Después regresó al sillón y se lo entregó a Ailsa.

— Greer... — susurró, contemplando el dibujo que su tío le había entregado.

— Así es. Greer.

Era la mujer de Angus, aquella que tiempo atrás le había abandonado. Se quedó mirando el extraño boceto a carboncillo, examinándolo fijamente sin comprender lo que el dibujante había intentado mostrar en él. Greer, con sus largos cabellos dorados cayendo hasta la cintura, estaba en la orilla del mar. Se encontraba tumbada sobre la arena, de manera que tan sólo se podía observar su rostro sonriente y sus pechos desnudos; el resto de su cuerpo quedaba cubierto plenamente por el leve oleaje que llegaba hasta el final de su recorrido. Ailsa acarició con el dedo el final del dibujo, allí donde del agua sobresalía una aleta.

— La madre de Ross es una selkie, Ailsa — explicó Angus con parsimonia para contemplar la reacción que mostraba la joven.

— ¿Es una selkie? — repitió, incrédula.

Sabía qué era una selkie, pero hasta entonces había tenido dudas respecto a su existencia. Eran criaturas marinas, mitad mujeres, mitad focas. Ailsa había escuchado que poseían una piel cambiante y que al abandonar el mar, se transformaban en mujeres humanas que habitaban en las Highlands.

— Eso espero — confirmó Angus — , al menos, la última vez que la vi así seguía siéndolo.

— ¿La última vez que la viste?

Ailsa no podía creer lo que estaba escuchando.

— Las selkies son criaturas tristes, nostálgicas y románticas — comenzó a explicar el hombre — . Me enamoré de ella cuando no era más que un crío...

Angus detuvo su relato para recordar adecuadamente aquel paisaje de su vida. Cuando continuó hablando, sonreía sin ser consciente de su gesto.

— Yo la esperaba cada día en la cala y ella acudía a mi visita siempre que podía. Llegó un instante en el que un solo día sin verla se tornaba una tortura para mí, y entonces fue cuando le sugerí que viviéramos juntos...

— ¿Ella aceptó? ¿Abandonó el mar?

Ailsa sabía que las selkies siempre regresaban a su hábitat natural: el agua.

— Me suplicó que la acompañase a las entrañas del océano, y yo le expliqué que antes necesitaría fabricar unas branquias — recordó, riendo tontamente — . Entonces yo le pedí que se viniera a vivir aquí, a Girnigoe, y ella aceptó. Creo que Greer siempre mantuvo la esperanza de que, en algún momento, yo pudiera acompañarla de regreso al mar... Pero eso era imposible.

— ¿Y dónde está ahora?

Angus señaló hacia el exterior.

— En su hogar.

— ¡Oh!

Ailsa no sabía qué decir al respecto.

— Llevábamos seis meses viviendo en la fortaleza cuando contrajimos matrimonio, y poco después se quedó embarazada de Ross.

— ¿Y por qué regresó, tío Angus? ¿No era feliz contigo?

— Sí, lo era... Los dos éramos muy felices... Ella..., Greer..., adorada a su hijo. No te imaginas cuánto le adorada...

— ¿Entonces..., por qué...?

— No se sentía completa. Greer tenía la sensación de que le habían arrancado un miembro de su cuerpo, me decía que el dolor era insoportable. Regresaba por temporadas al mar para paliar la angustia de su pecho, pero sus ausencias en Girnigoe cada vez eran más largas hasta que, un día, no regresó.

Ailsa no supo qué responder.

¿Conocía Davina aquella historia? ¿Y Lillias? ¿Tendría una mínima idea de todo aquello? Contempló a Angus con paciencia, esperando a que éste añadiera algo más. Se percató de la expresión de su rostro ausente y de su mirada perdida y sospechó que, en ese momento, su tío se encontraba muy lejos del lugar en el que se hallaban.

— ¿Y por qué va Ross a la cala, tío Angus? ¿Está esperando el regreso de su madre?

— Ross no sabe que su madre es una selkie — señaló, negando con rotundidad —. Yo creo que, simplemente... Va al mar porque siente que es parte de él. Que algo les une.

De pronto, Ailsa lo comprendió todo.

Angus tenía razón y, a su vez, estaba sumamente equivocado. Podía ser que en un pasado lo que le incentivara a Ross a regresar al mar fuera, simplemente, un lazo interno... Pero ya no. Ahora era una mujer quien le hacía acudir día y noche, una mujer de la que se había enamorado, al igual que su padre lo había hecho en un pasado. Ailsa abrió los ojos como platos al entender que, por segunda vez, la historia volvía a repetirse. Ross se había enamorado de una muchacha selkie; estaba convencida de ello.

— ¿Me harías un favor, querida? — inquirió Angus, dejándose caer sobre el sillón —. Acércame la botella de whisky antes de marcharte, creo que he despertado demasiados recuerdos que será mejor volver a enterrar.

La joven, pensativa, obedeció.

17

La despertaron los intensos alaridos de espanto y horror que se repartían por toda la fortaleza de Girnigoe.

La ubicación de la habitación de Ailsa tenía su lado bueno, las vistas al mar, y su lado negativo, que no podía contemplar lo que se acercaba por tierra hasta allí.

Se levantó de su cama, en camisión, y entreabrió la puerta para contemplar el pasillo. De fondo, divisó a Maisie con un candelabro, corriendo escaleras abajo de forma apresurada.

— ¡Dios mío! — exclamó en voz alta.

No sabía qué sucedía, pero intuía que fuera lo que fuese, no era nada bueno. Cerró la puerta de nuevo, dándole la espalda mientras procuraba controlar su agitada respiración. Volvió a pensar en Blair y deseó que se encontrase allí, porque el mero hecho de saber que se hallaba presente lograba transmitirle cierta tranquilidad.

Dos golpes secos contra la puerta le hicieron saltar por los aires, asustada.

— Ponte la bata — ordenó Davina, irrumpiendo en la estancia sin esperar respuesta — . Nos vamos.

Tenía los ojos sobresaltados, el rostro encendido y la mirada cargada de terror.

Se adentró con paso acelerado y cogió la bata de Ailsa; después, temblorosa, ayudó a su amiga a vestirse superficialmente y tiró de su brazo para dirigirla al pasillo.

— ¿Qué ocurre, Davina?

Las doncellas y el personal del castillo corrían de un lado a otro, asustados.

Ambas amigas descendieron a la parte baja, donde los guerreros se pintaban y preparaban para la batalla.

— ¡Dios santo, Davina! ¿Nos están atacando?

No era una pregunta.

— Es el clan Shuterland, Ailsa — especificó con el timbre de su voz cargado de temor — . Quieren aniquilarnos a todos. Están sedientos de venganza...

— ¿Y a qué esperamos?

— A mí — señaló Lillias, recién llegada.

A sus espaldas se encontraba Hamish, uno de los soldados más leales de la guardia de laird Sinclair. Ailsa sintió cierta seguridad tras comprobar que el hombre tenía como deber y obligación protegerlas y no abandonarlas.

Hamish se adelantó un paso hacia las jóvenes.

— Laird Sinclair me ha ordenado protegerlas y no permitiré que sufráis ningún daño — señaló, intentando tranquilizarlas.

Lillias colocó su mano sobre el hombro del guerrero.

— No hay tiempo que perder, Hamish.

— Sí, mi señora.

Echaron a caminar entre el gentío, rodeando a todos los hombres del clan que se preparaban para bajar el puente y echar a correr en dirección a la batalla. Ninguna de las tres mujeres lo pronunció en voz alta, pero todas ellas sabían que Hamish las dirigía al pasadizo que tenía salida en la montaña. Un escalofrío recorrió las extremidades de Ailsa cuando, insegura, echó a caminar tras la antorcha de Davina entre las húmedas paredes del túnel. Pensó que Fergus debía de haber intuido un peligro muy grande, porque jamás recordaba haber sido evacuada de la fortaleza.

El leve murmullo de unas voces a sus espaldas las obligó a detener el paso.

— Son nuestros guerreros, milady, no tiene de qué preocuparse. Debemos continuar.

Lillias aceptó y tiró de las muchachas, apremiándolas.

Ailsa cambió de idea; un peligro muy grande se quedaba corto. Aquella evacuación con tantos soldados dispuestos a protegerlas significaba que Fergus sopesaba la posibilidad de perder aquel combate. También estaba totalmente convencida de que laird Sinclair perdería su vida antes de permitir que sus enemigos le arrebatasen el castillo.

Las pisadas resonaban por el eco del pasadizo. Davina gimoteaba sin detener sus pasos, incapaz de contener la angustia. Los gritos y los alaridos alcanzaban aquel lugar subterráneo con facilidad, haciendo a aquellas tres mujeres partícipes de los horrores del exterior.

No llevaban caminando más de treinta minutos cuando Hamish chocó de bruces con una pared rocosa. El soldado lanzó una mirada cargada de suspense en dirección a Lillias y al resto de sus compañeros.

— ¿Qué ocurre, mamá? — preguntó Davina, cada vez más histérica.

Ailsa, en cambio, no se atrevía a pronunciar ni una sola palabra en voz alta. Por primera vez desde que Blair se había colgado el saco a la espalda, se alegraba de que no se hallara presente y de que no corriera ningún peligro.

— ¿Hamish? — inquirió otro soldado, comenzando a impacientarse.

— Se nos echa el tiempo encima, Hamish — le apremió el que guardaba el final de la hilera.

— Hay un desprendimiento... No creo que podamos abandonar el pasadizo — musitó en voz baja, palpando la pared de roca — , correríamos peligro de morir enterrados.

Davina gritó, horrorizada, justo antes de que su madre colocase la mano en su boca.

— Nos quedaremos aquí hasta que el peligro pase — sentenció Lillias — . Después regresaremos a la fortaleza.

Todos asintieron, nerviosos.

Ailsa se sentó sobre el frío suelo de tierra y apoyó su dolorida espalda contra la pared, mientras con ambas manos se tapaba las orejas para no escuchar los

horrores del exterior.

Y... ¿Qué ocurriría con ellos si el peligro no pasaba? ¿Y si el clan Shuterland se hacía con el poder y conquistaba la fortaleza? ¿Y si los soldados de Errol encontraban la entrada al pasadizo y los encerraban allí para que muriesen lentamente? ¿Y si las terminaban torturando y violando?

— Ailsa... Eh, Ailsa, querida...

Lillias sacudía a la muchacha por los hombros.

— No llores, querida niña... Te prometo que no nos pasará nada — añadió, mirando en dirección a Hamish.

Ailsa comprendió entonces lo que sucedería llegado el momento. Una espada, un corte limpio, un adiós sin sufrimiento. Estaba segura de que si las cosas se torcían, Lillias jamás permitiría que fueran capturadas con vida.

18

Blair tenía la piel curtida y estaba acostumbrado a dormir en el exterior, pero aquella tormenta descomunal estaba siendo bastante más intensa que la última que recordaba.

Después de una larga cabalgada, logró alcanzar el alto de la montaña y se refugió en un pequeño cobertizo de madera que parecía abandonado. La lluvia se colaba entre las vigas de la madera, pero la humedad no le importaba en exceso. Allí, al menos, el viento no agitaba sus sueños.

Como norma general, Blair tan solo dormitaba. Pocas veces recordaba haber logrado alcanzar un estado de sueño profundo; pero aquella noche, por desgracia, resultó ser una de esas escasas ocasiones.

Los truenos amortiguaban los gritos de la batalla, pero el viento soplaba con la suficiente fuerza como para arrastrar las voces hasta Blair. En su sueño, escuchaba el llanto de la caoineag atormentándole, recordándole el eterno episodio que marcó su vida en la infancia. Se despertó sudoroso e inquieto, aún con la idea de que aquella maldita criatura continuaba maldiciéndolo desde el más allá, sin dejarle tregua alguna. Abandonó el cobertizo angustiado, deseando encontrar en el exterior una bocana de aire fresco y algo de paz que calmara su desasosiego. Pero la imagen que Blair encontró fue realmente diferente.

Las antorchas en llamas iluminaban la ladera que se encontraba junto a la fortaleza de Girnigoe. Estaba demasiado oscuro para distinguir nada, pero la batalla que debía de tener lugar allí abajo era descomunal.

Los malditos Shuterland, pensó, tras recordar aquel encuentro con el mensajero que Errol había enviado en su nombre.

Blair sintió que su corazón se aceleraba con rapidez en su pecho y temió que,

de un momento a otro, sus latidos se detuvieran. Aún así, no se quedó paralizado más que unos escasos segundos. Después saltó sobre el potro y apresurado, cabalgando contra el viento y la lluvia, se encaminó sendero abajo en dirección a la ladera.

— Ailsa... ¡AILSA! — gritó, presa del pánico.

No podía ser.

Le costaba creer que después de todo, justo en aquella fatídica noche, hubieran decidido atacar los malditos Shuterland. Más le valía a Errol no cometer ninguna estupidez o pagaría por ello el resto de su vida.

Cuanto más se acercaba al campo de batalla, más podía distinguir los familiares alaridos de aquellos soldados que corrían en dirección a una muerte segura. Blair había escuchado aquel sonido en un millar de ocasiones y quizás, el hecho de que le resultara tan conocido, era lo que paralizaba el miedo de sus entrañas y evitaba que perdiera el control. Aún se encontraba lejos y eso lo impacientaba.

Tendría que confiar aquella victoria, en buena parte, a Fergus, Angus y Ross, porque seguramente él alcanzaría el claro para enfrentarse a la última retaguardia de aquellos malditos Shuterland. Eso sí, no pretendía dejar que ni uno sólo de aquellos puercos repugnantes abandonase el lugar con vida. Los mataría a todos. Y después, no perdería el tiempo en arrastrar sus malditos cadáveres. No perdería el tiempo ni siquiera en limpiar las tierras de su familia.

Cuando todos estuvieran muertos, entonces reuniría un ejército de soldados Sinclair y se encaminaría hacia las tierras de los Shuterland para pagarles con la misma moneda a aquellos cobardes que se hubieran quedado allí, salvaguardando los castillos y las tierras.

Se equivocó.

Blair alcanzó el campo de batalla justo cuando la guerra entre ambos clanes estallaba. Su padre, Fergus, debía de haber procurado alejar la pelea de la aldea y de la fortaleza, aunque no parecía haber tenido demasiado éxito en su misión. Al otro lado del puente levadizo del castillo, tartanes Sinclair y Shuterland se fundían en una lucha en la que rechinaban las espadas. Los hombres corrían para enfrentarse entre ellos, y Blair no se lo pensó dos veces cuando se infiltró entre ellos. Mientras blandía la espada, llevándose por delante a todo aquel guerrero que osara desafiarlo, iba tanteando la mirada

entre los presentes para intentar dar con el paradero de su familia. Angus y Ross siempre luchaban juntos; eran uña y carne. Él, en cambio, prefería enfrentarse a sus contrincantes en solitario. Cada victoria o derrota le pertenecía, únicamente, a sí mismo.

Avanzó hasta alcanzar la primera línea de guerra, donde divisó a su padre, junto con Errol Shuterland, sumido en un duelo de espadas. Pensó que ambos lairds debían de solucionar sus diferencias y alcanzar un acuerdo firmado con sangre, así que se mantuvo entretenido manteniendo la barrera enemiga a ralla. No temía a nadie. Tampoco le importaba morir. Y de ninguna de las maneras permitiría que el enemigo se infiltrase en la fortaleza de Girnigoe.

Había atravesado el pecho de un maldito Shuterland cuando un golpe seco en su espalda lo obligó a doblarse de rodillas. Sintió un ardor descomunal abrasando su columna vertebral y estuvo seguro de que alguno de aquellos malditos bastardos debía de haberlo golpeado con la espada por detrás; ¡cómo un cobarde!

Sonrió, levantándose del suelo y pensando que, fuera quien fuese, debía de ser un verdadero insensato que se había buscado su propia muerte.

— Sinclair — escupió.

La sonrisa de Blair se ensanchó aún más.

Era el mensajero que Errol Shuterland les había enviado días antes. Al parecer, el estúpido había regresado para recibir su merecido.

— Te estaba esperando — aseguró Blair, sujetando en alto su espada.

La pelea comenzó con un golpe seco de metales en el aire.

Unos movimientos más tarde, Blair descubrió que el mensajero resultaba ser más diestro de lo esperado. Aún así, no le importaba. Quizás, incluso, le gustase. De esa manera la batalla contenía más emoción y tensión.

Se movían como en una danza, un pie detrás de otro, acompasando cada movimiento que realizaba el enemigo. Mientras giraban en una circunferencia perfecta, Blair se percató de que al fondo del campo, a unos cuantos metros de distancia del lugar en el que se encontraba, su padre comenzaba a tener serios problemas. Errol Shuterland parecía llevarle la delantera, y eso no le gustaba nada a Blair. Fergus tenía varios cortes en la pierna, la cara cubierta de sangre de una herida que caía desde su frente hasta su mejilla y parecía confuso. Su

forma de responder a los ataques resultaba torpe e insegura.

Joder, pensó, manteniendo la pelea con el mensajero a raya. Había pensado hacerle sudar y esperanzarle con una victoria para después arrebatársela; pero no podía permitírselo. Tenía que terminar con él cuanto antes y ayudar a su padre.

¿Dónde demonios se habían metido Angus y Ross? No estaban por ninguna parte, lo que resultaba todavía más extraño. Como norma general, padre e hijo escoltaban a su laird en cada movimiento y se mantenían cerca por si precisaba de apoyo.

A Blair le costaba concentrarse.

Desviaba constantemente la mirada hacia su padre, lo que impedía que tomase la delantera en la batalla. Esquivó un primer golpe, pero otro segundo terminó derribándolo al suelo de manera brutal. El mensajero Shuterland sonreía, complacido, preparándose para un tercer ataque. En ese mismo instante, Errol Shuterland atravesaba la pierna de Fergus y dejaba a su adversario malherido, en el suelo tendido.

— No... ¡NO! — gritó Blair, esquivando los golpes de manera distraída.

¡Tenía que ayudar a su padre!

Se puso de pie como pudo y no lo pensó dos veces. Tampoco le importó morir en el intento. Directamente, se lanzó contra aquel bastardo con la espada el alto y lo atravesó por la mitad. La espada del Shuterland también cortó su piel, su pecho, pero no sentía dolor. Lo único que sentía era que debía ayudar a su padre. ¡Tenía que hacerlo o moriría!

Echó a correr en su dirección, mientras contemplaba a la distancia el rostro descompuesto de Fergus y la sonrisa maquiavélica de Errol. Pero era tarde. El jefe de los Shuterland levantó la espalda en alto, susurró unas palabras que Blair no pudo escuchar y, sujetando la cabellera morena de Fergus, le rebanó el cuello. La sangre comenzó a borbotear, salpicando por completo la mueca dolorida y avergonzada de Fergus. Pero al menos, en el último momento de su vida, sus ojos moribundos se clavaron en los de su hijo Blair y sintió paz.

Blair se encontraba a punto de alcanzar al asesino de su padre cuando uno de los guerreros Shuterland gritó la señal de retirada. Los malditos bastardos del este comenzaron a retroceder hacia la ladera, protegiéndose los unos a los

otros. Errol se perdió entre la multitud, escapándose de la venganza que se cernía sobre su sombra.

Unos segundos después, la entrada hacia el castillo de los Sinclair se encontraba repleta de cadáveres, charcos de sangre, espadas caídas que habían perdido a sus dueños y dolor. Mucho dolor.

Blair caminó hacia su padre. El cadáver de Fergus se hallaba tendido sobre el mojado musgo de la campa, iluminado por las antorchas amigas de su clan. Blair se sentó junto a Fergus y sintió como, de pronto, todo lo que siempre había temido se hacía realidad.

La caoineag les había maldito marcándoles con la desgracia y la destrucción y Blair supo, en aquel instante, que la desgracia que aquel día dio comienzo con un llanto comenzaba a tornarse una realidad.

Los Sinclair estaban destinados a sufrir.

19

El amanecer no había traído luz consigo.

Lillias y Davina sollozaban, doloridas, junto al cadáver de Fergus mientras Ailsa intentaba asimilar lo que había sucedido. No podía apartar los ojos de Blair. Había regresado, las había salvado.

— ¡Pagará! — gritó Blair, enfurecido, dirigiéndose a su madre — . ¡Ese maldito Shuterland pagará por lo que ha hecho!

Lillias levantó la mirada encharcada hacia su hijo.

Que Errol Shuterland pagara por sus crímenes no le devolvería la vida a su marido.

— Mi señor — musitó Hamish con voz entrecortada.

— ¿Qué ocurre?

Blair estaba intentando no mirar por la ventana. Había ordenado a sus guerreros limpiar la campa y reunir los cadáveres para enterrarlos en el cementerio santo. A su vez, había solicitado que le dieran prioridad absoluta a la búsqueda de los cuerpos sin vida de Ross y Angus.

Aquella noche había perdido a demasiados seres queridos, aunque aún conservaba la alegría de saber que Ailsa seguía a salvo. Mientras aguardaba la respuesta de Hamish, lanzó una mirada hacia la joven muchacha de rostro angelical. Parecía en shock. Se hallaba en una esquina del gran comedor, sentada, abrazando sus rodillas.

— Hemos encontrado a su tío, Angus.

Blair abrió los ojos.

— Traedlo a la fortaleza.

Hamish titubeó.

— Está en la fortaleza, mi señor. Lo hemos encontrado en la biblioteca...

— ¿Cómo?

— Al parecer bebió hasta perder el conocimiento. No ha luchado en la batalla.

Blair no supo qué responder.

Aquello resultaba, como poco, indignante.

— Hacerle saber que su hermano ha fallecido y que su hijo se encuentra desaparecido en estos instantes — dijo de malagana.

Hamish asintió con la cabeza y desapareció de la estancia, mientras Blair se decía sí mismo que no volvería a dirigirle la palabra a su mentor en lo que le restaba de vida. Quizás si su tío no hubiera bebido hasta perder el conocimiento hoy su padre y Ross estarían vivos.

Gordon, otro de los hombres de confianza de su padre, se dirigió en su dirección sin concederle tregua.

— ¿Mi señor?

Blair le concedió la palabra.

— Los guerreros del clan Shuterland no se han retirado, solo se esconden tras la ladera.

El muchacho no supo qué hacer con aquella información. La sopesó unos instantes mientras su madre, Lillias, caminaba con paso tembloroso hacia el encuentro.

— ¿Qué sucede? — exigió.

Gordon carraspeó.

— Los guerreros se esconden en la ladera y le preguntaba a mi laird cómo actuar.

— Yo no soy tu laird, Gordon — le corrigió Blair — . Tu laird está en el suelo, con el cuello degollado.

Lillias soportó las lágrimas antes de corregirle.

— Tu padre ha fallecido, así que sí, Blair, te guste o no, ahora todos estos hombres dependen de ti.

Había intentado que su voz no sonara demasiado dura, sin éxito.

Blair no quería aquel rango. No quería ser nadie.

Tan sólo quería abandonar aquel maldito lugar y desaparecer del mundo. Pero no podía hacerlo porque no era capaz de abandonarla a... ella.

— Vamos a mantener una vigilancia constante con guardias de veinte hombres — respondió, sin levantar los ojos de Ailsa.

No permitiría que ningún maldito Shuterland le pusiera la mano encima.

— ¿Veinte... hombres? — tartamudeó — . Esos son demasiados, mi laird. Hemos sufrido bajas y...

— ¿Gordon?

— ¿Sí, señor?

— Obedece — sentenció, evidenciando que no dejaría lugar a una discusión.

Dictaminó que mientras el peligro se encontrase presente, todo el mundo se mantendría reunido en el comedor. Estaba convencido de que el clan enemigo se encontraba preparando un segundo ataque, incluso, quizás, esperando refuerzos para intentar hacerse con la fortaleza de Girnigoe.

— No atacarán — predijo Lillias — , pero está bien que seas precavido.

Colocó la mano sobre el hombro de su hijo para transmitirle su apoyo y su fuerza. Ella había perdido a su marido, pero Blair había perdido a un padre. Y, además, aunque no había dicho ni una palabra al respecto, se encontraba malherido. Tenía un corte profundo en la espalda y en el torso y varios rasguños en los brazos.

— ¿Por qué piensas eso, madre?

— Errol sabe que estamos preparados para un segundo asalto. Esperarán días, quizás semanas, antes de volver a la carga.

Blair asintió.

Jamás había imaginado que su madre tuviera tanta visión para la batalla, pero se sorprendió al comprobar que su forma de pensar era muy lógica.

— Creo que hoy debemos descansar... — continuó Lillias, con los ojos clavados en Davina — . Hay mucho dolor encerrado entre estas paredes — añadió, desviando la cabeza hacia Ailsa — , y demasiado sufrimiento.

Su hijo repitió el anterior gesto.

— Ve con Ailsa — señaló su madre.

— ¿Por qué? — inquirió Blair, sorprendido por su petición.

— En contra de lo que puedas pensar, Blair, esa flecha no marcó una distancia entre vosotros — explicó, sujetando a su hijo por ambas manos — , sino, más bien, una profunda unión. Aunque le contases la verdad, ella te perdonaría.

— ¿Cómo puedes decir eso, madre?

— Porque lo sé. Lo veo en sus ojos cuando te mira.

Lillias y Blair contemplaban a la desvalida muchacha.

— Creo que estás equivocada, madre.

— Creo que eres estúpido, hijo — señaló Lillias, soltando las manos de su hijo para alejarse.

El nuevo jefe de los Sinclair sopesó sus opciones por unos instantes. Ailsa, de alguna manera, suponía una gran distracción para él, y en aquel momento su pueblo le necesitaba al cien por cien concentrado en los sucesos que estaban teniendo lugar. Quizás su madre tuviera razón respecto al ataque de los Shuterland, pero aún así, debía ser precavido.

Decidió que lo mejor era mantenerse donde estaba, pero entonces Ailsa levantó la cabeza hacia él. Tenía el rostro manchado por la humedad del túnel, el cabello alborotado y la expresión alicaída. Parecía estar totalmente derruida, y esa imagen fue lo suficientemente impactante como para que

comenzara a caminar en su dirección, sin siquiera ser consciente de ello.

— ¿Estás bien? — le preguntó, plantado frente al rincón en el que se hallaba.

No pretendía ser brusco, pero con ella siempre resultaba complicado mantener la compostura.

Ailsa sacudió la cabeza en señal positiva.

— ¿Estás herida?

Negó.

— ¿Estás preocupada?

La joven no supo qué responder.

— Has vuelto... — musitó en un susurro.

— Sí.

— Gracias.

Esa fue la única palabra que dijo.

De pronto, Blair tuvo la impresión de que aquella chica era mucho más frágil de lo que pensaba. Aunque hubiera sobrevivido a la desgracia que marcó su futuro, Ailsa seguía siendo la misma pobre niñita que años atrás se perdió en el bosque.

El joven Sinclair recogió del suelo un tartán abandonado y cubrió a la muchacha de cabellos dorados con él, simulando taparla con una manta. Se recostó a su lado y la rodeó con los brazos. Pensó que Ailsa rechazaría el gesto, pero no. Se acercó más a él, en busca de confort y bienestar. Después apoyó la cabeza sobre su pecho, justo donde se encontraba el corte, y aunque Blair sintió un dolor punzante recorriéndole el sistema nervioso, no protestó. No quería preocuparla y, para ser sinceros, tampoco quería que se alejase de él.

— No vuelvas a marcharte, Blair... por favor — gimoteó.

Blair no supo qué responder, así que simplemente asintió mientras le acariciaba la mejilla.

— No vuelvas a hacerlo... — repitió, justo antes de estallar en un llanto

desconsolado.

No lo haría.

Aunque quisiera, ya no podría hacerlo. Ahora era laird Sinclair, así que no podía abandonar la fortaleza a su antojo, pues debía proteger al pueblo. Y si ella estaba cerca... Sabía que la atracción que sentía por Ailsa le obligaría a buscarla, una y otra vez.

— No quiero hacerte daño — aseguró, dolido.

Sabía que su compañía no era adecuada, que ella merecía algo mejor.

— Pues entonces no vuelvas a dejarme...

Blair apretó a la joven con más fuerza contra él, rindiéndose a todos los sentimientos que albergaba en su interior.

— Mi laird... — musitó Ailsa con un hilillo de voz prácticamente inaudible.

Blair alzó la vista hacia el comedor que tenía frente a ellos. Los rostros lúgubres y afligidos se esparcían en todas las direcciones, mientras que el llanto de su hermana inundaba el salón. El llanto... Ése que siempre predecía las desgracias.

El cuerpo inerte de su padre estaba tendido en la mesa presidencial, sobre un tartán de su clan. Los guerreros vigilaban la estancia y el personal del castillo, junto a varios miembros de la aldea que habían acudido a la fortaleza en busca de refugio y protección, dormitaban en el suelo, esparcidos sin sentido en los espacios que habían encontrado a su paso.

Ahora, ése era su pueblo. Y él era el líder de todas esas personas. En su mandato esperarían encontrar no sólo la paz, sino el bienestar, la riqueza y la felicidad. Tendría que quedarse allí y luchar por ellos, aunque su alma se encontrara maldita. Si su muerte estaba señalada, entonces moriría por el pueblo Sinclair, por las tierras Sinclair y por todos esos valores que su padre siempre llevó en el corazón.

— No voy a marcharme — aseguró, como si intentara convencerse a sí mismo diciéndolo en voz alta.

Ailsa dejó de llorar y se quedó totalmente inmóvil en sus brazos.

En ese instante, tuvo la certeza de que Blair hablaba en serio.

— Y voy a casarme contigo.

— ¿Cómo dices, Blair?

La joven se separó del guerrero, impactada, pero él la retuvo entre sus brazos.

— Digo que no sólo no me marcharé, Ailsa, sino que también me casaré contigo.

— No... puedes...

Se removió en sus brazos, esforzándose por separarse y escapar de su regazo. Consiguió huir, pero se quedó plantada frente a Blair. Hablaba en serio. Pero no podía ser verdad.

— Sí puedo. ¿No quieres casarte conmigo?

Ailsa interceptó dolor en la pregunta.

— Claro que quiero... — murmuró, incapaz de procesar aquella petición.

Blair alzó una mano y recorrió con la yema de los dedos los pronunciados labios de la joven.

— ¿Entonces qué ocurre, Ailsa? Tú misma dijiste que...

— Eres laird — dijo, señalando el cuerpo sin vida de Fergus — . No podré darte hijos, Blair.

Decir aquello en voz alta resultó más doloroso de lo que había imaginado. Contuvo el llanto y aguardó unos instantes, mientras recobraba la compostura.

— Y estoy maldita — añadió — . Me lo dijeron las curanderas, todos lo saben... Yo... estoy maldita. No sirvo como esposa.

Una sonrisa apenas asomó en Blair.

Así que, ¿eso pensaba sobre sí misma? Había condenado al sufrimiento a aquella pobre chica, pero ahora tenía dos cosas claras. Una, que siempre había sabido, era que la protegería. La segunda acababa de descubrirla; compensaría su daño haciéndola feliz. Costase lo que le costase.

— Sirves como mi mujer, Ailsa... Siempre que tú quieras serlo.

— ¡MI LAIRD! — irrumpió Hamish, apresurado, rompiendo la breve paz que se había formado en la habitación — . ¡MI LAIRD!

— Quédate aquí, Ailsa — ordenó Blair, levantándose para acudir a la llamada.

Hamish parecía realmente impactado.

— ¿Qué ocurre? — inquirió, nervioso.

— Debería venir a... — comenzó, señalando al exterior mientras que con la mirada repasaba los rostros de Davina, Ailsa y Lillias — . Debería acompañarme.

— ¿Nos atacan? — inquirió, exaltado.

Hamish negó.

— Por favor, mi laird, sólo acom...

Blair echó a caminar al exterior, sin dejar que terminase la frase.

En ese mismo instante, uno de los soldados exigía que el puente levadizo de la fortaleza se bajase. Era Gordon.

— ¿Qué ocurre? — repitió Blair, impacientándose — . ¿Quién es?

Hamish se encogió de hombros, mostrando su desconcierto.

— No le he llamado por eso, mi laird...

— ¿Entonces por qué? ¿Gordon?

— Es su primo Ross, mi señor — señaló — . Acaba de regresar a la fortaleza.

¿Ross? ¿Ross estaba vivo?

¿Qué demonios...! ¿Dónde había estado metido hasta ahora?

Se giró de nuevo hacia Hamish.

— ¿Y qué querías?

El guerrero torció una mueca de disgusto.

— Es su tío, Angus — anunció — . Acaba de suicidarse en su habitación.

20

El cuerpo se balanceaba de un lado al otro, ahorcado.

Ross no pudo contener las náuseas que se arremolinaban en su estómago y vomitó en una de las esquinas de la estancia, mientras que Blair se apresuraba a bajar el cadáver de su tío.

— ¿Qué ha ocurrido, Blair? — preguntó, recobrando la compostura — .
¿Quién nos ha atacado?

— Los Shuterland — señaló Blair con seriedad, aún sin ser capaz de concebir la idea de que Angus se hubiera suicidado.

— ¿Por qué demonios ha hecho esto mi padre? — explotó el chico, incapaz de contenerse — . ¿Por qué, Blair?

El laird de los Sinclair se preguntó, en ese mismo instante, quien de los dos debía de exigir explicaciones. Él se había marchado la noche anterior, sí, pero aún así había regresado sin eludir su responsabilidad y luchar en la batalla. Pero... ¿Y su primo?

Se acercó a él, encarándole frente a frente, sin dejar un solo centímetro que distanciase su rostro.

— ¿Dónde estabas tú cuando asesinaban a mi padre?

Ross titubeó.

— No pensé que... Yo...

— ¿Te pareció un buen momento para huir, Ross?

Él negó.

— Cuando decidí pasar la noche fuera no había... Nadie había...

Blair suspiró, separándose de su primo.

Si habría sido cualquier otra persona, se habría encargado de desfigurarle el rostro a puñetazos, pero a Ross no. Había cometido un terrible error, pero... No merecía más castigo que el que ya acababa de recibir.

Ross se dejó caer apoyando la espalda contra la pared hasta terminar sentado en el suelo.

— El tío Fergus también... — comenzó a murmurar, cayendo en la cuenta de lo que Blair acababa de informarle — ..., ¿ha muerto?

Blair asintió con pesar.

— Errol Shuterland lo degolló antes de que sus tropas se retiraran — explicó — . Tu padre no luchó en la batalla, Ross. Se emborrachó y se quedó inconsciente en la biblioteca del torreón.

Ross no supo qué responder.

Había pasado la noche con Neissa y en ningún momento había alzado los ojos hacía los campos, ni siquiera había escuchado los alaridos de guerra. Se había concentrado tanto en disfrutar de la preciosa Neissa que no había tenido consciencia sobre nada más.

— Aún no sabemos cuántas bajas hemos tenido — anunció — , aunque varias mujeres de la aldea han acudido en busca de sus desaparecidos esposos. Mientras no aparezcan, los daremos por muertos.

Ross asintió, intentando asimilar todo lo sucedido.

En realidad, ni siquiera en aquellos dolorosos momentos lograba dejar de pensar en Neissa; en cuándo volvería a verla o si Blair requeriría su presencia en tierras Shuterland alejándolo de la cala.

— ¿Dónde has estado, Ross? — preguntó con pesar — . Te necesitábamos. Te necesitábamos aquí, en el campo de batalla... Te necesitábamos luchando.

— Pasé la noche con una mujer — explicó, avergonzado.

Lo único que le quedaba decir era la verdad.

— Espero que mereciera la pena... Porque esto ha sido una masacre.

Unos segundos después, Gordon irrumpía para anunciar a su laird que las tropas que aún conservaban los Sutherland regresaban a su hogar. En aquellos instantes comenzaban a rodear la ladera de camino a sus tierras.

Blair sopesó las posibilidades que tenía mentalmente.

Atacar en caliente. Preparar una venganza en frío.

— ¿Qué hacemos, mi señor? — inquirió Gordon con impaciencia.

Se decantó por la segunda de sus opciones.

— Nada, Gordon. Por ahora, no haremos nada.

21

La gente bebía, bailaba, cantaba y comía en el gran salón.

La felicidad que los Sinclair irradiaban conquistaba todo el ambiente, y en aquellos instantes de dicha a Ailsa le costaba recordar el sufrimiento que había desolado aquellas tierras tan sólo unos días atrás.

— Mi niña... — saludó Lillias, con los ojos repletos de emoción — , estás radiante.

La joven sonrió, conteniendo las lágrimas.

¿Cómo era posible que su vida hubiera dado semejante vuelco? Unas semanas atrás era Davina la joven que soñaba con una boda preciosa mientras que ella, en cambio, tan sólo anhelaba una mirada discreta de Blair. Con eso le bastaba para ser feliz el resto del día, de la semana, o incluso del año. Con eso y con tenerlo cerca y no perdido en guerras ajenas.

Sonrió al comprobar que, por primera vez desde que había llegado a Girnigoe, Blair transmitía alegría y dicha. Su esposo.

— Mi esposo... — susurró en voz baja, repitiendo las palabras en su mente para interiorizarlas.

Le costaba creer que fuera posible, que no se tratase de un sueño.

Mientras observaba a los Sinclair, bailando y bebiendo en el comedor, Ailsa sintió deseos de llorar. Aquello era demasiado bonito para ser real.

— Alegra ese rostro — susurró Blair, abrazándola por la espalda — . Quiero verte feliz. Es el día de tu boda.

Ailsa aún no sabía cómo debía de reaccionar ante esas repentinas muestras de cariño. Blair se había transformado completamente en aquellos últimos días, y

aunque se sentía dichosa por el cambio, le era imposible no sentirse extraña.

— Parece una fantasía...

— No lo es — aseguró el guerrero, colocándose al lado de su reciente y preciosa esposa.

Aquella noche Ailsa parecía un ángel de verdad.

El vestido blanco se sintetizaba totalmente con su piel blanquecina, y lucía una perfecta corona de flores en su recogido que la hacía simular la misma apariencia que la de una reina.

— No podremos tener hijos — señaló de nuevo con pesar.

Pensar que jamás podría hacer feliz a Blair, que nunca podría concederle un heredero, la martirizaba cada noche.

— No quiero hijos.

Ailsa se giró para observarle.

Parecía decirlo en serio, aunque en el fondo ella sabía que aquella afirmación no podía ser cierta.

— No seas mentiroso, Blair Sinclair — susurró, frunciendo el ceño — . Odio los mentirosos.

Blair sonrió con pesar, justo antes de acariciar su mejilla con ternura.

— Deja el asunto de los niños para otra ocasión y disfruta de este día, esposa.

— Es que...

Él la silenció colocando el dedo índice sobre sus labios.

— ¿Por qué, Blair? — preguntó de todas maneras — . ¿Por qué me has escogido a mí?

— Porque eres la mujer más bonita de la aldea — dijo con una pícaro sonrisa.

Ailsa sacudió la cabeza con rotundidad.

— Siempre creí que me odiabas...

Aquella última frase prácticamente fue un suspiro, como si tan sólo fuera

dirigida a ella misma. Blair sujetó su mano, acariciando mientras tanto su antebrazo de una manera tierna.

— Nunca te he odiado, Ailsa. Tienes que creerme... Sólo estaba equivocado.

La joven novia se encontraba a punto de continuar con el interrogatorio cuando Gordon interrumpió el momento, reclamando la atención de su laird. No quería que Blair se marchase, no ahora que se estaban sincerando.

Ailsa tiró de su mano en una súplica silenciosa.

— Tengo que ir, pero volveré lo antes posible.

— Por favor...

Se miraron fijamente a los ojos mientras la música de los juglares resonaba de fondo. Ailsa se quedó ensimismada unos segundos, hechizada por la profundidad de aquella mirada tan intensa. Después, Blair ahuecó una mano sobre la mejilla de su esposa y presionó sus labios contra los de ella. Al principio tan sólo fue un beso superficial, pero su sabor lo embriagó tanto que no pudo evitar hacerse paso al interior y reclamar la boca de su esposa.

Ailsa sintió un millar de cosquilleos ascendiendo por su vientre y recordó que, aquella noche, ambos consumirían el matrimonio. Estaba asustada y, a su vez, emocionada. La simple idea de que Blair le arrebatara la virginidad lograba hacer que un centenar de mariposas revoloteasen en su estómago.

— No tardaré — aseguró, separándose de ella — . Intenta divertirme mientras tanto — añadió, señalando a Davina a modo de ejemplo.

Davina había sufrido muchísimo aquellas últimas semanas y ese dolor había provocado que durante días se retrajera en sí misma. Ailsa prácticamente no la había escuchado hablar ni comer, pero aquella noche parecía totalmente desinhibida.

Observó cómo la chica se abalanzaba sobre uno de los soldados de la guardia y comenzaba a besarlo, sin importarle quién pudiera estar observando la escena.

Blair comenzó a encaminarse hacia su hermana cuando Gordon volvió a captar su atención.

— Mi laird, es importante, por favor...

Blair dudó.

— Iré yo — propuso Ailsa.

— No, déjala. Es mayorcita para cometer sus propios errores...

Y sin decir nada más, el nuevo jefe de los Sinclair se perdió entre la multitud de los invitados.

Ailsa volvió a sentarse en la mesa presidencial, en el lugar que Lillias había ocupado durante muchísimo tiempo. Se sintió extraña allí, como si se encontrase en un lugar que no le correspondía en absoluto.

Suspiró hondo, dejándose caer encima de sus brazos. Tenía que permitirse ser feliz porque, de lo contrario, todo eso que siempre había soñado se terminaría esfumando tan rápido como había aparecido.

— Él será feliz contigo — aseguró Lillias, tomando asiento junto a la joven de cabellos dorados — . Esta unión no es ninguna casualidad, querida... Estabais destinados a estar juntos desde que erais unos niños.

Ailsa levantó la cabeza y contempló a la mujer pelirroja que tenía a su lado. Lillias parecía haber envejecido de golpe unos quince años o más. Tenía ojeras, seguramente por la falta de sueño y las pesadillas, y los ojos hinchados por las tantísimas horas que pasaba llorando la muerte de su esposo. Ailsa también lloraba la muerte de Fergus, pues al fin y al cabo, había sido lo más parecido a un padre que ella había conocido en la vida.

— ¿Por qué ahora, Lillias?

— Porque ahora tiene que quedarse aquí, en el castillo, cuidando de todas las personas que dependemos de él. Si no te hubiera escogido a ti como esposa, más pronto que tarde tendría que haberse comprometido con alguna otra mujer. Y lo más seguro es que hubiera sido un simple compromiso por conveniencia... No por amor.

— ¿Y crees que a mí me ama? — inquirió, con los ojos brillantes.

— Estoy segura de que te ama.

Gordon caminó con paso apresurado hasta la entrada de la fortaleza. Después señaló en dirección a la cocina.

— ¿Qué te ocurre, Gordon? — quiso saber Blair, cuya paciencia tenía límites muy bajos.

El soldado Sinclair volvió a señalar en esa dirección.

— Le está esperando en la habitación de las doncellas... — murmuró con cierta vergüenza — . No sabía a qué otro lugar enviarlo.

Blair frunció el ceño.

No entendía a qué o quién se refería.

— Gordon, explícate — ordenó.

— Al consejero de laird Murray de Aberscross — anunció — . Acaba de llegar hace cinco minutos. Me dijo que estabais al tanto de su llegada y que debíais tratar asuntos de...

— Yo no he mandado venir a ese hombre... — escupió Blair, irritado — . Y no me gustan los mentirosos — añadió, acordándose de pronto de su preciosa esposa.

Caminó al frente dándole la espalda al soldado y se dirigió hacia la habitación. Cuando abrió la puerta, contempló la estancia y le costó reconocerla. No pisaba aquel lugar desde su más tierna infancia, cuando su niñera lo llevaba allí para darle pan negro de hogaza a escondidas. Desde entonces, esa habitación tan sólo había recibido uso para las comidas y cenas de las doncellas de la fortaleza.

— ¿Laird Sinclair? — preguntó el recién llegado, levantándose de la mesa.

Blair asintió con seriedad y, mientras tanto, inspeccionó el aspecto del desconocido. Vestía con propiedad y llevaba expuesto el tartán del clan Murray, lo que en cierto modo confirmaba los datos que había dado sobre su identidad.

El jefe Sinclair pasó al interior, cerrando la puerta tras de sí.

— Y bien... ¿qué te trae a mi fortaleza? — escupió de malagana.

No sabía por qué, pero intuía problemas. Y lo último que necesitaba en aquellos instantes, con los Shuterland amenazando, era otro clan enemigo que echarse a sus espaldas.

¡Qué demonios!, pensó, mientras se sentaba frente al hombre, ¡si busca problemas, los tendrá!

22

Blair se encaminó al comedor pensativo.

Sabía que debía regresar a la fiesta, pues se estaba celebrando en su honor. Pero no lograba sacarse de la cabeza la conversación que acababa de tener con el consejero del clan Murray de Aberscross. Le había negado la petición solicitada, lo que a Blair le causaba dos tremendas preocupaciones: la primera, haber firmado otra batalla más aquella noche. La segunda, el malestar que le ocasionaba no saber si había hecho lo correcto. Tan sólo pretendía proteger a sus seres queridos pero... ¿A qué precio?

El jolgorio continuaba en el mismo punto en el que lo había dejado al marcharse. Todos parecían continuar con la fiesta a excepción de Ailsa, cuya presencia no lograba localizar. Recorrió con su mirada el comedor al completo y justo cuando un nudo comenzaba a formársele en el estómago, Lillias le indicó que hacía pocos minutos que la joven se había retirado a sus aposentos.

Blair suspiró, aliviado, pues lo último que quería en aquellos instantes era que Ailsa se tropezara con el consejero del clan Murray. Eso era algo que de ninguna manera podía permitir.

— ¿Y Ross? ¿Has visto a Ross, madre?

Lillias negó.

— Hace rato que abandonó el comedor.

Lo que tan sólo podía significar una cosa; que había abandonado la fortaleza de Girnigoe para volver a encontrarse con aquella mujer. Blair comenzaba a sospechar que aquel romance no terminaría en buen puerto, pero lo que menos

le gustaba era que su primo, su primer comandante, tuviera que pasar tanto tiempo fuera del castillo. ¿Acaso no comprendía que estaban en mitad de una guerra? ¿Qué los clanes enemigos podían atacar en cualquier momento? Pensó que la mujer a la que Ross acudía debía de haberlo hechizado como poco, pues estaba poniendo en riesgo con aquellos encuentros la confianza que Blair depositaba en él.

— No importa — concluyó — . Pero si lo ves, dile que necesito hablar con él lo antes posible.

Y dicho eso se encaminó hacia la habitación en la que Ailsa lo estaría esperando.

Sabía que ella aún no terminaba de sentirse cómoda con él, pero esperaba poder remediar aquella situación lo antes posible. Y lo mejor de todo; ¡aquella noche por fin sería suya! Diablos, aquello era algo con lo que había soñado demasiado tiempo, así que no podía evitar sentir que se encontraba viviendo una fantasía.

— ¿Ailsa? — preguntó, entreabriendo la puerta sin antes golpearla.

A partir de aquella noche dormirían siempre en la misma cama, así que veía innecesario tener que andarse con formalidades a aquellas alturas.

— Pasa, Blair...

La joven le estaba esperando con el camisón puesto. Se había recogido su largo cabello dorado en una trenza de espiga y se encontraba en el sillón, junto a la ventana, observando la noche oscura.

La joven había insistido con que no abandonaría aquella habitación del torreón, pues era su estancia favorita en toda la fortaleza.

— ¿Qué observas? — inquirió el guerrero, acercándose a ella con paso poco firme.

Ailsa se giró hacia él y sonrió.

— A Ross.

Blair frunció el ceño y se colocó a su lado.

Lanzó una mirada fugaz, recorriendo por completo la extensión que le proporcionaba la ventana. Allí no estaba Ross.

— ¿Dónde?

Tan sólo veía el mar, el acantilado y la cala sumida en plena penumbra.

Ailsa señaló la cala.

— Agudiza tu vista, Blair — indicó, guiñándole un ojo.

Blair obedeció, esforzándose por atisbar algún indicio de su primo entre la oscuridad que bañaba la cala. Y entonces, lo vio. No se podía distinguir demasiado bien, pero se apreciaba cierto movimiento entre las rocas.

— ¿Qué hace?

— Está con ella. Siempre se reúnen en la playa.

— ¡Oh!

Ella... ¿Quién demonios sería aquella mujer?, se preguntó Blair, incapaz de contener su curiosidad.

Pero unos segundos después fijó su atención en Ailsa y aquellas cuestiones quedaron en un segundo plano. Retiró el cordón que sujetaba el extremo de su trenza y comenzó a deshacérsela con delicadeza. Le encantaba cómo le quedaba el cabello suelto y rebelde esparcido por encima de su camisón.

Ailsa se giró hacia Blair para poder observarle el rostro. Ambos sonreían con timidez y la joven tuvo la sensación de que Blair no sólo se veía diferente en su forma de ser, sino que en todos los sentidos. Las facciones de su semblante se habían suavizado y volvía a aparentar ser ese joven que en el fondo era.

Blair se fijó en la forma en la que Ailsa lo miraba. Expresaba ternura y amor, o al menos eso lograba transmitirle. Entrelazó los dedos de su mano entre la suya y se quedó en silencio esperando a que fuera ella quien diera el primer paso. No quería forzarla a nada en absoluto, no después del dolor y sufrimiento que ya le había causado. Se preguntó, entonces, qué estaría pensando. Y después decidió que debía de quitarle todas las dudas que albergaba. Podía decirle alguna palabra bonita, quizás expresarle lo hermosa que le parecía... Aunque en realidad, sentía que aquella mirada siempre valdría más que las palabras pronunciadas.

— Siento... — comenzó, tartamudeando — , siento mucho...

No encontraba la manera de expresarse.
Ailsa continuó en silencio, contemplándole.

— Siento mucho el dolor que te he causado.

— ¿Cuándo me has causado dolor? — inquirió ella, desconcertada.

Él suspiro.

— Todos estos años. No quería que pensaras que yo... te trataba mal.

— Pero lo hacías. ¿Por qué?

¡Diablos!

Aquella conversación se estaba complicando más de lo esperado.

— Pensaba que era lo correcto.

— ¿Ignorarme era lo correcto? — preguntó con un hilillo de voz.

Blair podía notar en su tono el daño que aquel hecho le había causado.
Volvió a suspirar, frustrándose.

— Siempre te he querido, Ailsa — confesó, finalmente — . Te quise desde la primera vez que te vi, tendida en el suelo. Parecías... un ángel. No te imaginas lo mucho que recé porque volvieras a abrir los ojos, porque te recuperases de esas heridas.... Yo... simplemente, te quiero.

Los ojos de la joven se empañaron de inmediato.

Había anhelado durante tantísimo tiempo escuchar aquellas palabras...

Rodeó con sus brazos el cuello del guerrero Sinclair y no esperó a escuchar nada más para lanzarse a su boca. Con aquella declaración le bastaba, desde luego. Era todo lo que necesitaba escuchar antes de entregarse a él.

Él tampoco titubeó; llevaba deseando que llegara aquel instante toda la ceremonia. Sujetó a Ailsa entre sus brazos, sin detener el beso, y la llevó en volandas hasta la cama. La tendió en el lecho y se quedó observándola fijamente, recorriendo con la mirada cada centímetro de su cuerpo. Ella sonrió y después, con lentitud, se fue quitando el camisón. Sentía vergüenza, pero también quería que Blair conociera cada esquina de su cuerpo. Cada defecto vergonzoso y cada virtud que la enorgullecía.

— Eres un ángel — volvió a asegurar, sin apartar los ojos de su cuerpo.

Era la segunda vez que la veía desnuda, y aquella vez la veía más bella que la primera. Aunque tampoco pasó por alto que su cuerpo se encontraba más delgado, seguramente por el estrés que habían sufrido tras la pérdida de Fergus y Angus. Le daba igual. Ailsa siempre sería preciosa.

Se abalanzó sobre ella, hambriento de su sabor. Comenzó a besarla con pasión mientras sus gemidos se entremezclaban en el ambiente.

— Oh, Blair... — musitó con la voz ronca.

No le haría daño.

Sería delicado con ella.

Se repitió aquel pensamiento varias veces mientras descendía hasta sus pechos y se apoderaba de ellos. No necesitó tirar demasiado de sus pezones para que se endurecieran en su boca, tan sólo lamerlo superficialmente. Ailsa continuó gimiendo, arqueando la espalda presa de un placer sin igual. Había pensado que aquella primera vez sería muy dolorosa, pero sus miedos desaparecían con tan solo echarle una ojeada a su esposo.

— Estamos... en desventaja — musitó con un hilillo de voz.

El placer que Blair le proporcionaba era tan intenso... No podía hablar ni pensar con claridad.

Blair se distanció unos centímetros de ella y se arrancó la ropa a tirones. Después, ya desnudo, volvió al lugar del que se había levantado.

Ailsa podía sentir su miembro duro y erecto chocando contra su vientre, y aquello la excitaba muchísimo. Deseaba que Blair la hiciera suya y consumir aquel matrimonio.

Blair volvió a repetirse a sí mismo que sería delicado con ella, pues había escuchado que las primeras veces podía ser extremadamente doloroso para las mujeres. Pero, aún con ese pensamiento en mente, no podía reprimirse más. Anhelaba sentir su cuerpo, introducirse en ella. Agarró su propio miembro y lo guió hasta el sexo de Ailsa. Ella volvió a gemir. Estaba húmeda, muy húmeda y dispuesta para él. Paseó su pene por aquella zona y después lo guió hasta su entrada. Ella abrió los ojos, sorprendida, y después los cerró con fuerza.

— Dime si te duele y pararé — aseguró él.

¡Dios, por fin iba a ser suya!

— Hazlo... sólo, hazlo.

Y Blair obedeció.

Se introdujo lentamente en su interior.

Sintió cómo el cuerpo de Ailsa se tensaba de inmediato y cómo sus músculos se agarrotaban al instante. Continuó hasta al fondo y suspiró de placer, justo antes de centrarse en Ailsa. Quería preguntarle si estaba bien o si le resultaba doloroso, pero no fue necesario. Ella se mordió el labio y movió levemente la posición de sus caderas lo que hizo que el placer que Blair experimentaba se multiplicase por mil. Comenzó entonces a entrar y salir, moviéndose lentamente en su interior.

Ailsa pensó que aquella era la experiencia más maravillosa de su vida. Resultaba algo doloroso, sí, pero el placer que le proporcionaba era mil veces mayor que el dolor.

— Blair... — ronroneó, totalmente entregada a él.

Él se dejó caer sobre ella para besarla, con las manos acariciando su cabeza. Continuó con los movimientos mientras sus dos cuerpos se fundían, uniéndose en un solo, hasta el instante en el que el éxtasis los atravesó.

— ¡Oh, Blair! — suspiró, incapaz de decir nada más.

Había sido... ¡Increíble!

Por primera vez Ailsa comprendió qué era lo que tanto anhelaba Ross descendiendo a la cala cada noche. Si por ella fuera y ahora que conocía aquel nuevo mundo, Blair se quedaría en aquella colcha, a su lado, eternamente.

— ¿Te ha dolido? — inquirió, preocupado.

Ella sacudió la cabeza con rotundidad.

— En absoluto. Ha sido maravilloso...

Blair se levantó de la cama, recogió su tartán del suelo y lo colocó sobre el cuerpo desnudo de Ailsa. Al hacerlo, atisbó de reojo la cicatriz de su vientre y otra punzada de culpabilidad recorrió su cuerpo.

— Ahora sé por qué Ross no puede separarse de esa selkie... ¡Ha sido

maravilloso!

El guerrero Sinclair se giró hacia ella, espantado.

— ¿Qué acabas de decir, Ailsa?

— La chica con la que Ross está..., creo que es una selkie. No lo sé, pero tengo mis sospechas al respecto.

El rostro de Blair se desfiguró por completo en ese instante.

Recogió sus ropas, apresurado, se las colocó de la peor de las maneras y se dirigió, enfurecido, hacia la puerta de la habitación.

— ¿Blair, qué ocurre? — exclamó Ailsa, asustada.

Presintió que el jefe de los Sinclair iba a marcharse sin dar ninguna explicación, así que Ailsa se levantó de un salto, desnuda, y se colocó delante de la puerta.

— Dime qué ocurre — ordenó, confusa.

Su recién esposo parecía totalmente fuera de control.

— Todas esas malditas criaturas solo traen desgracias, Ailsa... ¡Están todas malditas! ¡Solo traen muerte y sufrimiento!

Ailsa abrió los ojos como platillos.

— ¿Qué pretendes hacer, Blair?

— Apártate de mi camino, Ailsa...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven chica.

En aquellos instantes, Blair parecía totalmente fuera de control.

— No lo haré.... — musitó en voz baja.

Un miedo atroz se apoderó de ella. Sintió que el nuevo jefe de los Sinclair era capaz de hacer cualquier cosa por apartarla de su camino, incluso golpearla.

No, él no haría eso, pensó entonces, confundida.

— Hay que destruir a la criatura, mujer... ¡APÁRTATE! — ordenó, fuera de control.

Los ojos de Ailsa se encharcaron al instante.

— Es nuestra noche de bodas, Blair... Prometiste hacerme feliz... No me arrebatas esta noche... — suplicó, confusa, mientras sus ojos volvían a encharcarse.

No podía permitir que la noche de su boda Blair asesinara a la mujer de la que Ross se había enamorado. Si podía hacerlo, lo evitaría.

Las facciones de Blair se suavizaron al instante.

— Tienes razón — aceptó, contrariado — . No te estropearé esta noche.

Ailsa suspiró, aliviada, relajándose en ese mismo instante.

Blair acarició su rostro y después la tomó de la mano para volver a guiarla a la cama.

— Lo siento, de verdad...

Ella guardó silencio, pensativa, unos instantes.

— ¿La asesinarás? — preguntó con el tono de voz cargado de espanto y horror — . ¿Asesinarás a la mujer que Ross ama?

Él dudó, pero al final, asintió.

— ¡Por Dios, Blair, no puedes hacerlo! — exclamó, incapaz de concebir dicha idea — . ¡Las selkies son criaturas buenas! ¡No dañan a la gente!

Blair estrechó a su esposa entre los brazos, apretándola contra su desnudo pecho.

— Antes de que mi padre y yo te encontrásemos en el bosque...

— Visteis una caoineag. Ella os maldijo con la desgracia y Fergus la asesinó.

Blair abrió los ojos, sorprendido.

— ¿Lo sabías?

— Lillias me lo contó hace tiempo.

— ¿Qué más te contó?

— Que la flecha que yo llevaba en el vientre estaba maldita, y que por esa

razón las curanderas temen mi presencia. Todas conocen la historia y saben que no podré engendrar ningún bebé, aunque muchos de la aldea creen que tan sólo son habladurías.

— La caoineag nos maldijo a todos aquel día... Y la gran desgracia con la que nos condenó aún está por venir, Ailsa. Yo estoy maldito.

La joven negó.

— No lo estás, amor.

El corazón de Blair se detuvo en el instante en el que escuchó con qué término se dirigía a él. Amor. Le había llamado amor.

¿Acaso se merecía tanta ternura y bondad? ¿Acaso merecía ser feliz al lado de aquella mujer después del daño que le causó?

— No nos ocurrirá nada malo...

— No — aseguró — . No lo permitiré...

Ailsa estaba agotada.

Blair lo supo de inmediato porque la muchacha no volvió a pronunciar ninguna palabra más. Después, al poco tiempo, su respiración se profundizó notablemente y Blair supo que se había dormido sobre su pecho, así que se quedó inmóvil para no despertarla.

23

La tenue luz se filtraba por la ventana de su habitación.

Ailsa se levantó con el cuerpo dolorido y las articulaciones entumecidas, pero feliz. Era plenamente feliz. Más feliz de lo que recordaba haber sido jamás en toda su vida.

Tras abrir los párpados y adaptarse a la luminiscencia de la mañana, comprobó que Blair ya no se encontraba en la estancia. Se preguntó a dónde demonios se habría marchado, pero después escuchó los gritos que provenían del campo de batalla y recordó que todos los guerreros Sinclair debían presentarse para el entrenamiento matutino con los primeros rayos del amanecer. Más aún Blair, que ahora era el laird del clan Sinclair y debía de dar ejemplo con sus actos.

Decepcionada, se enroscó la colcha alrededor del cuerpo y se dirigió al sillón de la habitación. Desde allí contempló la cala y recordó la conversación que había mantenido con su esposo la noche anterior. La selkie... Esperaba hacerle entrar en razón y que permitiera a aquella mujer y a Ross ser felices. O al menos, intentarlo. Pensó entonces en lo que Angus le había contado sobre la madre de Ross y dedujo entonces que el destino de algunas personas debía de estar escrito desde antes de su nacimiento. Si no, ¿cómo explicar que Ross se hubiera enamorado de una selkie, al igual que su padre lo había hecho en el pasado? Aquello resultaba tan extraño como su unión con Blair.

Pero extraño o no, le encantaba pensar que pasaría el resto de su existencia junto al rudo guerrero de cabello moreno que la había salvado en un pasado y que tantos suspiros la había arrebatado.

— ¡AILSA! — gritó Davina, golpeando la puerta con apremio.

Parecía exaltada.

— Pasa...

Davina entró al interior.

Iba vestida con ropas simples y portaba un saco en su mano.

¿Se marchaba? ¿Qué ocurría?

— Davina, ¿qué...?

— Tengo que contarte una cosa — dijo, hablando con suma rapidez — . Pero debes prometerme que una vez lo sepas, actuarás meditando con la cabeza.

— ¿Qué ocurre?

La joven pelirroja se acuclilló frente a Ailsa y la agarró por ambas manos.

— Primero promételo.

— Lo prometo, Davina — murmuró.

Davina estaba logrando asustarla.

¿Acaso los estaban atacando? ¿Estarían los Shuterland preparándose para la batalla frente a la fortaleza?

— Anoche Dougal y yo nos escondimos en la cocina — explicó brevemente — . No importa qué estuviéramos haciendo allí, pero...

— ¡Davina! ¡No estáis casados! — exclamó Ailsa, horrorizada, comprendiendo a qué se refería.

— Eso no importa — continuó — . Lo que importa es que escuchamos algo que no debíamos y que te concierne.

— ¿El qué?

La joven Sinclair suspiró.

Ailsa podía ver lo confusa que se sentía en el brillo de sus ojos, así que apretó sus manos inculcándole valor para hablar.

— Debes saberlo, Ailsa...

— Dímelo.

— El consejero del clan Murray de Aberscross apareció aquí y reclamó la presencia de Blair.

— ¿Y qué quería?

Davina contempló fijamente a la muchacha.

— Quería conocer a su hija — soltó a bocajarro, liberándose del secreto.

— No te entiendo, Davina... ¿Quién es la hija de ese hombre?

— ¡Tú, Ailsa! ¡Tú eres su hija!

La expresión del rostro de Ailsa se transformó en pura incredulidad.

— No puede ser...

— Los rumores de que Blair Sinclair contraía matrimonio recorrieron todas las Highlands. Lo curioso de la noticia no era el compromiso en sí, sino tú. La chica maldita que Fergus Sinclair había rescatado hacia tantísimos años en el bosque se convertiría en la esposa de laird Sinclair.

— ¿Y qué tiene que ver...?

— El consejero del clan Murray explicó que su hija se había perdido a la misma edad que tú en el bosque y que jamás habían logrado dar con su paradero. Te habían dado por muerta hasta que...

— ¡Davina, para! — exclamó Ailsa, levantándose del sillón.

Comenzó a caminar por la habitación con la cabeza a mil por hora.

— Ailsa...

— Podría ser cualquier niña, no tengo por qué ser yo...

— ¡Escúchame! — suplicó Davina, perdiendo la paciencia — . El consejero de los Murray de Aberscross hizo una petición a mi hermano.

— ¿Cuál? — preguntó Ailsa, que parecía también comenzar a impacientarse con aquella historia.

Necesitaba saber porqué Davina había llegado a la conclusión de que esa niña era ella.

— Verte. Fue lo único que pidió. Le dijo a Blair que si te veía sabría reconocerte, a pesar de los años que había pasado separado de ti...

— Pero Blair no me ha dicho...

— Blair comenzó a reírse — continuó explicando — . Y entonces le mintió.

Davina parecía muy nerviosa.

Se acercó a la puerta, la entreabrió y echó un vistazo al pasillo exterior antes de volver a cerrar.

— Davina, ¿a dónde te marchas?

— Le dijo que no te habían encontrado en el bosque, que tú siempre habías vivido en la aldea Sinclair.

Ailsa se quedó estupefacta.

— Pero eso no es verdad...

— Le explicó que eras la hija bastarda de su tío Angus, y que de ahí el parecido que conservabas con su primo Ross. La amante de su tío repudió de ti y te abandonó en la fortaleza, y supuestamente los Sinclair inventamos esa historia para evitar la vergüenza de la familia.

— ¡Pero eso es mentira! ¡Yo recuerdo mi vida antes de perderme... recuerdo a mi padre!

— Lo sé — afirmó Davina — . Sé que es mentira y también sé que ese hombre es tu padre.

— ¿Y por qué Blair le engañó?

Davina sacudió la cabeza.

— Lo único que sé es que laird Murray de Aberscross enviaba un escrito en el que solicitaba amistosamente una reunión contigo — explicó la muchacha — , y Blair rechazó su petición.

— ¡¿Por qué, Davina, por qué?!

Ailsa no podía creer lo que estaba escuchando.

— No lo sé — aseveró — . Sólo te cuento lo que escuché — añadió, dirigiéndose a la puerta.

Ailsa supuso que la conversación había llegado a su final.

— ¿A dónde te marchas, Davina?

— Dougal y yo nos vamos a los Lowlands. Puede que incluso visitemos Inglaterra — dijo, dibujando una breve sonrisa.

— ¡Pero si tú odias Inglaterra!

— No nos importa dónde estar, Ailsa... Solo queremos estar juntos.

— ¿Por qué no os quedáis aquí? No entiendo que...

Sin dejarla terminar la frase, Davina saltó a sus brazos y la estrechó con fuerza.

— Le escuché a Ross decir que Blair me utilizaría para unir fuerzas con los Campbell y derrotar a los Shuterland — explicó con rapidez. Casi no se entendía lo que decía — . Él no puede ofrecer nada, pero aún puede entregarme como esposa del hijo de laird Campbell.

— ¡Oh!

— Cuídate, Ailsa... Cuídate mucho...

La joven iba a decirle que ella hiciera lo mismo, pero antes de que pudiera abrir la boca Davina ya había desaparecido de la habitación. Se preguntó en aquel instante si su amiga y ella volverían a juntarse en algún futuro o si sus caminos no volverían a cruzarse jamás. Una repentina tristeza se cernió sobre ella y, confusa, volvió a tomar asiento en el sillón mientras se preguntaba cómo debía actuar.

Conocía al clan Murray de Aberscross. El castillo y sus tierras se encontraban delimitados y rodeados por las del clan Shuterland, de manera que ambos clanes eran amigos y solían contar con un apoyo recíproco. Blair, literalmente, les había declarado la guerra rechazando aquella petición, así que casi con total probabilidad unirían sus fuerzas con las de los Shuterland para derrotarles.

En cambio... Si ella se disponía a dicha reunión e incluso si su padre resultaba ser ese consejero, quizás lograra acordar la paz entre ambos clanes; pues, al fin y al cabo, estarían emparentados de alguna manera.

Pero Blair no le permitiría hacer ese viaje.

Ya había rechazado la petición y, además, sabía que no temía ninguna guerra. Puede incluso que la desease.

El problema era que su loco y desequilibrado esposo no intuía que aquella batalla sería aniquiladora. Ningún Sinclair lograría salir con vida de aquel lugar.

Observó el mar que se extendía frente a ella.

Para variar, estaba plenamente en calma. El sol brillaba en el cielo y el día pronosticaba paz y tranquilidad. Pensó que aún era temprano y que hasta dentro de unas horas nadie se preocuparía por ella; al menos no hasta el almuerzo.

Ailsa le había prometido a Davina pensar fríamente qué debía de hacer con aquella información pero... ¿Acaso había algo que pensar?

Podía conocer a su padre, quizás incluso, a su madre. Y sobre todo, podía detener una masacre sin sentido y salvarle la vida a Blair.

Respiró hondo, controlando meticulosamente el ritmo de su respiración para relajarse y no perder los nervios.

Estaba aterrada; tan aterrada que podía imaginarse las tropas enemigas cabalgando hacia la fortaleza de Girnigoe y a los guerreros Sinclair preparando el armamento para lanzarse a la batalla.

— Tengo que salir de aquí... Tengo que parar esto.

Comenzó a vestirse con ropas cómodas sin siquiera pensarlo dos veces. Había tomado una decisión y cuanto antes la llevase a cabo, mejor sería para todos. Intuía que si rodeaba la ladera por el sendero que conducía al bosque de los abedules nadie daría con ella. Incluso si el enemigo andaba de camino o acechando las cercanías, ella podría esquivarlo. No tenía sentido que los Shuterland intentaran acercarse a la fortaleza a través de un sendero que no les permitía ningún tipo de camuflaje.

Descendió las escaleras apresurada y buscó en las estancias comunes hasta

dar con Lillias. Le diría que se había vestido así para salir a cabalgar, aprovechando que el sol brillaba en aquellos momentos. Ailsa estaba convencida de que su madre política no sospecharía lo más mínimo de sus intenciones.

— Intenta no perder a tu yegua en esta ocasión — le aconsejó — . Te esperaremos para el almuerzo.

— En realidad, me llevaré fruta para almorzar. Espero poder rodear el bosque y disfrutar del buen tiempo antes de que se acabe — anunció, sonriente.

Lillias le besó la mejilla antes de asentir.

— Ten cuidado, querida — suplicó — . Mi corazón no soportaría ningún susto más.

Ailsa no supo qué responder, así que simplemente sonrió tranquilizadamente y abandonó la estancia.

¿Cómo se tomaría Blair que abandonase la fortaleza sin decirle nada? Seguramente se pondría muy furioso, aunque por otra parte, ella tenía sus razones para estar furiosa. ¡Por Dios Santo, su esposo le había arrebatado la posibilidad de conocer a su padre!

¿Por qué habría hecho Blair semejante cosa?

Se subió en el caballo y echó a galopar sin mirar atrás. Sabía que cada minuto marcaría una diferencia en el futuro que les estaba por venir.

24

Blair estaba exhausto.

En cualquier momento los clanes enemigos podrían atacar la fortaleza, y comenzaba a sopesar un plan alternativo de ataque y defensa.

— El consejo quiere verte, mi laird — explicó Hamish, cuyo rostro reflejaba el gran esfuerzo que habían realizado durante el entrenamiento.

— Que vengan — soltó Blair, enfadado.

Lo último que le apetecía era tener que reunirse con los ancianos, pero sabía que entre la gente del clan su opinión tenía muchísimo peso. Además, su padre, Fergus, siempre se había apoyado en ellos y debía de continuar con aquella tradición.

Blair se sentó en el banco que había en la entrada del comedor.

Podía ver que al fondo se encontraba su madre, pero ni Ailsa, ni su hermana ni Ross se hallaban presentes.

¿Dónde demonios se han metido?, se preguntó a sí mismo, impacientándose.

Pocos segundos después, Hamish regresó junto con Keith. Keith era uno de los ancianos que más tiempo llevaba en el consejo, y Blair sabía que aquel hombre, en su juventud, había luchado espada con espada con Fergus.

— ¿Ocurre algo, Keith?

El anciano se sentó junto a Blair y lo observó con detenimiento.

— Últimamente nos está costando bastante poder tener una reunión contigo, Blair.

— Corren tiempos de guerra — señaló, evitando añadir nada más al respecto.

— Y ésa es la razón por la que queremos verte... Se rumorea que ayer un

hombre de laird Murray de Aberscross acudió a la fortaleza. ¿Es eso cierto?

— Así es, uno de sus consejeros.

Keith parecía sumamente cansado.

Era evidente que al anciano le apetecía tan poco como a Blair mantener aquella charla.

— ¿Qué asuntos deseaba tratar?

— Ninguno que le pueda interesar al consejo.

— Nos interesa que un enemigo pueda atacarnos, y laird Murray de Aberscross es un enemigo poderoso si tenemos en cuenta nuestra enemistad con el clan Shuterland.

Blair guardó silencio.

Sería mejor que Keith evitara andarse con rodeos, porque aquel día carecía de paciencia.

— ¿Podemos suponer que unirán fuerzas para atacarnos?

El jefe de los Sinclair asintió.

— ¿Y podemos suponer que será dentro de poco?

Blair repitió el gesto anterior.

— ¿Y podemos ganar esa guerra?

— Desde luego — sentenció — . Ningún maldito Shuterland pondrá un pie en este castillo.

Keith parecía confuso, así que sopesó la información que acababa de recibir antes de añadir nada más.

— Podríamos evacuar a las mujeres de la aldea y de la fortaleza...
— propuso — , eso facilitaría el combate a los guerreros.

Blair ya había pensado en ello; alejar a Ailsa, Davina y Lillias de aquel lugar le supondría un verdadero alivio.

— Podrían esconderse en las montañas, sin traspasar nuestra frontera.

Keith asintió.

— Entonces está decidido. Se lo comunicaré al resto de los ancianos y prepararemos la evacuación.

— Lo dejo en vuestras manos — dijo, dando por conclusa la conversación.

El anciano asintió con solemnidad y abandonó el comedor.

Sí, aquella sería la mejor opción.

Debía mantener a Ailsa segura en algún lugar lejano porque, si no lo hacía, su concentración no sería plena con respecto a la batalla. De esa manera, sabiendo que su amada no corría peligro podría luchar en paz, sin preocupaciones.

Observó a su madre, en la mesa presidencial, mientras caminaba en dirección al frente para ocupar su sitio. Volvió a preguntarse dónde demonios podrían haberse metido las chicas y Ross y después creyó que quizás podría aprovechar ese instante para contarle a su madre la visita que había recibido del consejero de laird Murray de Aberscross.

¿Lillias comprendería su postura? Quería proteger a Ailsa de más sufrimiento, de más dolor. E intuía en su interior que el recuento de su esposa con aquel hombre no hubiera traído nada bueno a los Sinclair. Ni a ella.

— Pareces preocupado — señaló Lillias, mientras Blair tomaba asiento en la mesa.

Blair frunció el ceño.

— ¿Dónde demonios se han metido? — inquirió, alzando los brazos en alto.

— Ailsa ha salido a cabalgar, seguramente al bosque de los abedules. Me avisó de que regresaría después del almuerzo.

— ¿Cuándo? — preguntó Blair, malhumorado.

La última vez que Ailsa salió a cabalgar la cosa no terminó precisamente bien, así que no podía evitar preocuparse al respecto. Pensó que, quizás, debía mandar a Douglas o a cualquier otro soldado en busca de su esposa.

— No concretó, sólo dijo que después del almuerzo.

— No, quiero saber cuándo se ha marchado — especificó.

Lillias notó la angustia marcada en el timbre de voz de su hijo.

— Hace rato, pero no tienes de qué preocuparte — aclaró, sonriéndole levemente — . Me prometió andarse con cuidado.

Aquello no le tranquilizaba lo más mínimo.

Se levantó del asiento y pegó un alarido para que Hamish acudiera a la mesa. Después le ordenó llamar a Davina y a Ross y apremiarles para que bajasen a almorzar lo antes posible. No podía esperarles eternamente y aquel día necesitaba regresar al campo lo antes posible. Entre sus filas, contaban con muchísimos novatos sin entrenamiento que tenían el tiempo en su contra para desarrollar las habilidades de la lucha. Si no conseguía enseñarles lo más básico, sabría que los estaría mandando sin posibilidades a la batalla. Tan sólo como bultos o escudos humanos, dispuestos a recibir una muerte digna.

Hamish regresó unos instantes después con el ceño fruncido y malas noticias.

— Davina no se encuentra en su habitación y Ross tampoco, mi laird.

— ¿Y dónde están? — preguntó Lillias, sorprendida.

Aquello no era, en absoluto, algo habitual.

— No lo sé, mi señora, pero Douglas también está desaparecido — añadió, observando a su laird fijamente.

Blair solo necesitó sumar dos más dos para llegar a una conclusión.

— Manda a dos de nuestros hombres a buscarles — dijo con cansancio.

— ¿Qué ocurre, hijo?

— Los enamorados han huido de casa, madre. Nada que deba preocuparte... Los encontraré.

— ¿Y Ross? ¿Dónde está? — inquirió Lillias.

Hamish se encogió de hombros y Blair le imitó.

Suponía que estaría esperando a la maldita selkie en la cala, pero ése era un asunto del que debía preocuparse más adelante.

Unos instantes después, antes de que Hamish abandonase el lugar, Gordon interrumpió en el comedor. Una capa de sudor le cubría por completo la frente

y parecía exaltado.

— ¡Están viniendo de camino, mi laird! ¡Los Shuterland están de camino!

Blair se levantó, derribando la silla al hacerlo y causando un repentino alboroto.

— ¿Cómo? ¿Dónde? — escupió, acelerado.

No podía ser.

¿Ya? ¿Tan rápido?

— Los han visto cruzando la frontera, entrando en nuestras tierras. Calculamos que en unas horas se dispondrán a instalar un campamento en la ladera.

— Hamish, vete al consejo y habla con los ancianos. Diles que pongan el plan de evacuación en marcha ahora mismo. ¡No tenemos tiempo!

— ¿Qué plan de evacuación? — inquirió Lillias, asustada.

— Gordon, tú reúne un par de hombres y mándalos en busca de Davina y de Douglas. ¡Qué hagan cualquier cosa por traerlos de vuelta a casa!

— Sí, mi laird...

— Nos veremos aquí dentro de treinta minutos — concluyó, alejándose a gran velocidad.

Lillias, aterrada, no sabía qué hacer ni decir, así que determinó acompañar a Hamish a ver al consejo. Tal vez ellos pudieran indicarle qué estaba pasando y cuál era el plan de su hijo.

Blair sentía su corazón a mil por hora en el pecho.

Aquellos últimos días no parecía tener la suerte de su parte, en absoluto. ¿Por qué demonios había salido Ailsa a cabalgar aquella mañana en concreto? ¡Dios Santo! El solo hecho de que pudiera pasarle algo lo hacía enloquecer.

La oscuridad de las mazmorras lo inundó. Se dirigió sin pensarlo en dirección al arco y arrancó el maldito trasto de la pared. Sintió que la madera del arma ardía en sus manos, pero aún así no lo soltó.

Una caoineag, una selkie. ¿Qué más daba? Aquellas malditas criaturas solo tenían maldad en su interior, estaban podridas.

Blair corrió por el sendero repleto de arbustos hasta llegar al final en el que hierba y arena grisácea se entremezclaban. Se quedó inmóvil contemplando a su primo, Ross; el agua le llegaba por la altura de la cadera y se encontraba observando el mar, el horizonte. Esperó unos instantes, tranquilizándose, para que su pulso no le delatase. En cuanto la criatura asomase la cabeza le incrustaría una flecha en la frente, atravesándole el cráneo.

Y entonces, la vio. La muchacha de ojos violeta salió a la superficie. Al igual que la caoineag, estaba desnuda. Blair no podía verle el cuerpo más allá de los pechos, pero intuía cómo una aleta se removía bajo el agua. La selkie sonreía con amplitud, satisfecha porque su víctima se encontrase presente. Entonces Ross se abalanzó sobre ella y ambos se hundieron en el agua entre risas y suspiros.

Blair tensó la cuerda. No podía fallar el tiro. No tendría una segunda oportunidad de disparo.

Pero cuando ambos volvieron a sacar la cabeza del agua, la selkie lo vio. Abrió los ojos asustada y soltó un alarido descomunalmente ensordecedor. Blair disparó la flecha sin tiempo y sin afinar la puntería, justo en el instante en el que la criatura volvía a introducirse en el agua.

— ¡Joder! — exclamó Blair, irritado por su descuido.

Ross se giró hacia su atacante con los ojos desorbitados.

— ¡BLAIR! — gritó, aún desde el agua — . ¡BLAIR!

No podía concebir la idea de que su primo hubiera disparado aquella flecha. Comenzó a dar pequeñas zancadas para salir a la arena y encararse con él, pero algo le detuvo. Sangre. Había sangre en el agua.

— Neissa... no... — susurró, incapaz de creerlo.

No podía ser. Blair la había herido.

Volvió la mirada hacia el frente, pero sabía que si Neissa había huido en aquellos instantes ya se encontraría muy lejos de allí.

Salió del agua con los ojos empañados en lágrimas, dolido. Herido. Hundido. Para entonces Blair ya le estaba esperando en la orilla.

— ¿Qué has hecho...? — preguntó sin voz — . ¿Por qué...?

Era su laird.

No podía, o más bien debía, enfrentarse a él. Y además era su mejor amigo. No comprendía por qué Blair había disparado esa flecha.

— Neissa no te había hecho nada... — susurró en voz baja, aún conteniendo el llanto mientras rezaba internamente porque ella se encontrase bien.

— Es un demonio, Ross. Te acabo de salvar la vida.

— ¡No! ¡No lo es!

Se encaminó al frente hasta encararse con él.

Estaban frente a frente, cara a cara, y Ross tenía que contenerse para no estamparle un puñetazo en la nariz.

— Sí lo es, Ross... Terminarás entendiéndolo y dándome las gracias... Ya lo verás...

Ross negó lentamente con la cabeza.

— Más vale que Neissa esté bien, Blair...

— ¿Es una amenazada?

Ross asintió sin dudar.

— Como le haya pasado algo, te mataré.

Blair sonrió.

Le gustaba el coraje que poseía su primo; el mismo de Angus.

— Nos preocuparemos por mi muerte más adelante, Ross. Ahora tenemos que obligar a los bastardos de los Shuterland a recular hasta la frontera.

25

Ailsa estaba agotada.

Llevaba horas cabalgando; viajaba sentada como un hombre por mayor comodidad, pero ya no sentía las piernas desde hacía rato.

Calculó que se encontraría a pocas horas de cruzar la frontera y de adentrarse en tierras del clan Shuterland. Se preguntó en ese instante cómo demonios llegaría hasta el castillo de Aberscross sin que aquellos salvajes dieran con ella antes. Aberscross estaba situado en el condado de los Shuterland, en sus tierras, pero los Murray habían alcanzado un acuerdo con el otro clan para establecerse allí. Desde hacía siglos ambos clanes se habían ayudado y habían mantenido la paz, por lo que Ailsa deducía que sí aquel hombre era su padre de verdad aquella guerra podría evitarse.

No podía perder a Blair. No después de que por fin pudiera estar a su lado.

Aunque, evidentemente, seguía enfadada con él por el secreto que le había ocultado. Se dijo a sí misma que si conseguía sobrevivir a toda aquella locura tendría una buena charla con su esposo.

Unas horas después, la noche había caído sobre ella y la oscuridad reinaba por doquier. No tardó demasiado en arrepentirse de haber sido tan poco previsora y no haber cogido ropa de abrigo antes de salir, pues las temperaturas habían caído en picado nada más desaparecer el sol. Los dientes le castañeaban con fuerza y sentía un pánico atroz. Todo aquello le traía a la mente aquellos terribles recuerdos de su infancia. Se veía de nuevo deambulando en la noche, perdida, sola.

De pronto, atisbó una luz a lo lejos, titilando entre la maleza y la oscuridad. Pensó que podría tratarse de un fuego fatuo intentando embaucarla, pero Ailsa los conocía muy bien y apreciaba que aquella luz brillaba con muchísimo más resplandor. Como el fuego.

Sopesó si debía darse la vuelta o continuar al frente y decidió tomar la decisión más valiente. Por ella, por Blair, por Lillias y por todas las personas que habitaban bajo la protección Sinclair. Debía detener aquella guerra como fuera.

Se fue acercando más a la luz hasta que, de pronto, una gigantesca hilera de antorchas emergió ante ella. Supuso que se encontraba en la frontera y que los guerreros de los Shuterland debían de taponar las entradas para evitar posibles ataques simultáneos en sus tierras.

Se bajó del caballo con sigilo, decidiendo que cruzaría la frontera a pie. Ailsa no era estúpida y podía prever las escasas posibilidades que tenía de éxito en su misión, pero debía intentarlo. Después, si es que fracasaba y los Shuterland la hacían prisionera, ya se preocuparía por las consecuencias.

Caminó unos pasos al frente. Podía escuchar las voces enemigas susurrando entre la oscuridad, pero no podía ver dónde se encontraban los guerreros del clan Shuterland. ¡Dios! ¡Aquello era horrible!

Cada vez que pisaba una rama o escuchaba un chasquido su corazón se aceleraba. Estaba cardíaca, aunque cada vez se hallaba más cerca de la frontera.

Puedes hacerlo, puedes lograrlo, se dijo a sí misma, armándose de valor para continuar hacia el frente.

La hilera de antorchas ya había quedado totalmente descubierta en su campo de visión. Bajo la tenue luz de las antorchas, podía divisar a varios hombres charlando, haciendo guardia y afilando sus armas. Parecían prepararse para entrar en acción, aunque eso no era del todo extraño.

Seguramente, si la batalla de Girnigoe se complicaba, ellos acudirían de inmediato para reforzar sus fuerzas.

— ¡AQUÍ HAY ALGUIEN!

Ailsa se tensó de inmediato cuando escuchó el alarido.

No podía ser... ¿O sí? ¿La habían descubierto? ¿Cómo era posible?

Se quedó totalmente inmóvil, esperando.

— ¡LA VEO, LA VEO!

Entonces escuchó las pisadas que se dirigían a gran velocidad hacia ella. El

miedo la paralizó varios segundos, pero después la adrenalina del instante se apoderó de ella y echó a correr sin rumbo ni dirección. Primero debía huir y evitar ser apresada por los Shuterland, después ya se preocuparía por retomar el camino hacia la frontera.

Sentía que más guerreros se unían a su persecución, o al menos eso le parecía escuchar. Gritaban que se detuviera o algo similar, pero estaba tan asustada que ni siquiera podía prestar atención. ¡Debía esconderse!

Si no lo hacía, correría el riesgo de volver a convertirse en un blanco fácil para un arquero.

Tal vez, si conseguía infiltrarse entre la vegetación del bosque...

Pero entonces el sonido de los guerreros resonó en su espalda. Giró la cabeza hacia atrás para comprobar a qué distancia se encontraban de ellas y contempló el puño volando hacia su rostro.

El golpe la dejó seca y la obligó a caer al suelo.

— ¡TENGO A LA PRISIONERA! ¡YA LA TENGO! — gritó su atacante, orgulloso — . ¡¡¡LLEVA EL TARTÁN DE LOS SUCIOS SINCLAIR!!!

La decisión que Blair tomó en aquel instante fue demasiado dura para él. Sabía que había heredado el mandato del clan de su padre y que aquella tradición debía de ser sagrada, y aunque un laird no podía abandonar a su pueblo en plena batalla, él debía de hacerlo. No podía quedarse en Girnigoe a luchar mientras Ailsa continuaba desaparecida. Había comunicado que Ross estaría al mando de ahí en adelante y que renunciaba a su cargo en el clan.

Todos los guerreros lo observaban, incrédulos, sin comprender las razones para dicha dimisión. Decidió concederles una breve explicación mientras la presión que oprimía su pecho y su corazón aumentaba por segundos. El sol había caído y las sombras se cernían con sus misterios sobre las Highlands. ¿Dónde diantres estaría Ailsa? Tenía que haberle pasado algo. De eso estaba seguro. ¿Cómo si no podía haber desaparecido de un plumazo? Podía haber perdido su yegua de nuevo, o incluso haberse resbalado por un barranco. ¡Dios!, no quería ponerse en el peor de los casos pero...

— Blair... — musitó la joven pelirroja, alicaída.

Gordon regresó a la fortaleza junto con Davina y Douglas. Ambos parecían terriblemente avergonzados por sus actos, así que Blair tomó la decisión de postergar la reprimenda para cuando la batalla alcanzase su final.

— ¡Blair, espera! — gritó su hermana, corriendo hacia él.

Se encontraba ensillando al potro.

Todos sus movimientos eran rápidos y apresurados. Estaba demasiado nervioso para ajustar las cinchas de la silla con tranquilidad o para colocar las riendas correctamente.

— Tengo que contarte algo, Blair...

Se giró hacia Davina.

Parecía avergonzada y arrepentida; y el guerrero Sinclair pensó que se lo merecía.

— Escuché tu conversación con el consejero de laird Murray de Aberscross
— confesó, con la mirada clavada en el suelo.

— ¿La escuchaste...?

Ella asintió, sin atreverse a alzar la cabeza.

Blair suspiró.

— Pues entonces ya sabes lo grave que es el asunto. Únete con el consejo y el resto de las mujeres y ve a las montañas hasta que todo esto termine. Aquí no estarás a salvo, Davina...

— Blair...

Davina no encontraba las palabras para sincerarse.

— Hice algo malo — musitó en voz baja.

Su hermano tuvo que afinar el oído para escuchar.

— ¿Qué has hecho, hermana?

No tenía tiempo, así que no podía andar adivinando los problemas de su hermana mayor. Su mayor preocupación en aquellos instantes era Ailsa; llevaba todo el día desaparecida y necesitaba encontrarla cuanto antes.

— Le conté a Ailsa... todo. Todo lo que el consejero de laird Murray de Aberscross y tú habíais hablado y...

Blair abrió los ojos como platos.

— ¿Por qué, Davina? — le preguntó, irritado.

¡Joder!

Aquel dato complicaba aún más las cosas...

— Lo siento, yo no...

Pero no la dejó acabar la frase.

Se subió al caballo y echó a galopar por el sendero que rodeaba los acantilados y el bosque de los abedules. Blair supuso que si su esposa había tomado la decisión de encaminarse a conocer a su padre, habría viajado en esa dirección.

Bueno, al menos, sabía a dónde se dirigía y que por ahora estaba segura. Mientras no se tropezase con ningún indeseable Shuterland, claro, porque si no las cosas empeorarían aún más.

Blair sabía que aquellos salvajes eran capaces de cualquier cosa.

Apretó el paso de su caballo y se agazapó contra él para evitar que el viento les frenase en la carrera.

Todo era un absoluto desastre.

Había renunciado a su cargo como laird y había traspasado su responsabilidad a Ross. Sus guerreros se encontraban a punto de enfrascarse en una batalla sin igual y su mujer estaba desaparecida en combate. Además, con la caída de la noche, el frío también había llegado.

La humedad podía respirarse en el ambiente, junto con el olor a musgo, y el viento cortaba la piel. Blair se apretó más las pieles que cubrían su tartán para entrar en calor y se preguntó si Ailsa estaría abrigada; al fin y al cabo, había abandonado la fortaleza por la mañana, cuando el sol aún brillaba en lo más alto.

Estaba convencido de que el clan Shuterland debía de haber reforzado la seguridad de la frontera. Errol era un hombre sabio, pero sobre todo era un guerrero experimentado. Hacía varios años, los Gunn habían pillado desprevenidos a los Shuterland y los habían derrotado con éxito y sin esfuerzo. Mientras los Shuterland se afincaban cerca de las fortalezas de mayor interés para atacar a los Gunn, la gran mayoría de los soldados abandonaban por detrás las tierras para adentrarse en terrenos de los Shuterland y destruir y arrasarse sus castillos y aldeas. La masacre fue descomunal, y para cuando Errol comprendió la emboscada y lo que sucedía, fue demasiado tarde.

Por eso Blair sabía que el maldito jefe de los Shuterland tendría cada centímetro que delimitaba ambas tierras rodeada de soldados y seguridad. Sabía que no cometería el mismo error dos veces.

Era cerca de la madrugada cuando Blair comenzó a impacientarse. Había

esperado hallar a Ailsa antes de llegar a aquel punto, pero la suerte no había estado de su parte. Estaba tan asustado y preocupado por su bienestar que sentía ganas de llorar, gritar y maldecir a pleno pulmón. Aunque eso no le hubiese servido de demasiada ayuda.

¿Dónde demonios se había metido? ¿Habría parado en algún lugar para acampar y pasar la noche?

Cabalgaba rápido, sí, pero mantenía los ojos en todas partes para evitar pasar por alto cualquier rastro de ella.

Y entonces, las vio.

La hilera de antorchas enemigas se extendía ante él, iluminando el campamento que tenían montados los soldados Shuterland en la frontera.

— Joder... — musitó, con el corazón acelerado.

Se bajó del caballo con sigilo mientras intentaba atisbar algún indicio de Ailsa entre ellos. Se infiltró entre la maleza y se agazapó entre los matorrales para procurar pasar desapercibido.

Distinguió entre los soldados tanto el tartán de los Murray de Aberscross como el de los Shuterland. El maldito Errol debía de haber solicitado ya los refuerzos de aquellos indeseables, lo que significaba que... ¡Ross! En el campo de batalla su clan estaría en muchísima desventaja, sin casi opciones de abandonarlo victoriosos.

Se sintió tentado de volver a su caballo y salir corriendo hacia el castillo de Girnigoe para socorrer a su gente y cumplir con su deber, pero entonces escuchó su voz y se quedó paralizado.

— Ailsa... — musitó, mientras abandonaba los matorrales — . ¿AILSA?

Corrió en dirección a los soldados.

¡Estaba seguro de haberla escuchado!

Se abalanzó contra ellos con la espada en la mano, mientras una docena de asquerosos Shuterland se cernía sobre él. Incrustó la espada en el estómago de su primer atacante y la retiró a tiempo para golpear a un segundo con el mango en la cabeza. Consiguió dejar atrás a otro tercer hombre, pero antes de poder avanzar más, un golpe seco lo dejó K.O.

— Blair... Blair, despierta, por favor...

Su voz sonaba exactamente igual que la de un ángel; dulce, sedosa y tierna.

— ¿Ailsa? — inquirió, confuso.

Escuchaba un pitido ensordecedor y se sentía mareado.

Blair se llevó la mano a la cabeza y sintió la sangre pastosa que le cubría la frente; debía de haberse llevado un buen golpe.

— Sí, amor. Soy yo.

Intentó levantarse, pero Ailsa le detuvo.

— ¡Déjame! — ordenó, enfadado.

— Te han herido, tienes un golpe...

— Me da igual — escupió de mal humor, incorporándose.

Estaba enfadado con ella por haberle abandonado.

Mientras la buscaba, el único sentimiento que había albergado en su interior había sido preocupación, pero ahora que por fin estaban juntos... ¿Acaso se pensaba que iba a perdonarla así, de buenas a primeras? Pensó que se merecía unos azotes y que cualquier otro esposo no hubiera dudado en propinárselos.

— ¿Dónde estamos? — preguntó, intentando identificar su alrededor.

Estaban en una especie de campamento improvisado y el tartán de sus enemigos continuaba a la vista. Dedujo de inmediato que no estaban en tierras

amigas y se tensó.

— ¿Y mi espada, Ailsa? ¿Dónde está mi espada?

— Sssh, por favor, Blair, tumbate de nuevo... ¡Estás herido!

El guerrero la miró directamente a los ojos.

¡Oh, Dios, qué bella era su Ailsa!

Tenía el pelo revuelto por el viaje tan largo que había realizado, pero su mirada seguía siendo igual de dulce que cuando era una niña.

— ¿Dónde estamos? — repitió, un poco más tranquilo.

— Estamos en el campamento de los Murray de Aberscross — explicó — , pero no tienes de qué preocuparte. No somos sus prisioneros.

Blair no comprendía nada, así que guardó silencio esperando más explicaciones.

— Encontré a mi padre, Blair... Sé que no quisiste contármelo y no entiendo tus razones, pero ahora mismo eso no me importa.

— ¿No te importa?

— No, Blair, no me importa. Lo único que deseo es que nuestra familia esté a salvo...

El guerrero Sinclair no sabía qué decir.

— Errol Shuterland había pedido refuerzos para la batalla y los Murray de Aberscross habían unido sus filas a las del clan de nuestro enemigo, pero mi padre intenta detener esa unión y ayudar a los Sinclair a ganar esta guerra...

Blair abrió los ojos, incrédulo.

— ¿Y lo hará?

Ailsa asintió con solemnidad.

— Ahora mismo están reunidos con el consejo de su clan — explicó — . El laird de los Murray está enfadado porque mataste a dos de sus hombres, pero mi padre cree que podrá hacerle entrar en razón; al fin y al cabo, ellos te atacaron primero.

— ¡Tenemos que partir hacia Girnigoe! — exclamó Blair, emocionado — .
¡Tenemos que salir cuanto antes si queremos servir de ayuda!

— Espera, espera... — le calmó ella — , deja que primero tomen una decisión.

El guerrero Sinclair asintió y sin perder más el tiempo, la estrechó entre sus brazos con fuerza.

— He estado tan preocupado por ti... — ronroneó contra su cuello, aspirando el aroma de su cabello — , no vuelvas a hacerme esto, Ailsa...

Ella sonrió, justo antes de besar su mejilla con delicadeza.

Blair enredó sus dedos entre los mechones dorados de Ailsa y acercó su rostro aún más al suyo. Presionó sus labios y se concedió unos segundos para recordar el sabor a fresas de su boca. Después rememoró la noche de bodas y una punzada de deseo se instaló en él. Cuando Ailsa le devolvió el beso de la misma forma pasional y salvaje, fue consciente de que si no se controlaba terminaría haciéndole el amor allí mismo.

— ¿Blair Sinclair? — preguntó un hombre, irrumpiendo en la estancia.

Ambos jóvenes lanzaron una mirada hacia el recién llegado. Era el consejero de Murray de Aberscross, el padre de Ailsa; Duncan. La chica de cabello dorado sonrió abiertamente, pero Blair se tensó. Aquel hombre traería consigo buenas o malas noticias capaces de marcar el futuro de su clan.

Blair inclinó la cabeza hacia delante en señal de respeto y de disculpa, esperando que con aquel pequeño gesto ambos pudieran resolver las diferencias que tenían.

— Estamos levantando el campamento, nos marchamos — señaló con seriedad.

— ¿Vais a ayudarnos, padre? — inquirió Ailsa, sobresaltada.

Se le hacía raro tener a alguien a quien dirigirse como padre.

— Así es. Os ayudaremos en esta batalla.

Los recién casados sonrieron al escuchar aquello, esperanzados. Aún podían ganar aquella guerra.

— Me prepararé para partir.

Duncan, el padre de Ailsa, asintió.

— ¿Y yo? ¿Podré regresar a mi hogar con vosotros?

El consejero guardó silencio, pues esa decisión tan sólo le correspondía ser tomada por su esposo.

— No creo que sea seguro... — dijo, pensativo, sopesando las opciones que tenía.

Tampoco podía dejarla en aquel campamento, sin protección.

— Podría pedirle a media docena de mis mejores hombres que se queden aquí, haciendo guardia — propuso Duncan.

— Es buena idea, así será.

Ailsa no pudo rebatir aquella orden.

Sabía que si viajaba con ellos tan sólo les supondría un estorbo, pero anhelaba estar cerca de Blair para cuando todo aquello terminase. La sola idea de pensar que él estaría luchando y ella tan lejos la mataba.

Se quedó allí sentada observando cómo su padre y su esposo charlaban. Se le hacía extraño pensar que después de tanta soledad por fin tenía la familia con la que tanto había soñado desde su niñez. Ambos hombres se colocaron con destreza el cinturón de sus espadas y se despidieron con un breve saludo para terminar de recoger sus posesiones.

Blair no tenía nada que hacer, excepto despedirse de su amada.

— Prometo regresar en tu busca — aseguró — . ¿Me crees?

— Te creo, Blair... — respondió Ailsa, con los ojos empañados.

Esperaba que todo saliera bien; rezaría por ello mientras ellos se encontraban de camino. Si Blair resultaba herido, o peor aún, muerto, su existencia dejaría de tener el más mínimo sentido.

— No llores o no podré marcharme.... Yo, de verdad, regresaré a por ti...

— Lo sé... Ahora, vete. Tienes que arreglar este desastre para que podamos

regresar a casa. Juntos.

Se abrazaron con fuerza y Ailsa sintió la calidez y la bondad que Blair salvaguardaba en su interior. Se sintió orgullosa y feliz porque fuera su esposo, a pesar de que su valentía lo convertía en un hombre temerario en la batalla y eso último la preocupada.

— Te amo, Ailsa — sentenció, mirándola fijamente a los ojos.

Ella sintió que el mundo entero se cernía sobre ella.

— ¡Oh, Blair! ¡Yo también! — suspiró, incapaz de soltarle.

Pero el guerrero Sinclair sabía que no podía alargar más aquella despedida. La besó una última vez antes de alejarse con pesar y de juntarse con las tropas de laird Murray de Aberscross. Mientras lo hacía, pensó que si al final de todo lograban ganar aquel encuentro su clan le debería una lealtad eterna a los Murray. Y la tendría.

Ailsa se quedó observando cómo las tropas de su padre abandonaban el campamento acompañados por su esposo. Un escalofrío recorrió su columna vertebral cuando pensó que, seguramente, jamás regresaría el mismo número de guerreros Highlanders que estaban abandonando en esos instantes el lugar.

— Por Dios Santo, todo poderoso, no me los arrebatas ahora... — suplicó, haciéndose la señal de la cruz.

No después de haber esperado y sufrido tanto. No después de haberles encontrado a los dos.

Ya había amanecido por completo cuando se sentó junto a la hoguera que el terrateniente de los Murray de Aberscross habían encendido para que ella entrase en calor. Mordisqueó una pata de cordero con pocas ganas, pues sabía que tenía el estómago vacío y que a pesar de los nervios debía alimentarse.

Mientras lo hacía, rememoró la conversación que había mantenido con su padre antes de que Blair irrumpiera salvajemente en el campamento. Duncan le había explicado que ella se había perdido de niña, en el bosque, justo cuando regresaban del mercado de la frontera. Durante muchísimos meses la habían buscado por todas partes, sin resultados, hasta que años después terminaron dando por hecho su muerte. Su madre, Lesslyn, necesitaba una tumba sobre la que llorar a su hija y un entierro en condiciones, así que su nombre fue grabado en el cementerio del castillo de Aberscross.

Ailsa se entristeció al pensar que su madre ya no se encontraba entre los vivos y que jamás podría conocerla. Era extraño, porque ya no recordaba su olor o el sonido de su voz, así que no quedaba nada de ella para poder mantenerla con vida en su recuerdo.

— Luchar con los Sinclair será un error... — refunfuñó uno de los guerreros que se había quedado custodiando su seguridad — ..., morirán todos. Perderemos la batalla.

— No tendremos un hogar al que regresar — escupió otro de malagana — , no deberemos traicionar a los Shuterland, al fin y al cabo, ellos suministran gran parte de nuestras riquezas.

Guardó silencio y centró todos sus esfuerzos por captar todas las voces. Tan sólo lograba escuchar pequeñas partes de la conversación, pero lo que llegaba a sus oídos no la agradaba en absoluto.

— ¡¡Únicamente le debemos lealtad a nuestro laird, y así seguirá siendo!!
— gritó un tercero, sin poder ocultar su cólera.

— Y si mi laird quiere luchar con los Sinclair, tendrá mi apoyo hasta que la muerte me llegue.

— ¡El mío!

— Lo único que detesto es no poder estar allí, luchando en la batalla...

Quería escuchar más a fondo, así que se arrastró a través de los hierbajos procurando no hacer ruido. Escondida debajo de las telas de una tienda improvisada, lograba tener buena parte de la visión de los hombres.

— ¡¡Sería un suicidio estar allí!!

Ailsa se tapó la boca con ambas manos para ahogar un grito cuando uno de los guerreros sacó una espada y la colocó sobre el cuello del que acababa de gritar.

— ¿Vas a matarme? — inquirió, con una sonrisa engreída marcada en el rostro — . ¡Hazlo! ¡Pero eso no cambiará que la misión sea suicida y que nuestro laird haya perdido su buen juicio!

El guerrero de la espada no dudó en utilizarla.

La chica contempló espantada cómo la garganta del hombre borboteaba sangre, justo antes de que su cuerpo cayera al suelo retorciéndose de dolor.

— Por Dios... — susurró, haciéndose de nuevo la señal de la cruz.

¡Estaba espantada!

Pero aún así, le preocupaba más el bienestar de su padre y de su esposo que encontrarse en el mismo campamento que aquellos salvajes de Aberscross. Al parecer, varios de esos guerreros tenían serias dudas sobre las posibilidades que los Sinclair y los Murray tenían de salir victoriosos de la batalla.

¡No podía perderles! ¡No podía!

— Retirar los colores de los Shuterland — ordenó el mismo guerrero que había empuñado la espada — . Ya no les guardamos lealtad de ningún tipo.

El resto de los guerreros se encaminaron a cumplir su orden.

Ailsa se sobresaltó al darse cuenta de que en aquellos instantes los minutos de vida de Blair podían estar contados. Y ella no estaba a su lado.

Desvió la mirada hacia los caballos, pensativa. Podía hacerlo... Podía salir y llegar a tiempo. Lo peor que podía pasar es que llegara tarde y la batalla ya hubiese finalizado, y de todas maneras agradecería encontrarse junto a su esposo en ese instante. Y si no era así, y si llegaba a tiempo, entonces podría esperar junto a ellos.

Si Blair fallecía en combate, entonces ella también se quitaría la vida.

Así debía de ser, lo sabía en su interior, porque de alguna manera, sus destinos estaban unidos desde que eran unos simples niños.

Ailsa corrió hacia los caballos y desató las riendas de uno que ya estaba ensillado. Decidió que no le importaba si los guerreros de Murray de Aberscross intentaban disuadirla de su marcha, y predijo que seguramente así lo intentarían.

En efecto, así fue.

— Debes quedarte en el campamento, mujer — vociferó el que parecía ser el líder del grupo.

Ailsa ya tenía preparada la respuesta.

— Me marchó. No me importa lo que digáis... No podéis retenerme a la fuerza porque entonces seréis castigados, así que os aconsejo que cabalguéis hacia la batalla y unáis vuestras fuerzas con las de vuestro laird. No perdáis el

tiempo en intentar detener mi camino.

— No llegaremos a tiempo para la batalla... — murmuró otro.

El que parecía encontrarse al mando dudó unos instantes, pero al final, habló.

— Tampoco perderemos nada intentándolo.

29

Habían cabalgado en contra del viento, y aún así habían sido rápidos y veloces. Lo suficiente para llegar a tiempo y prestar su ayuda en la pelea.

Rodearon el campo para situarse junto a los Sinclair y unieron sus filas a la lucha. Blair se esforzó por encontrar a Ross entre la muchedumbre de guerreros que hacían chocar sus espadas en el aire, y al final lo encontró.

El campo de batalla que quedaba a los pies de la fortaleza de Girnigoe era una masacre. El césped que en otros tiempos había lucido un verde de color intenso se encontraba teñido del color rojo de la sangre. Blair no tardó demasiado en comprender que se encontraban en plena desventaja, pues a pesar de que los Murray de Aberscross se habían posicionado en su bando, los Shuterland habían reclutado tantos soldados que doblaban sus filas con creces.

— Lucharemos juntos, Ross, hasta la muerte — sentenció, colocándose en su retaguardia.

No debía olvidar que ahora Ross era el jefe del clan y que le debía lealtad. Protegería su vida por encima de la suya y protegería su espalda aunque eso significara morir por él.

Blair no tenía miedo a la batalla, aunque ahora era diferente.

Temía que Ailsa fuera a quedarse sola en el mundo después de todas las promesas que le había hecho; entre ellas, regresar para buscarla.

Mientras se blandía en duelo con un enemigo Shuterland, desvió brevemente la vista hacia Duncan, el padre de Ailsa. A pesar de su avanzada edad, el guerrero de los Murray parecía ser diestro con la espada y sabía defenderse. Se alegró por ello, y rezó porque aquel hombre sobreviviera a la batalla.

En aquellos instantes, Blair Sinclair no podía hacer otra cosa que arrepentirse de todas las decisiones erróneas que había cometido en la vida. Habían sido

muchísimas, pero en aquellos últimos días habían sido demasiadas. Se arrepentía de haber intentado proteger a Ailsa de la verdad, de no haber facilitado que conociera a su padre e, incluso, de no haberle confesado que él había sido el diablo que había marcado su futuro y le había arrebatado la posibilidad de ser madre.

Observó cómo varios de sus hombres caían a manos de un maldito Shuterland que se situaba a la izquierda de Ross. Parecía evidente que intentaba acercarse al laird Sinclair para eliminarlo cuanto antes, así que Blair se interpuso entre ellos y decidió plantarle cara. Se sumieron en un choque de espadas que no duró demasiado, porque antes de que el guerrero pudiera avanzar más, Blair ya le había herido de gravedad en la pierna izquierda, obligándolo a caer al suelo de rodillas. Atravesó su pecho con la espada y después lanzó una mirada fugaz a su alrededor para fijar su siguiente objetivo. Ross parecía encontrarse en el mismo proceso.

— Va quedando menos, Blair... — sonrió.

Blair alzó la mirada al horizonte del campo y comprobó que los malditos Shuterland iban cayendo poco a poco. ¡Estaban ganando la batalla!

— Por todos los santos, ¡acabemos con ellos de una maldita vez, Ross!

Sin pensarlo dos veces, volvieron a enzarzarse en el siguiente duelo.

Poco a poco iban acabando con sus enemigos y avanzando terreno en el campo. Blair no pudo pasar por alto que el padre de Ailsa, Duncan, cubría su retaguarda. Parecía decidido a que el esposo de su hija regresara sano y salvo junto a ella, independientemente del precio que tuviera que pagar por ello. Blair sintió gratitud y lealtad por él y decidió que después de aquella guerra, facilitaría que padre e hija se reencontrasen de todas las formas posibles.

El corazón se le detuvo en el acto cuando uno de los bastardos de sus enemigos atravesó con su espada el brazo de Ross. Otro maldito Shuterland se interpuso en frente, nublándole la visión, pero para cuando terminó con su asquerosa vida y logró quitárselo de encima Ross ya se encontraba a salvo.

— ¡ROSS, CUIDADO! — gritó, mientras Errol Shuterland se abalanzaba contra él por su lado derecho.

Blair intentó alcanzar a su primo para prestarle su ayuda. Sabía que Errol era

un contrincante difícil y, además, quería poder encargarse de él. Por el daño que había causado, por la muerte de su padre. Por todo el horror que había inculcado en su aldea. Necesitaba vengarse y arrebatarle la vida.

De pronto, se vio rodeado de tartanes Shuterland por todas partes.

Media docena de enemigos se cernían sobre él dispuestos a luchar simultáneamente. Alzó la espada y lanzó una breve mirada al cielo, suplicándole silenciosamente a su padre que le ayudase para superar aquello.

Se lanzó a por ellos sabiendo que el número no estaba de su parte, y fue consciente de que aquella lucha desigual sería más complicada de lo que pensaba. Comenzaba a temer seriamente por su integridad después de haber sido varias veces heridos cuando Duncan apareció para socorrerle.

Con un breve gesto, le dio las gracias de forma silenciosa y ambos se dirigieron contra los dos últimos enemigos que quedaban de pie. Blair atravesó el cráneo de su contrincante sin escrúpulos, y cuando lo hubo aniquilado, lanzó una mirada a Ross.

— ¡NO, NO! — gritó, incapaz de contenerse.

Era tarde.

Errol Shuterland sujetaba su cabeza decapitada en sus manos. Los ojos de Ross, abiertos, transmitían el horror que debía de haber vivido en sus últimos segundos de vida.

Si debían de morir todos los Sinclair, así sería, pensó Blair, mientras que con los ojos empañados de dolor y lágrimas se dirigía hacia su enemigo. La fuerza con la que lo arrojó fue descomunal y cuando Errol cayó al suelo, Blair no dudó en atravesarlo con la espada una, dos y veinte veces.

— No..., no... — musitó, dolido, agachándose junto al cuerpo de su primo.

Ross no sólo era su familia, sino que había sido su único amigo. Su único compañero. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro y no le importó si aquella imagen pudiera transmitir debilidad a los ojos de sus enemigos. No le importaba nada. Acabaría con todos los malditos Shuterland el mismo, de uno en uno, hasta que su asquerosa especie se hubiese extinguido.

— Lo siento, Ross.. Lo siento tanto...

Él había sido el responsable de todo. Él lo había enviado a la batalla. Él había proyectado en Ross toda la responsabilidad que conllevaba proteger a un

pueblo.

— ¡Levántate y lucha, muchacho, o serás tú el siguiente en caer!! — le gritó Duncan, que desde hacia varios minutos se estaba encargando de protegerle de sus atacantes, cubriéndole.

Blair no supo cómo continuar. Había perdido a su padre, a su tío Angus y ahora a Ross...

— ¡Laird Sinclair! — gritó Duncan — . ¡Tú pueblo y mi hija te necesitan más que nunca!

Aquello fue suficiente para obligarle a regresar a la realidad.

Blair frunció el ceño, rabioso, y se levantó del suelo.

Moriría con la espada en la mano o acabaría con todos los Shuterland.

Tan sólo existían esas dos opciones.

Los soldados del clan Murray de Aberscross intentaron mantener a la muchacha lejos de los horrores que habían quedado en el campo de batalla, pero Ailsa insistió en mantener los ojos abiertos. Mientras cruzaban el campo, consternados por la masacre que había tenido lugar allí, Ailsa iba procesando los rostros que se hallaban tendidos en el suelo. Muchos de ellos estaban desfigurados y bañados en sangre, pero podía distinguir perfectamente si alguno de ellos era Blair.

Reconoció a varios soldados caídos, entre ellos a Gordon y a Hamish, y sintió un dolor punzante atravesando su pecho cuando fue consciente de las pérdidas que había dejado aquella guerra.

— ¡Mi señora!! — gritó uno de los soldados que la acompañan.

Levantó la mirada hacia él y siguió la dirección que el hombre le estaba señalando con la mano. A la distancia, sus ojos chocaron con los de Blair. Estaba segura de que era él.

No se lo pensó dos veces cuando hincó los talones en su yegua, obligándola a cabalgar a toda velocidad en dirección a su amado. Un repentino sentimiento de alivio se extendió por su sistema nervioso cuando fue consciente de que allí presentes no solo se encontraba Blair, sino también Duncan y Lillias.

— ¡Dios mío! ¡GRACIAS, gracias! — exclamó, estallando en un llanto.

Detuvo la yegua aún derrapando y saltó del animal sin importarle hacerse daño en la caída. Lillias y Duncan sonrieron al verla, y Ailsa corrió a los brazos de Blair incapaz de controlarse.

— Gracias a Dios que estás bien... — murmuró, estrechándolo con fuerza entre sus brazos.

No le importaba mancharse de sangre, tan sólo quería sentirle, escuchar su corazón y ser consciente de que todo había salido bien.

— No todos estamos bien... — le respondió en su oído, dirigiendo la mirada hacia el suelo.

Entre todos los cadáveres, los Sinclair habían amontonado los cuerpos de sus guerreros para concederles una sepultura digna, pero Ailsa no pasó por alto lo extraño que resultaba que Lillias se encontrase allí, en el campo de batalla. Entonces la vio... La cabeza de Ross.

— ¡Oh, Dios! — exclamó, mientras un dolor agónico punzaba su corazón.

Ross... Ross...

No podía ser verdad, Ross no.

— ¡No, no! — exclamó, incapaz de contener sus lágrimas.

Lillias se acercó hasta ella y la estrechó entre sus brazos de la misma forma que Blair lo había hecho anteriormente.

— Mi niña... — susurró, abrazándola de la misma forma que lo había hecho cuando era niña y se sentía asustada — . Lo siento tanto... — dijo, llorando junto a Ailsa.

Lillias había sido la única mujer en quedarse en Girnigoe.

El resto de las mujeres del clan, incluida Davina, habían sido escoltadas hasta la ladera de la montaña, pero ella había decidido quedarse guardando la fortaleza. Jamás la había abandonado, ni siquiera cuando su querido Fergus había batallado guerras imposibles a sus espaldas, y aquella no pensaba ser la primera vez que lo haría. Ahora, después de la lucha, se alegraba de encontrarse presente apoyar a su hijo y Ailsa.

— Limpiar los campos — ordenó Blair a sus soldados, conteniendo el dolor que albergaba — . Limpiarlo todo.

30

Después de la tormenta, llega la calma.

Ése había sido el pensamiento que Ailsa se había repetido una y otra vez, decidida a pasar página y recuperar la normalidad. Pero aquella mañana no sabía cómo enfrentarse a los hechos.

— ¿Estás lista, mi amor? — preguntó Blair, estrechándola entre sus brazos.

El sacerdote del clan iba a decir unas pequeñas palabras por los soldados caídos y todos los miembros del clan Sinclair se acercarían al cementerio a guardar sus respetos.

Había pasado un año desde que Fergus, Angus, Ross, Hamish y Gordon había perdido su vida, junto a la de muchos otros hombres que habían batallado. Durante aquel año, Ailsa había aprendido que las Highlands eran tierras salvajes que ponían a prueba tu coraje en todo momento, y debía de convivir con aquello. Blair tenía responsabilidades como laird, entre otras proteger su pueblo y cumplir con su deber. Pero cada vez que Blair debía marcharse, el corazón de Ailsa se magullaba. El miedo que sentía de que no regresara a su lado era tan atroz que poco a poco se iba desgarrando internamente.

Se llevó la mano a su vientre y lo acarició inconscientemente, al igual que lo habría hecho una mujer embarazada. Pero ella no lo estaba. No podría estarlo jamás porque en su interior tan sólo quedaba un agujero vacío y una cicatriz que le recordaba que ella jamás sería madre.

Blair observó la escena y retiró las manos del cuerpo de Ailsa como si esta le hubiera abrasado vivo las palmas. Cada vez que contemplaba una escena similar la culpabilidad le carcomía por dentro, y Ailsa lo sabía.

— No importa — le dijo, sin retirar sus ojos del espejo — . Así solo sufriré yo.

— No lo entiendo...

— No tendremos un hijo que espere a su padre, sumido en la incertidumbre de si regresará con vida o no — explicó, sonriendo brevemente.

Ailsa se giró hacia Blair y lo miró directamente a los ojos.

— ¿Sabes una cosa? — continuó hablando, consciente de que aquella culpa había maltratado por demasiados años a su esposo — . Me lo has dado todo, Blair. Tú me has concedido la plena felicidad con tu amor...

Blair sintió ganas de llorar; ella era perfecta. Su ángel.

¿Cómo podía existir tanta bondad y ternura en una misma mujer?

— No te lo he dado todo...

Ailsa caminó hacia él y acarició su rostro con suavidad, sonriéndole.

— Me lo has dado todo. Absolutamente todo.

Blair guardó silencio.

Sabía que debía de confesarle la verdad, contarle que fue él quien disparó aquella flecha años atrás... ¿Pero cómo podía hacerlo? Temía que Ailsa, de pronto, lo odiase. Si ella dejaba de amarle entonces nada tendría sentido en el mundo, y ese pensamiento le atormentaba tanto que le impedía confesar.

Ailsa besó sus labios con suavidad y Blair degustó su peculiar sabor a fresas con los ojos cerrados.

— No sigas sufriendo, amor mío... — dijo Ailsa, sujetando en alto la mano de Blair para después colocarla en su vientre — . Sé lo que ocurrió, y no te culpo.

El laird de los Sinclair abrió los ojos como platos, sorprendido por las palabras de su esposa.

— Sólo eras un niño, un pobre niño que ha sufrido demasiado... Al igual que sufrí yo. Pero no te culpo, mi amor, jamás lo haría...

— ¿Cómo...? — tartamudeó, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

— Lillias me lo contó hace tiempo, justo antes de nuestra ceremonia. Creía que debía quitarte el peso de confesar la verdad, que no podrías soportar hacerlo tú.

Blair no pudo contenerse y, silenciosamente, las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro. Ailsa pensó que su valiente esposo parecía muy débil e indefenso en aquellos instantes, y tras secarle las lágrimas, lo abrazó con más fuerza.

— Esa flecha nos unió para siempre, Blair... Para siempre — sentenció — . Y jamás cambiaría lo que sucedió porque gracias a eso, hoy puedo estar a tu lado.

— ¡Oh, mi ángel! — exclamó, perdiéndose en el beso que Ailsa le entregaba.

Abandonaron los últimos las paredes de la fortaleza y se encaminaron apresurados hacia el cementerio. Aquel día se respiraba una profunda tristeza en las tierras de los Sinclair, pero Ailsa se sentía feliz por poder rememorar la imagen de aquellas personas que había perdido por el camino.

Su padre, Lillias, Davina y Douglas ya se encontraban presentes cuando ellos llegaron. El sacerdote comenzó su discurso cuando el laird del clan se encontró presente, y todos guardaron silencio mientras el hombre de Dios oficiaba una pequeña misa en su conmemoración.

De pronto, Ailsa sintió cómo el cuerpo de su esposo se tensaba de inmediato. Alzó la cabeza hacia él y después siguió la dirección de su mirada, mientras Blair se llevaba la mano a la empuñadura de su espada.

— ¡NO! — le gritó Ailsa al oído, intentando no captar la atención de los presentes.

Entre la maleza, escondida, podía ver a una mujer escondida.

No necesitó agudizar su visión para reconocer aquellos profundos ojos violetas que la observaban desde la lejanía.

— No, por favor, Blair... — suplicó — . Ross la amaba, así que respétala por su memoria. Hazlo por él.

Blair retiró con lentitud la mano de la espada y, cuando el sacerdote cesó su misa, la muchedumbre comenzó disiparse en dirección a la aldea.

— Quiero hablar con ella... No tardaré — le pidió Ailsa, decidida a consolar a aquella joven desdichada.

— No te acercarás a esa maldita selkie, Ailsa... — escupió Blair, sujetando a su esposa por el brazo.

Ailsa lo miró a los ojos.

— No quiere hacernos daño, Blair, sólo llorar la pérdida de su amado. Déjame hablar con ella, por favor...

Blair dudó.

Sabía que Ailsa era demasiado buena y comprensiva en algunas ocasiones, pero determinó que él no debía de ser el único que disfrutara de su bondad.

— Tienes diez minutos — concedió de malagana —, te esperaré en la fortaleza, pero si tardas más de lo dicho no dudaré en mandar a todos los soldados del clan en tu busca y...

La chica con rostro angelical sonrió, satisfecha.

— No tardaré — le cortó, impidiendo que su esposo terminase aquella amenaza —. Gracias, mi vida.

Echó a caminar por el terraplén, suplicando porque la mujer no se hubiera marchado para aquel entonces. Podía imaginarse el dolor y el sufrimiento que debía de estar pasando, pues Ailsa había visto cómo se habían amado desde la ventana de la habitación. Ross y ella se habían esperado cada día, y eso tan sólo podía significar una cosa: amor.

— ¡Neissa! — gritó, captando la atención de la selkie.

La chica de los ojos violeta se giró hacia Ailsa. La esposa del laird Sinclair se sorprendió de lo blanquecina que era su piel, casi traslúcida. Así, de cerca, no tardó en comprender porque Ross se había enamorado tan locamente de aquella criatura. ¡Era preciosa! ¡Realmente preciosa!

— Ailsa... — musitó, sorprendiéndola.

¿Sabía su nombre?

Seguramente Ross se lo habría dicho.

— No te vayas, por favor... — suplicó — . Entiendo cómo debes sentirte y no debes esconderte. Tienes tanto derecho como el resto de visitar su tumba.

— Ya la he visitado — explicó con su voz suave y aterciopelada — . La he visitado cada día durante este último año...

Ailsa guardó silencio, sin comprender.

— No he venido a Girnigoe por eso.

— ¿Entonces, por qué has venido? — inquirió, confusa.

— Por ti — respondió la selkie, retirando el gorro de la túnica negra que cubría su cuerpo.

Ailsa se percató de que estaba descalza, y seguramente se hallaría desnuda bajo aquel manto. Pensó que debía de estar congelada.

— ¿Por mí? — repitió.

— Sígueme... — suplicó, echando a caminar en dirección al camino rocoso que descendía en dirección a la cala.

Ailsa obedeció, dubitativa.

— ¿Qué ocurre, Neissa? ¡Cuéntame que está pasando!

Mientras descendía corriendo tras la mujer, alzó la vista hacia la fortaleza y vislumbró la silueta de Blair observando desde la ventana. Sabía que estaba vigilando la cala, aunque Ailsa no lo creía necesario.

Por alguna razón incomprensible o, quizás tan solamente porque Ross lo había hecho en un pasado, confiaba plenamente en aquella mujer.

— Neissa, cuéntame qué ocurre — volvió a suplicar una vez alcanzaron la arena rocosa que había junto al mar.

Las olas llegaban con furia hasta la orilla, rompiendo contra las rocas del acantilado.

Entonces escuchó el llanto de la criatura y Ailsa sintió que su corazón se detenía.

— Por favor, míralo... — suplicó la selkie, agachándose junto a las rocas y cogiendo al bebé entre sus brazos.

Estaba envuelto en una pequeña manta, pero el pequeño parecía estar congelado aún así. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por el rostro de Neissa mientras acunaba apenada al pequeño niño que tenía en sus brazos.

— Es el hijo de Ross Sinclair... — explicó, sin alzar la mirada hacia Ailsa — . Y por eso te he buscado a ti. No puedo llevarlo al mar, y no puedo seguir en la tierra... No puedo respirar aquí, no me siento completa.

Ailsa no sabía qué decir.

Recordó entonces las palabras que Angus le había dicho acerca de Greer, la madre de Ross. Sabía bien que las selkies necesitaban el mar tanto como ella necesitaba el aire para respirar.

— ¿Y qué esperas...?

Neissa no levantó la mirada del pequeño cuando continuó hablando.

— Quiero que te lo quedes tú, Ailsa, y que lo críes como si fuera tu hijo — explicó — . Sé que lo harás, porque sé que amabas a Ross... Lo harás, ¿verdad? Eras su familia...

La selkie levantó la mirada hacia Ailsa y ésta pudo ver el amor que transmitían sus ojos violetas.

— Yo... no sé... — comenzó, confusa.

— Sé que si me quedo aquí, con vosotros, me consumiré de pena... — explicó entre sollozos — . Y quiero que el pequeño Kirk sea feliz.

— Kirk... — repitió Ailsa, sin poder apartar la mirada de la estampa que dejaban madre e hijo frente a ella.

— Prométeme que lo criarás como a un hijo tuyo... — suplicó, acercándose a la joven — . Que le darás tu amor y que lo protegerás del mal... — dijo, mientras depositaba al pequeño bebé en los brazos de Ailsa.

Ailsa se quedó inmóvil, contemplando al pequeño Kirk.

Era exactamente igual que Ross y bien parecido a ella; sabía que nadie dudaría de su palabra si decía que era hijo suyo y de Blair. Tenía los ojos

azules y el poco pelo que lucía su cabecita era aún más blanco que el suyo propio.

— Le gustas... — suspiró Neissa, sonriendo y llorando a su vez — . Cuídalo, por favor, cuídalo...

Ailsa no podía levantar la vista de él; se sentía hechizada por la belleza del bebé y abrumada por la petición que Neissa le estaba haciendo. El pequeño Kirk levantó la manita hacia el rostro de Ailsa y acarició su mejilla con suavidad. Después sonrió.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó, echándose a llorar.

¿De verdad le estaba pidiendo que fuera la madre de aquel bebé?

Levantó la cabeza por primera vez en varios minutos para dirigirse a Neissa, pero la selkie ya no se hallaba presente.

— ¿Neissa? ¿NEISSA? — gritó, rebuscando a su alrededor.

— Se ha ido, la he visto regresar al mar...

La voz de Blair la hizo sobresaltarse.

— ¡Oh, cariño! — exclamó, echándose a llorar junto a su marido.

— La magia de las Highlands nos arrebató la misma vida que ahora, años después, nos está entregando.

Ailsa levantó la mirada hacia Blair, incrédula.

— ¿Eso qué quiere decir, amor?

Sabía lo que Blair sentía por la selkie, así que le aterraba lo que pudiera estar surcando en aquellos instantes su mente.

— Que amaré tanto a este niño como te amo y siempre te he amado a ti — respondió, mientras se retiraba el tartán de los Sinclair de su kilt para envolver al pequeño bebé en él — . Os amaré por siempre jamás, Ailsa... Os amaré siempre.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas disfrutado de este viaje junto a Ailsa y Blair.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

